

**LAS FUERZAS MÍSTICAS
Y
LA CONDUCTA EN LA VIDA**

De

Paul Sédir

Traducción íntegra del original en francés: *Les forces mystiques et la
conduite de la vie*

ÍNDICE

Advertencia.....	3
Fuerzas místicas y conducta en la vida.....	4
Misticismo teórico.....	12
Misticismo práctico.....	21
La iniciación crística.....	31
La oración.....	42
Las curaciones del Cristo.....	52
Las tentaciones del Cristo.....	60
Los Espíritus de este mundo y el Espíritu Santo.....	71
Las Fantasías nocturnas y las Visiones sobrenaturales..	80
Las Bendiciones de la Muerte.....	91
Los Maestros de la Fuerza y el Perro del Pastor.....	101
El Apostolado.....	111

· Damos las gracias a Les Amitiés Spirituelles por mantener viva la obra de su fundador, Paul Sédir.

* Está permitida la reproducción total o parcial de esta obra por todos los medios disponibles, con la condición de que no se modifique su contenido ni su intención espiritual.

ADVERTENCIA

Con vistas a la presente edición, he añadido algunas aclaraciones al texto primitivo. Efectivamente, las “fuerzas místicas” son una cosa y “la conducta en la vida” otra. El trabajo es doble para el hombre que quiere alcanzar el Cielo: por una parte, se sirve de estas fuerzas absolutas como el amor al prójimo, la fe, la oración, el sacrificio, la muerte, el ejemplo de Cristo; por otra parte, no puede servirse de otras fuerzas, de otros métodos que tienen con los primeros parecidos aparentes, como la voluntad, el esoterismo, el iluminismo, los entrenamientos en la videncia, en la taumaturgia, en la impasibilidad. En otras palabras, he querido indicar de todas las formas posibles, lo que hay que hacer y lo que no, lo que hay que creer y lo que no, lo que hay que desear o apartar para volverse menos indigno de recibir el don de Dios.

A fin de destruir todo equívoco en el espíritu del lector, he completado los títulos de estas doce conferencias, quizás demasiado concisas, y he hecho a lo largo del texto unas precisiones y reforzado algunas afirmaciones. Si mis antiguos y fieles lectores encuentran esta nueva edición a su gusto, les pido, en la mayor medida que puedan, darla a conocer a su alrededor. No trabajamos para nosotros, ¿verdad?, es en Su recuerdo por lo que estas páginas han sido escritas. De Él solamente podrán recibir la fuerza persuasiva y la luz.

FUERZAS MÍSTICAS Y CONDUCTA DE VIDA

“Donde se encuentren dos o tres reunidos en mi nombre, Yo estaré en medio de ellos”.

(Mateo 18, 20)

Mi propósito es de hablaros de un tema muy antiguo y siempre nuevo; por otra parte, en los años próximos, se volverá de una apasionante actualidad. Es nuestro Amigo eterno, el Cristo, a quien intentamos recordar juntos, aunque solo consigamos balbucear. Al Cristo nadie lo conoce, salvo Él mismo, el Padre que le envía y el Espíritu que le sirve. Alguna criatura –entendedme, digo: alguna- no ha hecho más que entreverla. La mirada escrutadora de los maestros de teología, el corazón inflamado de los santos, la meditación de los filósofos, sólo han cogido uno de los mil rayos que rodean Su aureola cósmica. Fra Angélico se preparaba con el ayuno para pintar sus celestes figuras y las trazaba llorando de amor y de compasión. ¿Por cuántas ardientes penitencias, por cuántas lágrimas de adoración no deberán pasar antes los que pretendan hablar de lo íntimo del Verbo?

Estaré por debajo de mi tarea, ciertamente. Necesito vuestra ayuda. También –aunque sin comparación- Jesús hizo pocos milagros en Nazareth, porque sus compatriotas eran incrédulos.

Habéis comprendido que es vuestra fe lo que reclamo. Vuestra fe, no en mí, sino en lo que digo, no en lo que hago, en Él, del que quiero hablaros. Sí, desde que me pongo en vuestra presencia, asumo hacia vosotros ciertas responsabilidades y sobre todo la de seros útil; vosotros también, por el solo hecho de venir, contraéis unos deberes, o más bien unas obligaciones hacia el ideal que es nuestra preocupación común. Hay aquí una reciprocidad mutua como colaboradores. Si yo tengo la audacia de conversar sobre unas realidades eternas, os hago una promesa tácita de volveros más sensibles, vivos, de dar cuerpo, de haceros tocar sus presencias inmanentes bajo los velos de las banalidades cotidianas. Es necesario que hagáis posible el descubrimiento de nuevos modos de pensar, de amar y de actuar. Es necesario que paisajes desconocidos se desplieguen en vosotros. Es necesario que os lleve de una tierra a otra; que os embriague de la ebriedad del Cielo, que ardáis como antorchas vivas, inextinguibles; que la sed del Cielo os seque, que el hambre de sacrificio os consuma, que algo se eleve al fin en vuestros corazones, en cada uno, y grite: Servir, servir, éste es mi voto.

¿Me será dado suscitar este impulso? Y si una fuerza tal responde a mi indigna oración, ¿su efecto durará todavía cuando hayáis pasado este umbral?

No importa, el esfuerzo debe ser intentado, incluso si se le prevé poco duradero.

*

Los deberes del orador son tan pesados, vosotros lo veis, que la ayuda de su público le es necesaria.

Aquí se abren dos caminos.

Podría halagar al principio la inclinación innata de los hombres por lo maravilloso y, muy suavemente, poco a poco, llevarlos al gusto por las cosas eternas.

O bien, puedo abiertamente atacar la magia, las iniciaciones, los saberes esotéricos, mostrando sus precarias bases y sus estrechos horizontes, para después construir sobre estas ruinas un templo nuevo o una capilla.

Pero el primer método me parece poco correcto y, en cuanto al segundo, sé que el Cielo ama más lo que se destruye. Cuando una criatura o una institución se vuelven inútiles, caen por ellas mismas. ¿Qué haré entonces, en el caso de que vuestros deseos no se correspondan con los míos? Os propongo un esfuerzo. Helo aquí:

Lo que os voy a decir es todavía más simple que lo que la religión nos enseña. No esperéis de mí más que unas nociones conocidas, aunque olvidadas, sepultadas en vosotros bajo numerosas capas. Algunas de estas ideas os parecerán increíbles, es posible, pero, porque vuestra alma las ha oído ya otras veces, en el umbral de la eternidad anterior, me creeréis, tan rudamente como si golpeara las formas actuales de vuestro mental.

Os pido ahora vuestra atención.

Si escucháis a un profesor, un artista, que no sea más que un hombre de talento, vuestra buena voluntad de aprender y de comprender bastará. Pero si queréis que se abra el santuario interior con los ecos de las armonías divinas, es preciso más que una disposición mental. Es vuestro corazón quién debe darse. Acudid a él, que habla, aunque seáis indigno, como la voz exteriorizada de vuestra consciencia. Vosotros y él, formáis una pareja de fuerzas; que vuestros deseos ascendentes y que su esfuerzo descendente se unan, se conjuguen, a fin de que de su unión nazca un niño espiritual.

Por otra parte, si estoy aquí, es porque me habéis llamado. El momento presente es siempre el hijo de innumerables deseos desconocidos. Quizás sin que vuestra memoria recuerde, vuestro corazón ha gritado, una noche de desamparo intelectual o moral, y la forma de este grito está todavía inscrita sobre el rostro de muchos de entre vosotros.

Habéis tenido inquietud, el ideal en vosotros ha buscado el ideal fuera de vosotros y, como todo deseo trabaja en sí mismo y termina por crear su satisfacción, vuestro deseo, después de muchas carreras en lo invisible, muchas fatigas, muchos desengaños, ha acabado por reunirnos.

A menudo una laxitud os agobiaba, una inapetencia sin causa. Era la búsqueda ansiosa de vuestro espíritu entre estos mundos rebosantes que se extienden donde se pierde la imaginación en lo oculto del Más Allá, donde solo somos polvo.

¡Bien! El común deseo del Cielo que nos ha reunido hará que comprendáis si es verdaderamente del Cielo de lo que os hablo. Pues, si deseáis a Dios y os quiero conducir hacia el paraíso del ocultismo o del esoterismo, no nos comprenderíamos. Incluso -y aquí está el escollo donde nuestros mutuos impulsos pueden romperse- si os hablo del Padre, del Hijo, del Espíritu, de tal manera que la Luz profunda en vosotros sabe bien que son Ellos, mientras que

vuestro yo, vuestra inteligencia, vuestra voluntad no tienen sed más que de lo maravilloso y no de lo divino, entonces mi deseo y vuestro deseo, correrán sentidos diferentes, no se reencontrarán, ni darán fruto.

*

Lo que os pido a continuación es la sencillez. Una hora por semana, una pequeña hora, y os volveréis sencillos. Entrando en esta sala, cuya atmósfera vibra todavía del aleteo de los ángeles, que vuestros corazones recuperen la ingenuidad de la infancia. Olvidad lo que sois y lo que fuisteis. Sabios, olvidad vuestras ciencias; filósofos, olvidad vuestros numerosos saberes; todos, olvidad vuestros vicios, pues, todos, somos criminales, podemos haberlo sido, o podemos serlo mañana.

Probad a no decir al escucharme: "Aquello es de Plotino, esto es del hinduismo". Aprender es un arte, olvidar también. Así pues, olvidad: mujeres, vuestros dolores y vuestras pasiones; hombres, vuestras ambiciones; jóvenes, vuestros fanatismos; ancianos, vuestro cansancio. Os digo, por una hora, que volváis a ser más ignorantes, más cándidos, más pequeños, pues, aunque yo no soy nada, no sé nada, no puedo nada, quizás -¿por qué no?- la Certeza, la Paz, la Beatitud han descendido sobre vosotros, hace un rato, al abrigo de mis frases incoloras y torpes.

Os lo digo dos veces, cien veces, en mi vida he buscado a Dios, ¿quizás es ésta la hora del reencuentro!

Haced un sitio en vosotros para este instante bendito. Que el Ángel encuentre la casa limpia, que la chispa descienda sobre una hoguera bien dispuesta, que el grano caiga en un suelo sin malas hierbas. Si sabemos mirar, veremos a cualquier hora los milagros.

Sin embargo, no esperéis de mí más revelaciones. Las grandes ideas fundamentales de la vida interior son hoy las menos conocidas. El hombre es siempre curioso del misterio, pero, en casa del civilizado, este gusto se convierte fácilmente en una manía. He aquí uno de los más grandes obstáculos que nos impiden el acceso a la Verdad. Sólo lo sencillo es verdadero. Este axioma deberá guiar nuestras búsquedas intelectuales; nuestro estado psíquico está estrictamente unido a su observancia. En efecto, la complicación del yo evoca una complicación análoga del no yo, o, para hablar un lenguaje más claro, nuestra consciencia percibe la Naturaleza a través del prisma de la personalidad. Un prisma homogéneo transmitirá una imagen exacta y limpia, un cristal turbio devolverá la imagen confusa. Más aún cuando nuestro mental no es una sustancia inerte, él posee una atracción magnética que va a buscar, a veces muy lejos en el invisible las formas del no yo que le son correspondientes.

Cuánto más el yo es uno, más es capaz de percibir la unidad objetiva. Y su unificación depende de su simplificación. ¿Cómo nos hacemos sencillos, preguntaréis?. Olvidándonos, rehusando en nosotros mismos las adquisiciones y las satisfacciones personales. Así los raros hombres llegados a la cumbre de la ascesis mística, no se distinguen en nada de la muchedumbre. Su esplendor íntimo queda oculto incluso a los psicólogos que les observan.

Este olvido de sí mismo es una de las características de estos “pobres de espíritu” que el Cristo beatificó. Se necesita una suerte de ingenuidad del alma, una espontaneidad de niño, un candor que sólo las auroras de la verdadera regeneración ven florecer. Tal es el sentido de esta máxima de San Antonio el Ermitaño: “No hay oración perfecta si el religioso se ve a sí mismo rezando”.

Todo enriquecimiento de nuestro ser pide un empobrecimiento previo. Toda adquisición exige una renunciación. Anunciando estas paradojas no quiero llevaros a las escuelas orientales que, para obtener el Saber, matan el deseo de saber. Este procedimiento es excelente para quien no conoce el camino de la vida absoluta, nosotros, discípulos del Cristo, sabemos que, para volvernos uno con nuestro Maestro, consustanciales con Él, necesitamos tres cosas:

Renunciar a sí, y no matar el deseo,
Llevar su cruz, y no evadirse del deber,
Seguir al Cristo, y no a otro dios.

En lo que nos ocupa actualmente, a vosotros y a mí, sólo el primer esfuerzo es necesario. Si queremos comprendernos, si queremos que nuestra reunión sea fructuosa y que evoque una Luz, es necesario y suficiente que renunciemos a nosotros mismos, es decir, que seamos uno.

En cuanto a mí, debo olvidar todo lo que puedo saber de vosotros, de vuestras opiniones y de vuestros corazones; debo percibir sólo en vosotros la llama, derecha y pura, de la búsqueda divina. En cuanto a vosotros, que no solamente detengáis los desacuerdos externos los unos con los otros, sino también vuestros desacuerdos interiores, entre vuestro temperamento, vuestro carácter, vuestra mentalidad, vuestra educación y el deseo inmortal del Ideal que os ha conducido aquí.

Pero el método más enérgico y más corto de obtener esta sencillez, este impulso, que no temo pedirlos, consiste en la adquisición y la puesta en obra de la muy misteriosa y muy poderosa fuerza de la fe.

Examinemos esto con el cuidado más escrupuloso.

Para la teología católica, la cual es en este caso de una opinión bastante parecida a la de la teología brahmánica, la fe es la representación sustancial de lo que se espera, la afirmación de lo que no es aparente, el conocimiento sobrenatural, es decir, imposible a los hombres y a los dioses, cualesquiera que sean las facultades gloriosas que puedan pertenecerles.

Un astrónomo me habla de los canales de Marte. Yo lo creo; esto no es fe, pues puedo rehacer sus experiencias; puedo, por los privilegios atribuidos a los adeptos, ir a verificar sobre el lugar sus informaciones. Un ángel me dice: Jesús es el Hijo único de Dios. Si le creo, es la fe, porque es imposible a la razón, como a los sentidos, físicos o trascendentes, asegurarse de este hecho. Las interpretaciones esotéricas, alquímicas, mágicas, astrológicas, subjetivas de los misterios religiosos no pertenecen a la fe, son unos conceptos naturales, humanos, relativos. La fórmula del acto de fe no es precisamente la famosa: “Creo porque es absurdo”, sino: “Creo, aunque me parezca absurdo”.

La fe aspira a Dios, y sólo Dios. Así, es única en su especie y verdaderamente universal, pues opera por encima de las formas, de los ritos, de las leyes, de las

religiones. Ella salva a todo hombre, transmuta en bien todo acto malo por sí mismo, pero efectuado en la intención pura del Absoluto.

Este absoluto, Dios, cuya presencia es universal, plena, física osaría decir, a falta de un término más exactamente expresivo, nosotros no Lo vemos, ni Lo sentimos, sin embargo estamos seguros que Él está allí, porque nuestro principio interior de eternidad conoce y reconoce el principio exterior de eternidad del cual Él procede. Pero los órganos de esta alma divina: el espíritu, la inteligencia, la sensibilidad no están bastante afinados para el registro de estas luces sublimes. Todo lo que el hombre puede llegar a percibir por sus propias fuerzas no es eterno.

La fe es, a pesar de la incompreensión, de la no-percepción, de la no-intuición incluso, un asentimiento inquebrantable de la voluntad a la palabra de Dios. La religión del Cristo reclama de nosotros este esfuerzo. Verdaderamente, esto no lo cumplimos nosotros solos; es el Cristo en el centro de nuestro corazón quien nos vuelve sensibles a las palabras anti-seculares de la Sabiduría eterna. Así, la fe nos une al Verbo Jesús, nos unifica con Él, opera nuestra regeneración en Dios y nos salva.

Una fe inmutable aleja el peligro, puesto que nos lanza al abismo de lo Todopoderoso. Ella opera todos los milagros puesto que ella afirma lo sobrenatural. Cura lo incurable y purifica al criminal, trastorna todo en nosotros y nos reorganiza desde el fondo. Nada es imposible a quien posee la menor parcela de fe, y las promesas del Cristo en el sujeto no son metáforas. Una en su objeto, innumerable en sus aplicaciones, oscura en su esencia, todopoderosa en sus efectos, la fe no pide más que una sola condición: ser vivificada por los actos, todavía más que por las palabras. Las obras materiales solas abastecen de alimento a las plantas espirituales. Igualmente, la intención central del corazón, sublimada por la fe, dinamiza los trabajos de nuestras manos.

Si el acto es la piedra de toque, la prueba de la fe, pues todo lo que se sacrifica por una idea la refuerza, la duda es el enemigo; divide nuestras fuerzas, la fe las concentra. Ejercitémonos en no dudar.

Así, un enfermo reza para ser curado; si no lo es, es preciso que conserve la misma certeza en la esperanza, a pesar de toda lógica. Así, todavía, habéis venido a la espera de algo nuevo y vais a ser decepcionados. De todos modos volvéis, volvéis hasta el fin, pues, ciertamente, obtendréis un día la Luz.

El más bello de los frutos que maduran sobre el árbol de la fe, no es el don de los milagros, es la paciencia. La paciencia, fuerza maravillosa y misteriosa por la cual, el Cristo nos lo afirma, llegamos a poseer nuestras almas. Poseer el alma es que todo lo que compone el conjunto tan complejo que somos se vuelva verdaderamente nuestra propiedad, siendo uno el maestro de sí-mismo, conociéndose perfectamente, triple iniciación en el bautismo del Espíritu.

Se puede percibir aquí la razón por la cual el apóstol Pablo hace esta anotación en apariencia superflua: la fe viene del oído. Existe, en efecto, una relación secreta entre los arcanos del Cielo y los fluidos acústicos, entre el sentido auditivo y el sentido divino. La música, en su esfuerzo de expresar lo inexpresable, nos da la misma enseñanza. Pero no nos dejemos arrastrar en el fascinante laberinto de las ciencias místicas; y ahora que hemos terminado el

muy rápido boceto de las disposiciones en las cuales el oyente de un discurso religioso debe colocarse, nos queda bien poco que decir para concluir.

*

La más importante de estas disposiciones que os pido transforma vuestra existencia en un combate continuo. Entablad este combate con la certeza de ser vencedores, y venceréis. Pues el campo de batalla es aquí el mundo moral. Esta lucha se equilibra por un cultivo: el amor fraternal. Anotad estos dos tipos místicos: el soldado de Dios, el labrador de Dios; habremos de volver a menudo a ello en el curso de estas charlas. La obra es el cuerpo de la fe. La obra más excelente, la caridad, será el cuerpo más bello. En la coyuntura donde estamos, tenéis cierto tipo de caridad por difundir para que vuestra fe viva y opere. Tenéis una cosa especial por realizar para que se levanten en vuestros corazones los transportes, las exaltaciones, las postraciones donde nos lanza la vista del éxtasis de la Luz increada. Helo aquí:

Cuando el hombre considera con la gravedad conveniente las vastas complicaciones de la vida, percibe enseguida la necesidad de una ayuda. La encuentra en el medio invisible donde su espíritu ha elegido residencia y, según su carácter, utiliza estas fuerzas auxiliadoras, las solicita o prueba a pedir las.

Si el yo habita el apartamento de la materia, se dirigirá a las fuerzas materiales; si habita el apartamento de los fluidos, se dirigirá a los diversos magnetismos; si habita el apartamento de la inteligencia, tendrá recursos de las fuerzas mentales, etc... Si este yo conoce la Luz sobrenatural, son las fuerzas místicas las que solicitará.

Son estas fuerzas, al menos las principales, las que estudiaremos en estas conversaciones. Por ahora, nos basta saber que existen al alcance de la mano, que nos rodean, que nos bañan, y que depende sólo de nuestra buena voluntad incorporarlas a nosotros.

El ambiente entero está lleno de espíritus. No solamente de ángeles y demonios, sino de criaturas de todo grado, en quienes la bondad y la maldad se mezclan según unas proporciones infinitamente diversas. Si la enseñanza religiosa común sólo habla de seres buenos o malos, es sin duda a fin de evitar en la masa las curiosidades peligrosas que intentan satisfacerse por la práctica de la magia.

La literatura patristica menciona la existencia de los espíritus de la naturaleza, pero sin detenerse en ello. A decir verdad, no hay seres fijados eternamente en las Tinieblas, y hay muy pocos –se podrían contar- fijados en la Luz. Fuimos ángeles, estamos en la alternativa de convertirnos en demonios o de remontar más alto que los ángeles. Pero lo que nos interesa por el momento, es saber que tenemos unos oyentes y unos espectadores invisibles en gran número. Habéis traído, cada uno con vosotros, toda una cohorte de espíritus: espíritus de vuestros antepasados, espíritus de vuestros descendientes, espíritus de vuestros padres actuales, espíritus auxiliares, adversarios, iluminadores, corruptores. No tenéis un odio, una amistad, un deseo, un impulso, una preocupación, una alegría, una lágrima, que no existan individualizados en los

espacios interiores de vuestra personalidad antes de convertirse en hecho material sobre esta tierra.

El objeto mismo en vista del cual hemos reunido, llamado y traído alrededor nuestro un número de entidades invisibles es proporcional a la energía de la voluntad, al fervor que hemos puesto, al lugar que le hemos reservado en nuestro corazón.

Percibir estas entidades, clasificarlas, aceptar unas, rechazar otras, no es necesario hacerlo; este no es nuestro objetivo. Tenemos que preocuparnos de una sola cosa, “la única necesaria”. Que todas estas presencias, todas estas energías, buenas, malas, indecisas, al volverse, luego, a sus estancias respectivas, se lleven una alegría, un confort, un refresco.

¿Cómo hacerlo? Reconciliándonos, ponernos en paz con todos los seres. Esto no es una máxima banal, es una fórmula de dinámica espiritual simple, eficaz, precisa en su empleo, general en sus efectos; es una ley rigurosa, un acumulador de energías inconmensurables.

No atacar a la criatura, ni por el pensamiento, ni por la palabra, ni por el acto. Es una disciplina ardua. Probar a hacerlo una jornada, por los esfuerzos que os costará podéis juzgar la importancia de los resultados.

Permanecer en paz con los hombres, los animales, las plantas, las piedras, los objetos, las ideas, los acontecimientos, el tiempo, las pasiones, los ángeles, los demonios y los muertos. No cogerles nada más que lo que la Ley les pide darnos; es recibirlos a todos con una sonrisa, es ofrecerles lo que envidian de nosotros mismos. Es una caridad inmensa, incansable, muy secreta; es el imperio sobre sí mismo más constante, más inmutable; el más sereno; es el retorno al hogar de una numerosa tropa dispersa. Es un episodio de la batalla cósmica en el tumulto de la cual surge aquí y allí, como el relámpago, la presencia inefable del Ser incomprendible, del gran Ángel de la Paz, venido sin embargo para traer la guerra y encender en este mundo un fuego: Nuestro Jesús.

Si no perjudicamos a nadie, todas estas criaturas vendrán a nosotros, estarán en nosotros, porque tienen sed de Luz y sólo a través del corazón del hombre pueden percibir la gloria de Dios. Esta gloria, es la armonía, es la paz, no podemos asimilarla si no habitamos su reino. Pacifiquemos, Señores, pacifiquemos nuestros cuerpos, nuestros sentidos, nuestros espíritus y los medios donde nos apenamos con plena consciencia. No inquietaros de lo invisible, de los arcanos, de las cosas secretas; nada es secreto ante Dios, estáis reunidos aquí para aprender de nuevo a vivir en Dios.

*

¡Vivir en Dios! Deseo inaudito y audaz, deseo muy simple en los corazones simples. Os he pedido algunas cosas antes de ofrecer nada a cambio. No tengo nada que ofrecer, no soy yo quien os presenta los diamantes y las perlas del Tesoro celeste; es este Dios, este Padre, hacia quien yo quisiera atraeros en un irresistible impulso. El Padre está siempre junto a cada uno de Sus hijos. Ha alterado Su creación para volverse accesible a todos. Levantad vuestros ojos y Lo percibiréis; volveros hacia Él y Él os abrirá Sus brazos

misericordiosos. Es a esta suprema Gran Obra a la que os invito. Nadie es incapaz; y la existencia de cada hombre de buena voluntad, cualquiera que sea, le ofrece un plan de trabajo y ocasiones de progreso especialmente combinadas para él y proporcionadas a sus fuerzas.

Comencemos esta ascesis juntos. Pongamos, vosotros y yo, desde este momento, la primera mano a la estatua maravillosa del ángel que nosotros seremos un día. ¿El ángel, he dicho? No, queramos simplemente convertirnos en dignos de nuestro título de hombres; ninguna criatura tiene más belleza, pues nuestro Jesús en hombre quiso revestirse.

EL MISTICISMO TEÓRICO

“Quien me recibe, recibe al que me ha enviado”.

(Mateo 10,40)

Si queréis reflexionar sobre estas palabras de Nuestro Jesús -no, no reflexionar, sino amarlas de todo corazón-, sabréis inmediatamente todo lo que os quiero decir y más todavía. Haced la experiencia en vuestras horas de soledad.

Las definiciones que se han dado de misticismo son todas diferentes, porque cada autor se sitúa en un punto de vista diferente. Según la filosofía oficial, es una suerte de contemplación en la cual el ser humano se une a Dios por un procedimiento incomprendible. Según la teología, es un conocimiento intuitivo consumado en el silencio de las operaciones racionales del entendimiento. Según la etimología¹, todo sistema cuyos métodos y resultados son secretos es un misticismo. En este caso, todos los que piensan o tratan en las regiones extraordinarias de la consciencia serían místicos. Estas definiciones son demasiado extensas; al vocabulario filosófico de la lengua francesa le falta precisión. Religiosidad, idealismo, espiritualismo, esoterismo, trascendentalismo, ocultismo, magia, hermetismo, psiquismo, teosofía, kábala, gnosis, sufismo no son expresiones sinónimas ni sobre todo, términos equivalentes a misticismo.

Se puede considerar como místico todo hombre que, en la religión a la que pertenezca, se vuelve solamente hacia Dios, haciendo abstracción de toda criatura y consagrando todas sus fuerzas al cumplimiento de la voluntad del Padre.

El misticismo no es solamente un método de contemplación y de éxtasis, es fisiología del alma, es también otras muchas cosas².

Desde que una criatura se sitúa, desde el fondo del corazón, en las manos del Padre, sus vías son cambiadas, sus trabajos, que varían según sus facultades y las necesidades de la evolución general, son conducidos paso a paso por unos agentes espirituales especiales, reemplazando los guías ordinarios de los que cada hombre es provisto según su profesión y sus aptitudes. La vía mística conduce directamente al plano divino, al Reino de la Misericordia y del Amor, y el aire que se respira en el recorrido viene en línea recta de estos mismos

¹ Misticismo, del griego “muein”: cerrar la boca.

² Las filosofías modernas definen la unión mística como una concentración extrema de la atención, que exalta el intelecto, utiliza su bagaje anterior, y realiza la unidad de la consciencia. William James añade que hay entonces comunicación con un mundo superior por la consciencia subliminal. Según S. Agustín y S. Bernardo, el conocimiento místico no tendría ninguna relación con los conocimientos anteriores, pues el éxtasis verdadero pone en comunicación con el Absoluto. Ésta última nota es la justa.

La psicofisiología ha redescubierto la vieja afirmación de Patandjali que él mismo había copiado en las obras perdidas de los Rishis: toda sensación es, en último análisis, un contacto hiperfísico. Los teólogos modernos inducen que las sensaciones psíquicas son contactos psíquicos. Lo que viene a decir que existe un mundo, o unos mundos, invisibles, objetivos. Magnífico resultado para nosotros, civilizados, de encontramos de acuerdo con el último de los papúes. ¡El Antiguo Testamento, el Nuevo, los Padres, todos dicen lo mismo, por tanto!

eternos horizontes. En ciertas almas, únicamente sedientas de Absoluto, la ciencia no es suficiente, la religión es demasiado prudente, el esoterismo demasiado complicado. Ellos presienten una ciencia de las ciencias, una religión de las religiones, una iniciación de la cual todas las escuelas secretas no dan más que pedazos corrompidos. Existe un método de saber por el cual el conocimiento es instantáneo, una religión sin ritos por la cual el hombre se une inmediatamente al Padre, una iniciación inaccesible, pero transmisible gratuitamente, que nos reviste del poder supremo: hacerse escuchar de Dios. En cualquier parte, en este vasto mundo, se sitúa el Maestro de maestros; Él no falta jamás a la confianza de quien se abandona entre Sus manos augustas. Una luz, silenciosa, invisible pero inextinguible, innumerable, se ofrece a quien quiere agarrarla, y esclarecer las tinieblas de su propio corazón, las de los abismos, las de los firmamentos. Esta Luz adorable es el Amor, y el misticismo es la ciencia del Amor.

Es la Geometría del alma, se ha dicho. Si, para los pitagóricos, pero para los cristianos, es la vida misma del alma, desplegando las ondas de su oculto y muy antiguo esplendor hasta sobre sus órganos más externos: nuestras facultades conscientes.

En cuanto a las fuerzas místicas, son ayudas que Dios nos envía directamente, inmediatamente, expresamente, porque nos es imposible llevar solos este trabajo. El dispensador único en esto es quién se hizo conocer como Jesús de Nazareth. El procedimiento de llamada de estas fuerzas están todos indicados en el Evangelio y no se encuentran más que allí.

Me perdonaréis el aspecto dogmático de estas declaraciones. Cuánto más raro es el objeto de un estudio, más necesario se hace precisar los contornos.

Buscaremos ahora los trazos característicos del misticismo.

*

Las creencias del místico son un desafío perpetuo lanzado a la razón, su sabiduría es una locura para la opinión común. Hoy se reprocha al catolicismo de no tener en cuenta los desarrollos de la ciencia y del pensamiento contemporáneos, yo soy un pobre teólogo y un muy pálido devoto, pero la incompreensión de tantos sacerdotes modernistas sobre lo que constituye lo esencial de la religión que pretenden enseñar me asombra. El carácter original del cristianismo, en efecto, es esta noción de lo sobrenatural, de la cual no habla ninguna otra religión. Para el filósofo, para el sabio, para el esoterista, lo sobrenatural no existe, porque ellos creen saberlo todo y pretenden explicarlo todo; para el místico, lo sobrenatural existe, porque sabe que no sabe nada. Es ésta la esencia del cristianismo.

Esta noción y la de la participación constante del Absoluto en los asuntos del Relativo; esta fe en la solicitud del Padre; esta certeza de que, pues Él lo puede todo, un milagro está siempre dispuesto a brotar según nuestras necesidades más imperiosas, son los corolarios de la evidencia intuitiva de la que se ilumina el místico: que Jesús es el Hijo único del Padre, y Dios Él mismo.

La exégesis, la crítica, los manuscritos, las interpolaciones, los contrasentidos, las variaciones del dogma y de la disciplina, las disputas de la Escuela, todo

esto es indiferente al discípulo; son los ruidos de las palabras extrañas, los gritos de los niños en la plaza pública. Él lleva en sí mismo una certeza irrefrenable, una evidencia inatacable. Como el esplendor del sol. ¿Tiene necesidad el niño de papeles de estado civil y de un curso de embriología para saber que su madre es su madre?

El misticismo es un bloque homogéneo, todas las moléculas son necesarias y están en armonía recíproca, como los habitantes del Reino eterno del cual esta doctrina representa el signo premonitorio. Puesto que el Absoluto se inclina sobre cada uno, se acerca a cada uno bajo la forma del Verbo, en perfecta solicitud, y sus cuidados abrasan nuestro ser entero, Dios así pues puede unirse, directamente, sin símbolos, sin intermediario, a la sustancia de toda alma capaz de recibir tan extraordinaria visita.

¿Cuenta vuestra cita, Señores, con lo increíble, con la locura de esta idea? No, toda imaginación es borrada y toda inteligencia es abatida ante tal espectáculo. El Absoluto desciende realmente en el Relativo, sin la intervención de un ángel, de un sacerdote, de un rito, de una fórmula, en la desnudez supraintelectual, suprainmaginaria, en el abismo aterrador de la fe, en la séptupla tiniebla de los sentidos, de la razón, de la voluntad, del deseo, de la solicitud espiritual, de la noche psíquica, de la aniquilación del yo. Así, las meditaciones de los gimnosofistas, las maceraciones de los ascetas orientales, sabemos que no llevan a lo Absoluto, puesto que estos saberes no quieren seguir al Viajero solitario que abre el camino. Nuestros teólogos mismos reconocen que Dios puede transmitir al alma las virtudes de Su gracia por otro canal que los sacramentos. Ciertos seres de élite, en respuesta a su observancia extraordinaria de las leyes del Cielo, reciben los dones directamente. El Verbo se los envía por un mensajero especial. Igual que en la misa hay transustanciación de las especies del pan y del vino, el Verbo opera un milagro idéntico en los corazones capaces de recibirle. Quien conoce a un enemigo mortal, lo invita a su mesa, le sirve, lo besa y lo perdona. En el espíritu de tal discípulo el Cristo mismo crea de nuevo los órganos, transforma en Su propia carne las células que agonizan y en Su propia sangre las células que aman el asesinato.³

Tomemos un poco de perspectiva para percibir la totalidad del órgano místico.

*

Los miles de millones de formas que componen el Universo son las imágenes refractadas de un cierto número de fuentes luminosas diseminadas en su seno.

³ Hay que insistir sobre el efecto orgánico, biológico, viviente, de esta unión transformadora. Sólo quienes lo han experimentado pueden decirlo. Todos los teóricos hablan de una manera monótona y torpe sobre esto. Así, por ejemplo, dicen: "El estado místico es un estado especial de consciencia, inefable, transitorio, pasivo, que modifica el conocimiento y el amor" (W. James). "El éxtasis es una invasión de la consciencia por un estado afectivo puro. En el extremo, todo pensamiento desaparece, sólo el sentimiento ocupa la consciencia, bajo la forma de un estado afectivo intenso, es la percepción directa del no-yo"...Es la absorción de la consciencia en el no-yo por el amor sin límites" (Godfernaux). "Es un retorno al estado afectivo, casi indiferenciado, no conocido, solamente sentido" (Ribot). Cf. igualmente Récéjac, Pacheu, Ribet, Goerres, Boutroux, Séraphin, etc... Todo esto se parece más bien al Bhakti Yoga de la India que al Evangelio del Cristo. Falta en estos definidores la experiencia práctica de la Vida divina.

Estas fuentes son los miembros, los órganos, las facultades. Los poderes del Verbo. Y cada religión, con su teología, su liturgia y su jerarquía, es la imagen viviente de uno de los aspectos de este Verbo central. Las religiones no poseen todas pues igual valor, aunque puedan todas conducir al hombre a la eterna salvación, puesto que todas dirigen primeramente al amor al prójimo. Unas son más completas, más activas o más verdaderas que otras.

Sin embargo, un rasgo común las une, carácter fatídico sin el cual no serían religiones: el formalismo. A él deben su solidez, pero también lo que limita sus desarrollos espirituales. Por los ritos, las religiones reciben la fuerza de resistir los torrentes de los siglos y los movimientos sociales; por los ritos, la inmensa mayoría de fieles sostienen la debilidad de su voluntad; por los ritos, las jerarquías invisibles, intermediarias entre los devotos y su dios, reciben un alimento suplementario.

Pero también, por los ritos, los dirigentes eclesiásticos se dirigen a veces hacia objetivos temporales ilusorios, los fieles olvidan a menudo a Dios por los intermediarios y éstos pueden igualmente faltar a la estricta obediencia. Así, en todo hay mal y bien.

Se puede decir pues que el misticismo verdadero está en el origen de las religiones y que se reencuentra en su fin, pero, en el curso de su existencia, sufre, por el hecho de las incomprendiones o de las traiciones humanas, unos eclipses más o menos largos y más o menos profundos. Para reencontrarlo, hay que volver atrás y, lejos de estar completamente despejado de las opiniones adquiridas y de los prejuicios, escrutar con un espíritu libre y sencillo las palabras del fundador mismo de la religión que se estudia.

Tal es, Señores, el trabajo al cual tengo la audacia de invitaros. Sois capaces de emprenderlo. En efecto, volver atrás es remontar hacia una fuente, es cavar en la profundidad. Remontad pues hacia la fuente más profunda y escondida, al fondo de vuestro corazón, donde cae gota a gota el agua de las fuentes eternas. El formalismo existe también en vosotros; deshacedlo; volveros sencillos, pero desbrozad solamente si sentís la fuerza al tener el pico cogido por el mango. Sino, guardad la vía común. Pues los ritos son seres vivos que han aglomerado colonias de seres vivos en vuestro invisible personal, así como en el invisible colectivo de vuestra religión; son centinelas, obedecen a su consigna, sirven a quién les sirven e ignoran a quien les niega.

Los habitantes de este mundo oculto se abastecen de los apoyos de los fieles mediante alguna ofrenda, algún esfuerzo material, que el deseo del devoto transmuta en fluídico, de ahí las abstinencias, las vigilias, las indulgencias, los peregrinajes.

Además de estos agentes se encuentran los espíritus de los difuntos, toda suerte de seres, infrahumanos y suprahumanos, como los ángeles y los demonios propiamente dichos. Son ellos los que transmiten las oraciones, las letanías, las ceremonias, las disciplinas, los ayunos, los cantos, las luces, los trabajos de ciencia y filosofía, los esfuerzos en el arte, en una palabra, todas las cosas que constituyen el cuerpo físico de la religión. Son ellos los que traen de vuelta los cumplimientos, las bendiciones, las curaciones, las iluminaciones.

Todos estos auras, todas estas corrientes fluídicas son sustancias creadas, naturales, aunque desconocidas; la fe, la santidad –sustancias divinas-, el fanatismo, la tiranía –sustancias infernales- las dirigen. En este orbe de fluidos medios o mediadores, la ley del choque de vuelta es la que reina; la reacción se produce, igual y de sentido contrario a la acción. Un infierno se cava siempre en las antípodas de un paraíso.

Pero la Paternal Bondad no cierra sin embargo Sus brazos al que no puede decidirse por los caminos de la Iglesia, nivelados, rodeados de barreras, sembrados de guardianes. Los libertarios pueden a pesar de todo salvarse, el último de los salvajes puede llegar a la vida eterna, puesto que salvarse es cumplir la voluntad del Padre y este cumplimiento consiste en amar al prójimo. Sin embargo, la impaciencia de un yugo cualquiera es tan viva en nosotros que hay que especificar aquí con fuerza la obligación imperiosa de quien rechaza la religión exterior para someterse más rigurosamente a la observancia literal del Evangelio. Con el pretexto de avanzar más rápido reduciendo las formas accesorias, no podemos tirar por tierra el equipaje de los mandamientos esenciales.

El sentir del místico libre es directo, ataja derecho por el flanco escarpado de la montaña. El suelo es accidentado, las pendientes abruptas y las tormentas terribles, pero el aire es más puro, los perfumes más agrestes y más penetrantes, los horizontes más bellos y la luz resplandeciente. Se encuentra allí un poco del mundo, pobres gentes sencillas, pastores, labradores, algún soldado de reconocimiento. Sea como sea, yo no daría jamás el consejo de tomar este camino; los que son bastante fuertes para comprometerse lo deciden ellos solos. Está el vértigo, los terrores nocturnos, los derrumbes, los ladrones a veces, las fieras también. Allí está vuestra ruta, vuestros peligros, por donde subiréis al asalto de la divina ciudadela. Ruta desconocida, gloriosa, ruta de soledades y solitarios, ruta de los mensajeros de la Luz, de los portadores de la eternidad, de los mártires del Ideal. ¡Que podamos un día ascenderte en el desamparo propicio, en la agonía física y mental donde brilla solitaria la gran antorcha del Amor!

Sin duda los que afrontamos solos la escalada, las tempestades y las aventuras, han obedecido larga y pacientemente minuciosas prácticas. El hombre no se libera más que llevando sus cadenas y no rechazándolas, pagando sus deudas y no negándolas.

En general, se sigue el camino donde los dioses nos ponen; hay que ser muy prudente para poder escoger. Sin embargo, la purificación de los móviles de nuestros actos, aunque sean modestos, puede multiplicar por diez el alcance del trabajo, de tal forma que con la más pequeña porción de libre arbitrio, podemos a pesar de todo hacer una buena tarea.

Cada cosa viene a su tiempo, y éste no podemos retardarlo o acelerarlo. Es poco una vida terrestre, algunos minutos sobre la inmensa jornada de nuestro viaje, pensaréis. ¡Ah!, es porque no amáis a Dios, es porque el deseo de Su advenimiento no os consume, es porque los sufrimientos a vuestro alrededor no os conmueven, es porque no tenéis sed de Luz, ni hambre de universal Beatitud. ¿No sufren los amantes terrestres por una cita fallida? ¿Cómo

describir entonces la desolación que devasta el corazón del discípulo privado de la presencia de su Maestro? Estamos todos unidos los unos a los otros, diréis aún; no conseguiríamos el objetivo los unos sin los otros, por consiguiente, no merece la pena esforzarse tanto. Al contrario, puesto que el menor esfuerzo de cada uno de nosotros aprovecha a todos, puesto que la solidaridad cimienta a todos los humanos de la Tierra a Neptuno, y de Aldebarán a Antares, estamos obligados a los más grandes esfuerzos. Sentir que mi mínimo trabajo aprovecha a millares de seres, ¿no multiplica mi impulso, no me suaviza el sacrificio alegremente abrazado?

La primera de las características de la mística, notadlo para diagnósticos futuros, es el gusto por la vida, el ardor del trabajo, la serenidad en la incomodidad, la paz profunda en los desgarros físicos y morales, cosas en suma siempre exteriores. Pues el alma no sufre.

Así la observancia o la no observancia de los ritos no son signos místicos, sino el recurso sólo a Dios y la energía en actuar.

*

¿Los conocimientos extraordinarios son un tercer sello del misticismo?

No, respondería enseguida. No está ahí lo indispensable, pero son pequeñas golosinas mediante las cuales nuestro Amigo prueba a hacernos avanzar. El místico no es un amateur de las ciencias ocultas. Para él, la Ciencia, concebida como un conjunto de nociones fijas, no existe. Las ciencias, según él, es infinitamente diversa, varía a cada segundo porque, a cada segundo, los objetos cambian, los centros de percepción cambian, el estado del medio cambian.

Así, por ejemplo, la hipótesis de la reencarnación. Es muy raro que el conocimiento de las vidas anteriores sea útil. Las pseudo-revelaciones que se pueden obtener por los mediums, los sonámbulos, por la intuición, por la meditación transcendente, estorban nuestra marcha más que la ayudan. Los que se observan sinceramente lo perciben con claridad; y los raros privilegiados en los cuales el Pasado levanta su velo coinciden al decir que este conocimiento es para ellos más bien una prueba que una ayuda. Reflejándose en la mezcla de orgullo, pereza e inquietud que hacen el fondo de nuestra naturaleza, reconoceréis sin pesar lo justo de esta opinión.

La doctrina de la reencarnación es consoladora, decís. No creéis en Dios, pues buscáis un consuelo en otra parte y no en su Palabra que Él repite sin cesar en el fondo de vuestro corazón. ¡Vuestro dios es un tirano cruel, ya que quedáis desolados por una muerte, al juzgarla injusta! O entonces no sois consecuentes con vosotros mismos.

La vista profética del futuro no es una característica del misticismo, sino más bien de la doctrina del milenarismo. No solamente desde el siglo XI, sino desde los cenobitas de la Tebaida, desde San Pablo mismo, todos los místicos han creído ver muy cerca el juicio final. Los católicos como San Vicente Ferrer, los gnósticos, los albigenses, los laicos, los luteranos, los calvinistas, los jansenistas incluso han profetizado catástrofes finales y definitivas inmediatas. Sobre esto, los positivistas ríen. Unos y otros tienen razón en cierto sentido.

El Maestro dijo: “Vendré como un ladrón”. Nadie preverá el momento de Su manifestación, ni como Juez universal, ni como Regenerador de nuestro espíritu. La tierra no es un bloque homogéneo, como un cristal, es una masa trabajando, una encrucijada. Ella contiene todo tipo de sustancias y seres. Tiene unas enfermedades, se le administran unos remedios; sufre operaciones quirúrgicas. Todo esto son juicios parciales, tienen lugar en el plano interior vivo. Nosotros no lo sospechamos, pero ciertos videntes lo perciben. Habrá un gran ajuste de cuentas, es cierto, pero el vencimiento lo desconocemos, ningún adepto puede calcularlo.

Hay todavía otra razón por la cual la profecía no es un carácter cierto del misticismo. Cuando un corazón sigue el camino del Cristo, marcha más rápido que los otros, pero también juega, mientras avanza el grueso de la tropa, con la belleza de los horizontes que descubre. Así, es también natural que el místico vea el futuro, vive antes ciertas escenas, todavía en el invisible, en las cuales su familia espiritual participará un siglo después o más lejos aún. El juicio es una de estas escenas y, como la consciencia del vidente no tiene por términos de comparación más que los cuadros del mundo físico, la menor de las claridades del mundo interior le parece tan magnífica, tan alta, tan pura, que cree universales las imágenes de los fenómenos locales.

Las facultades transcendentales y los poderes sólo constituyen pruebas en la vida mística. Nosotros, observadores desde fuera, percibimos las marionetas, pero no las manos que las mueven. Vemos los milagros, los éxtasis, ignorando la fuerza que los produce; un lisiado puede convertirse a continuación en un criminal o en un devoto. No demos pues enseguida nuestra confianza a los que obran cosas admirables. Si portan la Luz, comprenderán nuestra reserva.

*

¿Cómo reconocer al verdadero místico, en su pasión por la caridad?

En su creencia en la divinidad de Jesús, divinidad única, divinidad por naturaleza y no por evolución. En su caridad activa, en su humildad interior.

Se habla mucho de Jesús en los últimos años, pero las incomprensiones pululan, cada innovador Lo acapara. Él está más lejos y más cerca a la vez de lo que nosotros nos Lo representamos; Él es el más grande y el más pequeño, el más distante y el más inmediato, el Alfa y el Omega. Es hacia Él que la mística se esfuerza, hacia Su obra desconocida; es en las vías nuevas que Él ha abierto entre el Cielo y la Tierra donde yo quisiera hacerlos marchar; es la efusión que Él expande de la que yo quisiera que os beneficiéis. Para percibirlo, tendréis que salir de esta inmensa creación, romper las cadenas del Tiempo, franquear los límites del Espacio, contemplar de una mirada calma el abismo inconcebible de la Nada original. Sin embargo, ningún hombre puede cumplir estos trabajos, ni los Budas mismos pueden conseguirlo; ellos realizan sin embargo de la manera más grandiosa el tipo del superhombre, han subido hasta las cimas supremas del conocimiento y la voluntad, pero el último paso no lo han franqueado, porque sólo Dios puede tomar a la criatura, cambiar radicalmente su modo de existencia, transformar en vida eterna su vida condicionada, crearla, en una palabra, una segunda vez.

Por vasta que sea una inteligencia, por enérgica que sea una voluntad, les resultaría imposible volverse más extensa que la naturaleza o más fuerte que el demiurgo, de quién ambas son hijas. Aquellos a quienes el Verbo se revela, a quienes Su cara fulgurante ilumina sin deslumbrarles, los que Él escoge, con toda justicia y bondad, que Le admiran, que Le aman, que Le adoran, que Le ven, no pueden comprenderLe. Esta iluminación es siempre un favor, es demasiado preciosa para que ningún esfuerzo pueda obligarla a producirse, como una simple y fatal reacción química, por ejemplo. Pero nuestros pequeños trabajos conmueven a nuestro Amigo y Él nos da, por ternura, lo que las leyes rígidas del Destino nos rehúsan. Entre nosotros, hombres del siglo XX, los que tienen una adhesión inquebrantable a la existencia, a la divinidad de Jesús, a su Omnipotencia, a su triunfo sobre la muerte, son los mismos de los que hace dos mil años, Él se hizo reconocer, por los caminos de esta tierra, bajo la forma familiar de un viajero muy dulce, muy bueno y misterioso. Por eso Él decía: "Esta generación no pasará antes de que tales acontecimientos se cumplan".

Son éstos los privilegiados de la hora actual. Antaño, durante su reencuentro con el Amigo, no fueron privilegiados; era una prueba, medida para sus fuerzas y de la cual algunos no salieron vencedores. A estos últimos se les ha ofrecido sufrir una segunda prueba, hace algunos años.

Aquellos que no han percibido la Luz, a quien Mammon o una falsa ciencia o el orgullo han cerrado los ojos, no están perdidos para siempre; les serán presentadas todavía posibilidades de percibir la Verdad viva antes del próximo juicio. Ellos entrarán también en el aprisco, pero mucho más tarde, y cercados por los problemas y las desgracias. Pero su tiempo vendrá, eso es seguro. El Padre no ha dado la vida a ninguna criatura para dejarla perderse definitivamente. Hay solamente rutas diferentes entre la tierra y los cielos. Para recorrerlas, unos necesitan un siglo; son las más cortas. Otros necesitan varias centenas.

*

El discípulo auténtico de Jesús no es servidor, sino amigo. Está feliz de haber percibido algo del Verbo de otro modo que por los libros, las metafísicas y las abstracciones. Feliz de haber visto la desgarradora belleza de este Verbo resplandeciente en el sufrimiento perpetuo donde Le lleva el amor que Le devora; belleza que rezuma como una rosa luminosa, belleza que exalta y que arde, cuando Jesús se ofrece, sin defensa, a los torturadores agentes del mal y la vileza. La estatura admirable del Señor universal destila entonces la eterna Luz como un vaho de oro y de impalpables diamantes. Las formas augustas de Su apariencia que, en la calma, resplandecen en un pavor sagrado, adquieren un patetismo inefable en las inmensas angustias donde Le lanza Su ternura por las humanidades, los espíritus y los mundos.

Él resplandece entonces, nuestro Cristo de los dulces ojos, Él resplandece con un brillo inmenso, vibrando entero con un halo vertiginoso de rojas llamas de Amor. Las auroras cósmicas flotan a Su alrededor, como los flecos oscuros de Su manto; Sus pies desnudos brillan como la nieve de las altas cimas y Sus

manos divinas, endurecidas por los trabajos, son fuertes y cálidas como el sol que dora los pámpanos de las laderas.

Su aliento es como la carga de las grandes olas en las tempestades zodiacales, inmóvil, eterno, se Le encuentra por todas partes a la vez, uno y múltiple; cada uno de los granos que Él siembra en los vastos campos del Padre Le posee por entero e, infatigable, Él dispensa en los abismos, los átomos, los dioses y los infusorios los efluvios sobreabundantes de Su propia vida.

Su Amor sostiene los mundos, desde siempre y por siempre. De sus propias manos Él lanza desde el Abismo de lo Alto al Abismo de lo Bajo los cometas con su cola; Él habla, y un mundo nace; Él mira, y acuden la Muerte liberadora y el Renacimiento beatificador. Con Él todo es el Cielo; sin Él el paraíso no es más que unos infiernos tristes y helados.

Atleta invencible, cariátide del mundo, peregrino entre las nebulosas y las galaxias, magnificencia de todas las glorias, virtud de todas las santidades, sanador silencioso, triunfador de la muerte, así es Él, ante Quien el místico se prosterna y sigue las huellas.

Si el místico trabaja, lo sabe bien, es porque Jesús ha edificado de Sus manos este universo; si escribe, es porque el Autor del Libro de la vida le ha comunicado Su arte; si conjunta armonías, es que la Voz profunda del Verbo creado, anima, unifica y otorga las voces de los seres, desde el aullido del demonio hasta el murmullo melodioso del serafín. Para este Abismo insondable de perfecciones no existen las murallas, las montañas, los valles o los precipicios; por Él el discípulo ve, por Él concibe los arcanos y ordena a los genios.

Su dulzura es Su fuerza, fuente inagotable de lo Imposible, de lo Increado, de lo Inédito, de lo Increíble, de lo Inefable, de lo Irrevelado, en Su mano izquierda reposan las cenizas de los mundos desaparecidos, en Su derecha brillan las simientes de los mundos futuros. Maestro de universos, benefactor de los hombres, vencedor de los infiernos, Jesús acepta del discípulo la torpe y conmovedora debilidad; en el corazón que se eleva penosamente hacia Él, Él sólo mira su sinceridad. ¿Cómo no amar a este Dios que Se hace nuestro hermano y que guarda Su grandeza lo justo para darnos confianza y dejarnos el mérito del esfuerzo?

Tal es, Señores, el aspecto general del misticismo, de mi misticismo. Nos queda por estudiar la disciplina, las prerrogativas y el objetivo.

EL MISTICISMO PRÁCTICO

“Padre, que el Amor con el que Tú me Amas, esté en ellos”.

(Juan 17, 26)

Me propongo hoy recorrer con vosotros la parte práctica del misticismo: sus métodos, las prerrogativas que confiere, los objetivos que persigue. El paisaje es inmenso. Yo me esforzaría al menos por no olvidar ninguno de los lugares en los cuales la contemplación puede servir para gustar la sabrosa, la pacífica magnificencia del conjunto.

Primeramente, ¿a qué se le llama misticismo?

El consejo: “Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto” fue dado a todo el pueblo, como conclusión final del Sermón de la Montaña. No hay pues, a pesar de lo que dicen Orígenes, Clemente de Alejandría, San Jerónimo, entre otros, dos cristianismos, uno para la masa, otro para la élite; o, más bien, no debería haberlo en la medida en que para el reglamento de vida y de disciplina la comunidad cristiana quiera quedarse en la sencillez primitiva.

Según la doctrina formal del Evangelio, el discípulo trabaja y espera, no se permite tomar su recompensa, acepta el salario que su Maestro le ofrece. Sólo el Espíritu distribuye el conocimiento de los misterios y el poder de las taumaturgias; los ministros del culto no son iniciadores ni operadores más que en la medida que este Espíritu les da la facultad.

El esfuerzo hacia la perfección es pues el trabajo normal de todo cristiano. Y, si me coloco fuera del punto de vista eclesiástico –que, en suma, no es más que un punto de vista entre otros cien- no veo motivo para acordar una preeminencia de la vida contemplativa. Las palabras de Jesús a María sentada a sus pies: “Ella ha escogido la mejor parte”, no se aplica a las maneras de ser de las dos hermanas, sino a sus intenciones. El camino del contemplativo pasa por las altas mesetas, el del hombre de acción está en los desfiladeros, pero ambos se reúnen en las cimas, allí donde el Sol inmutable del Amor magnifica perpetuamente toda criatura y todo objeto.

Y, aunque estas cosas sean poco medibles, percibo de todas formas tantos dolores en las fatigas de la vida secular como en los desvelos de la vida cenobítica. Así, todo el mundo puede volverse místico, pero en un determinado momento, solamente. Cuando las fibras morales han sido tensadas hasta romperse, cuando las reacciones que provocan nuestras extravagancias se vuelven demasiado violentas, el duro granito de nuestro corazón comienza a desmoronarse. Se duda de su fuerza, se suben con dificultad las ricas vertientes de la montaña del Yo, se necesitará volverla a descender entre los guijarros y pasar del orgullo a la humildad, de las grandes alegrías a los ásperos dolores, de la gloria al anonimato, de las riquezas a las miserias. El Precursor se levanta en nosotros, su dura voz duele, el remordimiento llega, después el arrepentimiento. Dios acaba de vencer, se percibe a lo lejos el camino estrecho y

real, se entra en los desiertos de la penitencia, donde nos esperan las agonías purificadoras, las soledades más desoladoras y, al fin, esta muerte bendita que inmediatamente precede al renacimiento en la Luz y la Beatitud en el Espíritu.

Oigo a algunos quejarse de que el Cielo sea tan lento en venir. ¿Qué son ellos? Unos tibios; sobre una miríada de ideas, apenas aportan una que vaya hacia Dios, mientras que, incansable, el Amigo les vela para recoger sus más débiles buenas voluntades. Las almas han tardado millares de siglos en descender hasta aquí, ¿por qué han de remontar en un instante? ¿No es más necesario que reconstruyan en la Luz las facultades que han elaborado en la Sombra? ¿No es más necesario que reparen al menos una parte de las depredaciones cometidas, que restituyan sus injustos botines?

Trabajos delicados, negociaciones difíciles. También los maestros de la vida espiritual abundan en consejos. La gran obra psíquica reside en la transmutación del hombre natural en hombre divino. Al contrario de los adeptos que perfeccionan este hombre natural, los místicos piensan que no se deben exaltar las facultades del yo, el egoísmo transcendente, el orgullo interior o la avaricia mental. El tiempo no puede devenir en eternidad, las grandezas finitas no pueden convertirse en infinito. Así, los dioses vivos cuya inteligencia, poder o sensibilidad son millones de veces más fuertes, más grandes, más exquisitas que las nuestras fueron hombres un día. Algunos de estos seres han progresado y se han vuelto resplandecientes, pero sólo Jesús puede tomar una criatura y hacerla renacer en el Espíritu absoluto. Manou, Krishna, Fo-Hi, Moisés, Zoroastro, Buda, Lao-Tsé, Sócrates, Mahoma, maduraron y sublimaron, sólo Jesús regenera y crea de nuevo. La simple conversión de la voluntad del hombre basta.

*

Esta conversión es el arrepentimiento. Un querubín ha perforado con una flecha el corazón enfermo. El hombre conoce entonces con desesperanza que ha prostituido, desfigurado, torturado la bella imagen que debe ser el guardián fiel. Percibe en él un corazón ignorante que habría querido permanecer puro. Se acusa pues con el coraje sincero del culpable que llora su falta, abandonándose a las represalias de los ministros de la Justicia inmanente.

Desde ahora su existencia será expiación, desde los ínfimos trabajos de su carne hasta las más raras palpitations de su espíritu, convertirá todo en un holocausto perpetuo. He aquí la cara dolorosa y violenta del misticismo. Son sus lágrimas y sus estragos lo que quería mostraros hoy. Se habla mucho de nuestro tiempo, la sensibilidad se ha vuelto sensiblería y la tolerancia escepticismo. La dulzura no es activa más que derramada por unas manos llenas de trabajo y energía. Más tarde nos reencontraremos con ellas, por el momento, estudiemos el rostro del esfuerzo.

Este esfuerzo múltiple se resume en la renunciación. Es la infancia del retoño divino, es el parto de nuestro espíritu por nuestra alma. Ciertamente, la persona humana es amplia y alta, pero se glorifica a sí misma por ello; cuando toca la Nada de su yo, ignora las esencias aladas que la elevaron un día hasta el Absoluto. Ahora bien, en la historia de toda alma suena la hora cuando sobre

ella se abate el buitre prometeico, pero prefiere una agonía orgullosa sobre la roca solitaria a una vida insípida en las llanuras pobladas.

El orgullo, sin embargo, es un explosivo poderoso. La roca es dura, mas la dinamita es potente; el alma es vigorosa, mas la lucha causa estragos, pero aumenta su vitalidad. Si los grandes líderes de hombres quieren que sus discípulos callen alegrías, penas y deseos, es para tonificar la fibra del carácter y volver más vivo el impulso de la voluntad. ¿No es la fuerza impasible?

Sin embargo, si nosotros somos dioses, en cierto sentido, somos también - ¡cuántas veces!- niños pequeños aturridos. Las grandes palabras pomposas con las cuales nos exaltamos hasta lo que nos parece heroísmo, se parecen al sable de madera y a la coraza de hojalata gracias a los cuales todo crío se imagina general. ¿Qué hombre, entre los más de nosotros, no caracolea sobre un mango de escoba?

Por otra parte, para juzgar el vacío de una cosa, hay que haberlo experimentado; para eso sirven fatigas, decepciones, angustias, triunfos, ebriedades y desesperanzas. Es lo que la vida nos pide. Es el vivir. Y el místico, queriendo vivir con la plenitud más intensa y más profunda, cumple todos sus actos "de todo corazón, con todas sus fuerzas, con toda su mente y toda su alma", pero ofrece el fruto a su alrededor, a sus hermanos.

Universalizad esta actitud y os aparecerá la gran figura compasiva del Renunciamiento. Dejadme, para precisar los contornos, reproducir la imagen vigorosa y patética que ha trazado un pintor extraordinario.

*

Entre los tipos de humanidad superior que la España del siglo XVI ofrece al mundo, hay uno que, por la fogosidad de su impulso, sobrepasa de lejos a todos los conquistadores del Ideal. Es el reformador de los carmelitas, Juan de la Cruz. Este pequeño monje miserable, delgado, endeble, vestido con andrajos, nutrido de desechos, oprobio de sus superiores, es uno de estos genios avanzados en varios siglos sobre el resto de la humanidad. Él no se eleva por prudentes etapas sucesivas, no se purifica por medidas disciplinas, no alumbrá una por una las lámparas del santuario interior. No, todo en él es repentino, definitivo, él percibe el Absoluto y se zambulle en el mismo instante, parte y, de un aleteo, llega; sondea la desnudez terrible del Abismo primordial y enseguida se despoja; presiente la eterna Luz y, en el mismo momento, la agarra entera y nos la lanza.

Antorcha ardiente, cima de todas las antorchas que ardieron en este país apasionado, es el resumen de todas las tenacidades de los antiguos prehistóricos, los fervores de los viejos rabinos, el orgullo de los árabes. El sobrepasa su patria, incluso su religión, por eso puedo hablar libremente de este santo católico ante un auditorio donde las religiones se mezclan. Sigamos a este carmelita cuando pronuncia con voz tranquila las más incendiarias palabras. El trayecto no es largo, pero el paisaje es terrible.

Dos caminos, dice, se ofrecen al común de los mortales. El primero conduce a la felicidad terrestre, el segundo al paraíso.

Renunciar al reposo, al placer de vivir, a los honores, a las alegrías más o menos materiales que la civilización nos presenta: todos los moralistas, incluso los paganos, enseñan que la sabiduría es eso.

Pero nuestro monje nos sitúa más adelante, nos da un empujón, el quiere que bebamos el mismo vino que le embriaga:

“Renuncia a conocer los arcanos, renuncia a conquistar, incluso por un bien plausible, por muy poderoso que sea; renuncia a la cariñosa dulzura del aliento angélico que refresca tu piadosa frente; no busques distinguir a los mensajeros en los sueños apacibles de la noche, en desenredar su intervención en la trama de tu existencia; renuncia a las alegrías de la inteligencia, del arte, del amor, renuncia al éxtasis sagrado, renuncia en fin a las magnificencias armoniosas del paraíso...

“Nada, nada, nada, nada y nada.

Renuncia a saber nada por tu intelecto;

Renuncia a toda consolación,

Renuncia a toda sociedad,

Renuncia a toda certeza,

Renuncia en fin a la esperanza misma de recompensa”.

Y, desde el fondo de su celda de adobe, el carmelita de los ojos brillantes lanza sobre esta quíntuple tiniebla la fina claridad de la esperanza:

“Más serás, cuanto menos quieras ser”.

¡Qué conocimiento tan profundo! ¡Qué maestro de los resortes de la voluntad! ¡Qué vivo saber de las cenizas que son las magníficas cimas del Universo de cara a las colinas eternas! Intentemos fijar los deslumbrantes destellos con que la antorcha del hermano Juan sacude las cavernas del alma.

Aquí está la unidad primera de la percepción, la inteligencia y la acción. Aquí está la unión de la vía purgativa, iluminativa y unitiva, que los teólogos intentan analizar. Aquí están los diablos sutiles que llenan los claustros de ilusiones. Aquí está la planta sola, en los intersticios de la roca interior, que produce frutos: es el ataque al yo hasta en sus más secretos refugios.

Hay que desprenderse de la atracción del pensar, de la dulzura del sentir, incluso de los objetos desagradables. Hay que esforzarse en querer cuando se está fatigado y en no querer cuando se está pleno de fuerza. Hay que vivir como uno imagina que Jesús viviría en nuestro lugar, no percibir ni permitirse nada que no tienda hacia Dios, tomar en todo caso el partido menos placentero, más humillante, más fatigoso.

He aquí la escuela de la verdadera paciencia, virtud sin gloria que nos vuelve a dar la monarquía de nosotros mismos. De ordinario nos mostramos fuertes en el pensamiento y débil en la acción. Aceptar lo que el Cielo nos envía cada día es la mitad del trabajo. Esto demanda confianza en Dios y es, en suma, un sentimiento muy razonable: ¿qué sabemos de nuestros deseos, incluso los más familiares o los más nobles? ¿qué sabemos de nuestros actos, incluso los más heroicos? ¿qué sabemos de nuestras supremacías? Nada. Está escrito: “Si queréis

salvaros, cargad vuestra cruz...”, y no: Tened visiones, haced milagros o volveros sabios.

La mística estudia o más bien, experimenta la nada de uno mismo, por medio de una triple purificación, que San Juan de la Cruz llama triple noche. Si vuestros conocimientos en simbolismo os permiten establecer aquí una serie curiosa de analogías, tened cuidado porque serán similitudes, no identidades.

La primera noche es la más penosa, porque sorprende. El discípulo había llamado al Amor y es la Muerte, su sombría esposa, quien llega. Los reveses, las tristezas, las burlas, los desalientos, las enfermedades, la indiferencia de las desesperanzas incurables, éstas son las visitas dolorosas, más que el simple fin de este cuerpo. Pero estos sufrimientos son salvadores, nos revisten internamente de esplendor. No solamente duran más que un tiempo, sino que descienden como una gracia. Comprendedlo bien, el místico no queda en esta oscuridad, es como la embajada de la Luz y la Felicidad.

Cuando la Naturaleza, los hombres, las ideas, y nosotros mismos han perdido para nosotros todo sabor, en el fondo profundo de esta noche, que parece sin medida, se adivina la luz imperceptible de la aurora.

Aquí nuestro guía despiadado nos agujonea de nuevo: Avanza, exclama, desde el instante en el que prevés la visita inefable, haz el sacrificio, suplica a tu Maestro, que Él reserve la bendición de Su presencia a los que no sospechan aún la posibilidad, porque tú, tú sabes, por la certeza de la fe, la realidad de este éxtasis. Si la maravilla se presenta, acepta y agradece en la más sofocante humildad; si se va, agradece también, en la más plena y más sonriente abnegación.

¡Ah!, Señores, es necesario haber probado lo increíble de la presencia sensible del Cielo para apreciar el heroísmo de tal sacrificio.

*

¿Queréis ver en espíritu, es decir, en realidad, a Dios? En primer lugar, olvidad los libros. Zambullíos en la vida, material, sobreabundante, fecunda. Escuchad con vuestro corazón los latidos del corazón universal. Dejad los análisis y los cálculos; vuestras álgebras deben ser las chispas que prendan el incendio del Amor, vuestros microscopios serán las inquietudes de una caridad siempre despierta.

Los más bellos libros de los santos parecen inmóviles y densos porque a veces complican el simple Evangelio. Osaría decir casi, que la teología mística es una invención de los hombres, pues Dios es sencillo, Él se dirige a los sencillos, y la ruta del Cielo es sencilla. Sin embargo, para tener el derecho de desdeñar los libros, hay que haber leído mucho.

Lo que critico no es el saber, es la deificación de la inteligencia. El primero de los intelectuales es Lucifer. Él lleva verdaderamente una Luz, pero es helada por el orgullo, muere de la voluptuosidad de estar sola y resucita sin cesar por una voluntad de dominación. El arcángel caído es el ideal de aquellos cuya fuerza de pensamiento embriaga; él fue creado para la Vida y prefirió la imagen inversa, porque en ella reina, mientras que en la Vida tendría que servir.

Todos sufrimos en un momento dado la temible prueba del árbol de la Ciencia. Preparémosla, comprendiendo que Dios no nos compromete de ninguna forma. Esto es el crepúsculo de la tercera noche, la más larga, la más devastadora. Para soportarla, deciros que hay que tener un corazón consumido del deseo del Absoluto.

Resiste este deseo, dice Juan de la Cruz. Si tu corazón se reseca en el desierto, sufre, sufre la desesperanza y la parálisis de tu voluntad, es tu centro más íntimo el que va a ser trabajado, trastornado, descuartizado. Todas las tentaciones acuden, las más repugnantes, las más seductoras, las más groseras, las más sutiles. Sufre. No te muevas. Recibe las ráfagas. Mira en ti sin pestañear. Te crees rechazado del Padre porque en este momento te ves tal como eres, tu espíritu desfallece en agonías sin cesar, disgregación, desnudez, debilidad; él cae bruscamente en el infierno. Ningún hombre, ninguna lectura puede ayudarte, el remordimiento, la imposibilidad de rezar, de pensar, de actuar, te aplastan.

Estas tinieblas son inimaginables si no se han experimentado. Sin embargo, sus horrores siempre crecientes llegan a un extremo. El Maestro mira al discípulo. Y éste, con sus extenuadas fuerzas, mantiene su corazón hacia el Ser al que se ha entregado. En este instante de silencio total brota, como un fuego suave, el vehemente, inextinguible Amor. Él consume todo en el pobre corazón magullado, en este precioso corazón al que bajan las manos misericordiosas del Amigo, por fin aparecido.

Todo se aclara en el cielo interior, desde la médula de los huesos hasta la cima del espíritu. Este Amigo lava toda mancha y hasta el recuerdo mismo de la mancha en este corazón llevado delante del trono divino donde va a recibir la iniciación suprema: el bautismo del Espíritu.

A veces, y entonces es una rara bendición, el Amigo se muestra materialmente. Bajo los harapos del pobre, bajo el uniforme del príncipe, bello como un serafín, desfigurado por las fatigas y los martirios, no importa. Su servidor Lo reconoce con certeza. Ninguna alegría conocida se puede comparar al éxtasis de este reencuentro; el espíritu del discípulo sacude los barrotes de la prisión corporal; se entrega en los brazos del Maestro, desfallece, renace, se transfigura. Elevadas alegrías, paz inmutable, amor sin límite. ¿Qué decir de estos misterios, cuyos destellos se producen donde la mirada de los dioses no llega?

¡Pero cuántos desvelos antes de la púrpura de esta aurora! El buscador constante lo sabe, pues está escrito: "Sobre la medianoche el Esposo vendrá" y: "Llegaré como un ladrón".

Me prodigo en repeticiones, lo sé. Pero hay ideas contra las cuales todo se subleva en nosotros, tenemos que hacer violencia para permitirles entrar, y se convertirán en las simientes más fecundas. Ciertas repeticiones me parecen indispensables y tengo razones para imponerlas.

*

Todos los extraños cuadros ante los cuales hemos pasado sólo son la bruma del drama místico real. La prudente Iglesia vela, incluso cuando parece

devolver a sus hijos la libertad. ¿Qué es pues el verdadero misticismo? Aquí no puedo responder expresamente, a causa de ciertas conveniencias, a causa de la dificultad que la lengua humana encuentra para explicar las escenas del Reino eterno.

Es esfuerzo reclamado por el Evangelio es un desarraigo, un trasplante. Entre las miríadas de ángeles que sirven a Cristo, hay una parte enviada cerca de cada discípulo para cambiar la trama de su destino, aportándole alimento espiritual, instruyéndole, cuidándole, dándole coraje, rehaciendo una a una todas las celdas de su ser físico, mental y psíquico. Pero la colaboración del hombre al que ayudan es indispensable. Para que ellos puedan sembrar en nosotros los granos que Jesús les confía, hay que, por la voluntad ascética, trabajar en nuestro corazón.

Los efectos de estos seres misteriosos no se registran con claridad en la conciencia, sobre todo al principio. Se funden en el sentimiento poco analizable de la presencia divina. Un filósofo encontrará pruebas de esta presencia, un devoto, por una meditación ardiente, se construirá una imagen animada⁴. Todos estos esfuerzos llaman a la verdadera Presencia y nos vuelven capaces de soportarla, pero ella no se deja forzar, permanece siempre independiente, gratuita. La mejor fórmula para hacer venir esta maravillosa dulzura es la práctica plena de la caridad. Un discípulo verdadero se encamina ya hacia la libertad, ve a Dios en todo, no Le cree sujeto a condiciones de tiempo y lugar. “Dios, decía la carmelita de Ávila, Dios está tanto en la cocina como en las celdas o en el oratorio”. Ciertos solitarios del Islam, de la India y de China piensan lo mismo. Esta omnipresencia no es abstracta, es real, biológica, viva. Para gustarla, hace falta un coraje constante, es verdad, pero todos pueden esperarla.

El místico se nutre de un alimento particular. Toda criatura se sustenta en el medio del que proviene. Ved el vegetal, el animal, nuestro cuerpo fluídico, nuestro cuerpo mental. Y es el mismo medio exterior en el que se forma y con el que se repara, lo que cada uno de nuestros cuerpos percibe.

Así, para sentir a Dios, incluso de una manera extremadamente tenue, hace falta que nuestro yo se nutra de alimento divino. La pobreza de espíritu es este maná y el renunciamiento nos lo procura, lo hemos visto hace un momento. La disciplina buscará pues lo que el mundo rechaza: el fracaso, el menosprecio, las dificultades. Milagros, arcanos, magnificencias, le son indiferentes; el sacrificio constituye su vida misma y el amor la llama.

El místico es la antítesis del adepto. No quiere conquistar nada; su libertad, sus sentimientos más íntimos, los abandona, trata de volverse el más ignorante, el más débil, la más esclava de las criaturas. Igual que el Verbo Se inmola sin cesar y en todas partes, igual que los glóbulos de la sangre mueren para dar la vida a las células agonizantes de los músculos, el místico, en su esfera, da sin descanso. Él termina por no darse cuenta que lo hace. Fuerzas, tiempo, dinero, gustos, afectos, opiniones, reputación: los ofrece a cualquiera que él crea va a encontrar algún confort o algún provecho. Hasta su deseo de eterna Belleza, lo dará para sacar a no importa quién de sus hermanos de la Tiniebla.

⁴ Así el trabajo exterior de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio.

¿De dónde el hombre puede tomar tal vigor? Es su Amigo quién lo da. El servidor de Dios vive, recordadlo, en un mundo extraordinario: el mundo de la Fe. Él se siente amado de Dios. Lógicamente, prácticamente, adopta la serie de afirmaciones que la fe promulga. Su Dios es un Dios vivo, amante, tangible y que comunica la Vida. Él nos da el sentido en medio del cual Lo percibimos. Así, si Su claridad no nos penetra, no llena nuestra alma, como la estrella de Belén hizo mirar a los pastores, no creeríamos. Es así como este Dios nos hace ver, permaneciendo invisibles las verdades de la fe a los ojos de la inteligencia.

La fe es también el único instrumento para las obras místicas. El discípulo tiene unos amigos invisibles, más numerosos en la medida que se hacen raros sus amigos visibles. Son sus antiguos esclavos, son todas estas criaturas extra-humanas que, durante los siglos de su evolución en el egoísmo, había plegado a su tiranía. Él las ha liberado y toma la tarea de indemnizarlas progresivamente de los servicios que ellas le prestaron antes. Comprende que él no es hoy más que el resultado de su pasado, que su personalidad actual sólo es un agregado sin consistencia, puesto que ha sido construida en los espejismos de la "luz negra" y en los fantasmas del yo. Según la medida en la que, desde hoy, el discípulo intenta sólo querer la voluntad del Padre, sus actos se vuelven reales, vivos, definitivos, fecundos; sus oraciones reales, activas, victoriosas.

Poco a poco, entra en un mundo de glorias donde los sentimientos que hemos nombrado aquí, caridad, fe, humildad, resignación, bondad, son sustancias palpables, reales, nutricias, con formas organizadas, de seres vivos, de sociedades completas de individualidades desconocidas. Su espíritu se vuelve la residencia favorita para estas criaturas y, poco a poco, toda su persona, hasta el cuerpo, cambia la calidad de su vida, se aleja de las atracciones oscuras y se fija en el reino de la claridad, de la pureza, de la paz.

*

Quisiera decirlos con más detalle las prerrogativas del místico. El tiempo me falta. Las próximas charlas nos proporcionarán las ocasiones para llenar esta laguna. Es necesario resumir.

Acabamos de describir los caracteres generales del sentir místico. Cada peregrino guarda su fisonomía original, cada discípulo es un mundo aparte. Pero el sentimiento claro de lo divino les une a todos. Algo en ellos rebasa la naturaleza humana y los coloca entre los genios con los cuales se honra y se ilumina nuestra raza. Su punto de vista es inaccesible, su mirada es especial, su móvil está más allá de los objetivos comunes. Ignoran lo que todo el mundo conoce o pretende conocer, pero saben lo que todo el mundo ignora: que el Padre envía a Su Hijo a todas partes donde Él se Lo pide. Y Su existencia es una demanda ininterrumpida.

Los privilegios del discípulo no son desequilibrios enfermizos, sino floraciones naturales, favorecidas por la disciplina moral y engendradas por la intervención directa del Verbo. Los fenómenos extraordinarios sólo aparecen como accidentes de transición, así Santa Teresa cuando llega a la cima de la unión divina no tiene más éxtasis; Ignacio de Loyola conserva el sentimiento claro de la presencia divina mientras se ocupa con un cardenal de asuntos

administrativos. Así he conocido a poseedores de las llaves del Tesoro de la Luz que eran bravos padres de familia que en nada se distinguían de sus vecinos.

Esta robusta salud psíquica, esta maestría permanente de sí mismo, este admirable buen sentido práctico, esta bondad verdadera, hunden siempre sus raíces en un alma apasionada. Los mediocres y los tibios no producen jamás nada. Francisco de Asís soñaba la gloria; Loyola, del que no hay que juzgar su obra alterada por causas secretas, era un colérico; Francisco de Borgia era un ambicioso, y podría citaros ejemplos parecidos por docenas. El temperamento fisiológico predispone a las visiones, a los éxtasis, pero la unión esencial es independiente de la complejidad y es posible para todas las mentalidades.

Así, sólo se llega al misticismo por la práctica de la caridad, de la resignación, de la confianza en Dios, de la humildad. Tal método es demasiado simple para el gusto de la masa, a decir verdad, es muy duro. Los ojos que pueden mirar el sol son raros. La masa sólo puede comprender y emplear la religión exterior y ceremonial. Algunos, que se creen más inteligentes, intentan conquistar el esoterismo. El Padre mira con la misma sonrisa los esfuerzos de todos Sus hijos. A todos, también a los que Le vuelven la espalda, Él dispensa una luz proporcionada a la debilidad de sus órganos, un alimento asimilable, un trabajo que pueden más o menos llevar bien.

Esta adaptación ininterrumpida de la Verdad esencial a nuestra inteligencia, esta respuesta renovada sin cesar a nuestras preguntas, constituye el descenso silencioso y oculto del Espíritu Santo sobre la Tierra. Numerosos son los intérpretes de este Supremo Iniciador, pero a menudo quedan por debajo de su tarea. Sus agentes más activos no están en los nombres que se imponen en la memoria de los hombres, ni en la falange de élite de los escritores místicos. Aquel al que todo el mundo elogia, sólo es grande según la Naturaleza; aquel al que todo el mundo persigue, tiene muchas posibilidades para ser grande según Dios.

Dos fuentes dejan caer sobre la tierra el agua de la Verdad divina: el Evangelio y la Consciencia. Si ellas no nos sacian como esperamos, es porque nuestro yo de tinieblas, que toma de ellas su único refresco, bebiendo a grandes tragos, las corrompe con el solo contacto. Nuestra consciencia tiene necesidad de reconfortarse y el Cielo ha querido que nada importante sea falseado en el solo testimonio que nos queda de Su Ángel Jesús: en el Evangelio.

Cuando digo que el Evangelio contiene todas las iniciaciones, escritas y orales, que encierra la sabiduría de los Reyes, de los Vedas y Avestas, de las Pirámides y de la Thorah, los sabios sonrían con incredulidad. Y, en efecto, la afirmación parece temeraria por mi parte, que no me sitúo ni en la ciencia ni en el esoterismo. Estoy seguro de lo que digo, y es posible que contempléis con sorpresa, en el curso de estas charlas, las perspectivas que obra la palabra simple y bendita del Amigo de las criaturas.

*

He aquí los últimos rasgos del esquema que os había prometido. Tomad en consideración estos frescos, por imaginarios que os puedan parecer. No penséis

solamente en vuestra propia cultura, sino también en las necesidades del tiempo en el que vivimos.

Cuando una época se puebla de videntes, de profetas y de taumaturgos, no hay que menospreciarla a priori. Muchas causas entran en juego. Los poderes de Abajo pueden proyectar una luz tan brillante en nuestros ojos como los poderes de Arriba. La Tierra no está aislada, cambia sin cesar con los otros astros; está concurrida por extranjeros, ¿qué tiene de sorprendente que, de vez en cuando, las almas que vienen a trabajar aquí lleguen de los reinos de la magia, las ciencias ocultas o los vicios espirituales?

Perdidos en la multitud de los simples curiosos, los amateurs de los arcanos, los ambiciosos de las sociedades secretas, los adeptos orgullosos, las almas más nobles encuentran que después de un rodeo en la ciencia exterior o el esoterismo, vuelven al aire vivo y al sano sol del Reino de Dios. En esta confusión de buscadores, el signo por el que se reconoce a los verdaderos, es la fe en Jesucristo. Cualesquiera que sean las diferencias de los que se agrupan a la sombra de la cruz, se unen por el arrepentimiento, no se equivocan nunca definitivamente; los prestigios pueden deslumbrarles, pues no están al abrigo de la seducción, pero conservan las nociones verdaderas sobre los puntos capitales.

El Cielo vela pues siempre por los corazones sinceros. Busquemos la verdad de nuestras fuerzas físicas, de nuestra fuerza mental, de nuestro amor, así se manifestará pronto en nosotros idéntica al Verbo, crecerá en nosotros y nos llevará hasta el Padre.

Os he mostrado las cimas, Caballeros. Nadie puede esperarlas enseguida. Aunque nuestro corazón arda en un segundo, es necesario un tiempo para que el incendio se propague al resto de nuestro ser. Que estos heroísmos de los que hablamos no os desalienten. Es la calidad del esfuerzo lo que vale y no su cantidad. Os lo atestiguo, el Padre no deja el menor sacrificio sin una recompensa inmediata. El más fugitivo impulso acerca los ángeles a nosotros. La caridad menos costosa, con tal que sea olvidada de ella misma, alumbra una claridad en nosotros. Vivamos de inmediato en lo eterno; cada uno puede elevarse y recibir todas las confirmaciones y todos los consuelos.

LA INICIACIÓN CRÍSTICA

“Nadie pone una pieza de paño
nuevo en un vestido viejo...”
(Mateo 9, 16)

Es muy temerario, cuando sólo se dispone de una hora, emprender el estudio de un tema tan amplio. Pero, ¿no sobrepasan estos temas nuestros límites? Y, ¿no pueden conducirnos a un panorama ignorado de cimas deslumbrantes? Por otra parte, el tema de esta charla me permitirá daros mi opinión sobre varios puntos que considero esenciales. Cada vez más, a medida que los años van pasando, la batalla, en los mundos de lo oculto, se vuelve tumultuosa; trampas sutiles se tienden y carnadas seductoras se ofrecen al buscador, en todos los recovecos del sendero. Hace falta, para que podáis juzgar, decidir, escoger vuestra ruta, que conozcáis todas las opiniones. Naturalmente, creo estar en la verdad; las teorías eclécticas, hoy de moda, están vacías de sentido. ¿Para qué hablar, si se piensa en propagar errores? Si la convicción más absoluta no nos anima, nuestra voz está muerta, es un ruido inútil y vano.

Pero no quiero ni debo arrastrar a nadie por mí mismo. Si verdaderamente es de la Verdad de lo que hablo, no soy yo quien la hará reconocer, sino que ella misma pronunciará, en lo más profundo de vuestros corazones, las palabras invencibles, definitivas y ciertas. En los reinos del espiritualismo, las rutas son tan numerosas, las bifurcaciones tan frecuentes, apenas las recorremos desde hace unas decenas de años, que la fatiga nos vence, el deseo desesperado de percibir un faro nos consume, ¡el deseo de oír al fin la voz reconfortante de un Amigo caritativo! Y, cuanto más se profundiza en el espiritualismo, más rápidamente vienen esta languidez y esta sed.

No os escandalicéis si vengo a vosotros como poseedor de esta certeza, viendo esta Luz y conociendo al Amigo. Si los tuviera por provisionales, no tendría el derecho de afirmar ciertos axiomas. No veáis en lo que voy a deciros unos ataques desdeñosos, pero pienso que se da sin razón hoy al eclecticismo y al diletantismo el nombre respetable de tolerancia. Todas las opiniones son respetables, todas tienen una parte de verdad, pero las que sobrepasan el nivel de la inteligencia no están mezcladas de falsedad y verdad; son, a causa de su altura, completamente falsas o completamente verdaderas ¿Dónde encontrar el criterio infalible? En el saber, responde la antigua sabiduría; en el Amor, responde la Sabiduría crística. Vamos a confrontar las enseñanzas de Nuestro Jesús con las de Sus predecesores humanos, el cuádruple punto de vista de la Iniciación, del Conocimiento, de la Moral y de la Perfección final e intentaremos, si Dios quiere, concluir, en pocas palabras, con la elección definitiva de la ruta espiritual.

*

Primeramente, ¿qué es la Iniciación? Es el conjunto de trabajos que hacen consciente al hombre de otro aspecto de la vida universal, aparte del plano físico terrestre. Así el neófito del helenismo y del cristianismo, de la *dwidjà* o del brahmanismo. Es necesario, para ello, morir a la materia y renacer en la vida invisible, pero real, objetiva, substancial.

Como los planos invisibles son innumerables, hay innumerables iniciaciones. Unas son vanidosas, llenas de palabrería, otras especulativas, otras prácticas. En nuestra época, no quedan apenas mistagogías antiguas. Así, la Franc-masonería ofrece un cuadro bastante completo de la iniciación en las Pirámides; el catolicismo y un brahmanismo rejuvenecido, lo ofrecen de la liturgia. Las fraternidades europeas más o menos cerradas no atienden sus promesas, los Rosacruces contemporáneos ignoran todo de Elías Artista. Los que "han leído todos los libros" y los que quieren avanzar más se creen obligados a ir a países lejanos donde la tradición afirma que viven en el silencio los últimos adeptos. Sin embargo, la Verdad está en el fondo de nuestro ser, en una espera silenciosa, infinitamente más bella y más completa, inmutable, eterna, beatificante. Pero dejemos esto.

La ciencia secreta de la materia, es la alquimia; la ciencia de la fuerza, es la magia; la del hombre es la psicurgia; la de las esencias no-terrestres, es la teurgia de los ancianos. Estos cuatro grados del Conocimiento han existido siempre, hoy todavía se enseñan en ciertos centros de China, de la India, de Persia, de Arabia y del África norte. Hace falta quererlos y conquistarlos, no se dan; se indica la ruta y el candidato avanza con sus riesgos y peligros y según sus fuerzas ¡Cuántas anécdotas podría contaros sobre este tema! Historias tristes de existencias rotas, perdidas en una manía cualquiera, por ser atacadas por guardianes demasiado fuertes. Leed "Zanoni" de Bulwer Lytton y sobre todo el magnífico "Axël" del genial Villiers de l'Isle-Adam; veréis exactamente como los detentores de la ciencia secreta son poco piadosos con los fracasos de los candidatos. Por el contrario, el Cristo dice: "No romped la rama herida; no apaguéis la luz del carbón que todavía arde". Los hombres aunque sean sabios no poseen longanimidad, porque se sienten siempre esclavos del Tiempo. Incluso adeptos admirables, cuyos nombres poco conocidos se rodean de un prestigio sobrehumano, que con constancia heroica y abnegación profunda saben persistir durante varias existencias en las mismas búsquedas, cuya ambición personal está muerta y cuyo ser, a fuerza de voluntad, no es más que la encarnación de un principio metafísico, estos dioses, en fin, conocen el temor del fracaso.

Pero el padre, Su Ángel, el Hijo y su Gloria mutua, el Espíritu, poseen la calma paciente de la omnipotencia y la eternidad.

Las criaturas no pueden enseñar más que del exterior al interior; hace falta que el instructor impresione uno de los sentidos del discípulo; un adepto o un genio nos enseña hablando al doble, el cuerpo astral o al cuerpo mental; es siempre por una envoltura del yo por donde el iniciador humano esperará este yo. Sólo el Padre y los que Él escoge pueden hablar directamente al yo. Así la iniciación crística es esencial, una, interna, suprema, por eso no puede conquistarse, sino solamente recibirse.

Cada religión encierra un esoterismo, pero no es esoterismo lo que una religión exterioriza; es la religión, o más bien algunos de sus representantes, quien extrae de la doctrina general una doctrina secreta. Las religiones representan, en cierto sentido, la gran ruta, fácil, segura, pero más larga; las iniciaciones, son los atajos, los caminos del contrabandista, penosos, peligrosos, pero que llevan más rápido a las cimas de inmaculada nieve donde el alma puede tomar su vuelo para el Infinito.

O, más bien, es así para todas las religiones, salvo para la cristiana. En efecto, incluso las llaves de los arcanos evangélicos se encuentran, no en los jeroglíficos, sino en el corazón del estudiante; incluso la palabra del Cristo es la gran ruta o la carrera del mensajero, según la energía del peregrino, según sea moderado o violento. La "violencia" aquí no es del todo el esfuerzo voluntario del adepto, es algo fuera de las categorías mentales razonables, es un esfuerzo sobrehumano, una abnegación tan absoluta que temo, dándoos un ejemplo, que os escandalicéis; temo de no saber haceros comprender esta ebriedad agitada que lanza a la muerte los corazones incendiados por la antorcha del amor. Es el éxtasis que el verbo de los más grandes poetas debilitan expresándolo; con más razón sería presuntuoso querer describirlo. Si uno de vosotros lleva en sí esta violencia, encontrará él solo la ocasión de emplearla.

Iniciarse es un asunto importante. No es suficiente decirse o creerse Rosacruz, no es suficiente partir un pan ceremonialmente, discurrir sobre unos símbolos, lograr algunas curiosidades alquímicas o actuar a distancia voluntariamente. Desconfiemos de la literatura; en nuestra época, el menor escritor se hace llamar "querido Maestro" y el menor amateur del ocultismo "Maestro" a secas.

Reaccionemos contra este gusto por lo complicado, lo extraño y lo misterioso. Nuestra cultura nos hace artificiales. Se abandona la religión ordinaria porque la ciencia exacta parece más profunda, pero cuando sondeamos el vacío de ésta, nos precipitamos en las ciencias fantásticas ¡Qué ingenuos somos! Los orientales tienen razón al considerarnos como salvajes, por nuestros absurdos sistemas y mensajes falaces. Ellos poseen sin embargo el verdadero arcano, como nosotros. Quien ha podido descender a las criptas del Dekkan, leer el I-Ching, hablar con los dignatarios de Benarés o los iluminados de Roma, Medina o Fez, ha visto que todos los signos, todos los esquemas y todos los caracteres dicen lo mismo, que el gabinete de reflexión masónica, la Imitación de Cristo, las reglas de las órdenes contemplativas promulgan un mismo precepto. Y este axioma fundamental, único, universal, se llama: caridad, humildad, oración. Pero cuando lo desciframos en francés, sánscrito, hebreo, parvi o en algunos de los miles de idiomas iniciáticos, se piensa: si, conozco esto, y pasamos a la página siguiente. Estas tres palabras precisamente contienen todos los secretos, todos los socorros, todas las ciencias ¡Ahí están! Sin ellas, no se llega a nada en la gran obra psíquica, más que a la enfermedad, la locura o la muerte.

El gran defecto de las iniciaciones humanas es que estas tres palabras iluminadoras están sepultadas bajo un montón de ritos, prácticas, arcanos y recetas. Están desfiguradas por el culto a toda clase de dioses; han sido invertidas, incluso, criminalmente, de manera que ciertas escuelas, y no de las menos sabias, ni de las menos poderosas, las hacen servir para la exaltación del

orgullo espiritual. Esta es una de las razones por las que el Cristo denuncia tan obstinadamente todos los fariseísmos.

El arquetipo de estos tres vocablos es la Luz que Jesús viene a hacer brillar. Es contra ella que, desde hace dos mil años, se unen todas las fuerzas del dinero, de la materia, del egoísmo y de la inteligencia deificada. Los césares que mataron tantos cristianos hicieron mucho menos mal que estos dignatarios de los esoterismos orientales que, en el siglo II, hicieron en Alejandría un pacto secreto. Allí fueron tomadas las medidas oportunas para captar las fuerzas populares salidas de la palabra de un oscuro galileo; allí fueron recogidas las leyendas, compuestos los episodios, falseados los datos de la vida de Jesús, bajo el molde del simbolismo hermético, con el fin de obtener un tipo nuevo de adepto, conforme al modelo milenario de los hierofantes.

Se podría creer que acuso a los iniciados de falsos, pero no es así. Eran hombres sinceros, que cegaba el orgullo; no comprendieron nada de Cristo, pero sus descendientes hoy no comprenden tampoco. Todo lo que, en la historia de Jesús, no entraba en el marco de su filosofía, creyeron que eran simplemente habladurías y lo rechazaron. Comprendo su estado de ánimo. Un iniciado no avanza, o no cree avanzar, más que por su propia energía. En realidad recibe ayuda, pero está persuadido de que sólo necesita su fuerza, su confianza en él mismo es su mejor baza en esta partida formidable que entabla contra el Destino. Él necesita para este avance un objetivo preciso; sin él sus esfuerzos huyen y se desvanecen. Pero lo que no ve es esto: por el hecho de fijarse un objetivo, limita su ascensión, circunscribe su acción, rodea de una muralla sus perspectivas interiores. Su dominio es más o menos extenso, sigue su poder instintivo, anímico, intelectual o volitivo, pero este dominio está cerrado. Y todo el libre infinito que se extiende ante él es como si no existiese.

Por el contrario, Cristo dice: "No eres nada, no puedes nada por tí mismo, pero lo puedes todo si dejas que Dios viva en tí. Tus esfuerzos más heroicos sólo valen como signos de tu buena voluntad, atraen la gracia, hacen posible el descenso del Espíritu, mas sin estos esfuerzos el Espíritu también podría venir a tu casa: lo puede todo, pero Su presencia te reduciría a cenizas. Es necesario que hagas los mismos trabajos que tus hermanos, que el campesino, el obrero, el ciudadano, el sabio, pero con el convencimiento profundo de que permanezcas a pesar de todo como un servidor inútil. Entonces, vendré a tí según la voluntad de mi Padre..."

Si consideramos la técnica de los mistagogos, veremos entre ellos y la vía evangélica diferencias capitales. Los primeros se dirigen a uno de los principios del ser humano, son abstractos, especulativos y sin esperanza de recurso en caso de fracaso. La segunda es general, práctica, viva, humana en una palabra y la bondad de Jesús vence, incluso setenta veces siete, y no se cansa nunca.

Mirad, en efecto, al sufi; cuando tropieza en algún punto de sus invocaciones, las fuerzas que ha comenzado a poner en marcha vuelven sobre él; lo mismo para el mantra-yogui, como para el srotapatti. Si el iniciado taoísta, en su pequeña pagoda forestal, deja, después de dos o tres años de soledad, su meditación desviada o deja debilitarse su voluntad, él queda aplastado. Si el Parivradjaka, en la cueva subterránea que sirve para las iniciaciones

brahmánicas, al final de tres semanas de ayuno y tinieblas, remonta el gran día sin haber sostenido las terribles miradas de los dioses de Abajo, quedará loco para el resto de su vida. No sin razón los Antiguos apelaban a la epilepsia como el mal sagrado y el pueblo, en Oriente, respeta a los locos. Son a menudo exploradores desafortunados de lo invisible.

Y, quedándonos en Europa, si veis los cuadernos manuscritos que se han transmitido, de superior en superior, en algunas comunidades contemplativas, veréis que hay una iniciación en teología práctica. El más conocido de estos rituales, es el "Ejercicios" de San Ignacio de Loyola. Está en las librerías; no será indiscreto hablaros de él. Consiste en una serie de meditaciones sobre la vida de Jesucristo y sobre los dogmas, pero en estas meditaciones, por la fuerza de la imaginación, hay que ver y oír las escenas y los personajes. Se admiten pocos candidatos para seguir la serie completa de estos ejercicios; un director habla al novicio y lo guía en todo momento. Al fin debe producirse el descenso de la gracia iluminativa. La prueba, que no es indicada, consiste en el dilema en el que claramente se pone al discípulo. O estas visiones son autosugestión, y entonces todas las realidades teológicas son subjetivas y la voluntad es el solo Dios; o estas visiones son objetivas y, se haga como se haga, no se producen más que por la buena voluntad divina. Los novicios que no sepan resolver por ellos mismos el enigma de la libertad humana y de la presencia divina, se vuelven unos fatalistas quietistas o unos ateos. Y los directores, que saben reconocerlos, los destinan entonces a los bajos empleos de la Compañía.

La iniciación evangélica pura, al contrario, es esencialmente práctica. Se prueba únicamente el yo. En caso de éxito, ella procura el conocimiento intelectual y el poder psíquico correspondiente; en caso de fracaso, ella ofrece al neófito, después de un poco de reposo, una nueva prueba. Estas pruebas son las miserias de la vida cotidiana: pérdidas de dinero, traiciones, enfermedades, penas; el discípulo permanece como el hijo, el esposo, el padre, el ciudadano, el obrero o el industrial que era antes de haber pedido su avance. Son problemas usuales los que debe resolver: sostener o abandonar un proceso, crear una empresa, consentir unos préstamos o rehusarlos, reconciliarse o no. El esfuerzo es realizado por el corazón y por las facultades propias. No hay necesidad de libros, ni de dietas, ni de viajes. Cada uno puede, a solas consigo mismo, pedir en secreto la Luz, pues Jesús, Maestro y Amigo, está constantemente al lado de nuestro corazón.

¡Ah! Si supiéramos con qué afecto y ardiente solicitud Él espera nuestra demanda, ¡cómo diríamos enseguida las palabras de Vida y como resistiríamos la prueba!

*

Ved ahora como la iniciación humana da rodeos y la regeneración crística es central. Los métodos esotéricos de conocimiento son numerosos y merecen un estudio profundo. Han sido construidos por unos hombres ricos de un tesoro multiseccular, contienen una infinidad de observaciones ingeniosas, de visiones geniales, de observaciones sutiles y sugestivas; y las escuelas hindúes, entre otras, hacen, desde la mitad del siglo XIX, grandes esfuerzos para comunicar a

la raza blanca algunas de sus experiencias psicológicas. Estos métodos no son buenos para los europeos. Dan al mental una fuerza y regularidad admirables, produciendo sin embargo en lo interno reacciones nocivas a largo plazo. En todo caso, la meditación exclusivamente intelectual, el entrenamiento psíquico voluntario crean siempre, cualesquiera que sean las precauciones tomadas, una suerte de desequilibrio dinámico; la cabeza no es más que una parte del cuerpo, el intelecto es un órgano de reflexión; no hay que tomar la imagen de la vida por la vida misma.

Los antiguos sabios habían previsto esta dispolarización y, para remediarla, enseñaban una cultura fluídica (dietética, respiración, automagnetismo) y una cultura anímica que desarrollaba artificialmente la devoción, el amor. Y estos entrenamientos eran intercambiables.

Intentamos rendir cuenta de los defectos de estos métodos. Contemplar a Dios es imposible. El devoto no cristiano comienza por contemplarLo en Sus criaturas, signos parciales de Sus perfecciones. Es como si dijéramos que, en matemáticas, el infinito es la suma de una serie de números finitos. O bien el devoto tiene la creación como sin término, entonces su Dios es un concepto inasible, un abstracto; (de ahí a identificar esta causa primera con el Pensamiento no hay más que un paso). O seguidamente se cae en la teoría de la ilusión universal, donde el sujeto mismo duda de su propia existencia. Así en el budismo primitivo: "Oh monjes, dice Gautama, si se afirma que el yo existe, esto no es exacto; pero si se pretende que el yo no existe, esto no es verdadero tampoco".

En cuánto a las facultades transcendentales, podemos desarrollarlas en un sujeto, o sobre uno mismo. Pero, para que los conocimientos que ellas procuran sean exactos, hace falta que el instrumento de percepción sea perfecto, que el objeto a percibir quede fijo y que se conozca el índice de refracción del medio. Pero ninguna de estas tres condiciones es realizable, así que habría que suponer resuelto este problema del conocimiento. Muchos buscadores infringen estos principios.

Podéis decirme: ¿se ha descubierto un método mejor del que los iniciados alaban y cuyo empleo haya producido los monumentos más importantes del genio?

El Evangelio contiene este método excelente, pero, para descubrirlo y realizarlo, hace falta la fuerza sobrenatural de la fe. "Buscad primeramente, dice Jesús, el Reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura". Éste "lo demás", lo que no es el Reino de Dios, es justamente todo lo que los hombres buscan en la Naturaleza, todo lo que esperan del Relativo. El Reino de Dios es el país donde reinan el amor puro, la fraternidad, la paz. Y, en verdad, el que ama a su prójimo como a sí mismo lo sabe todo; os digo esto porque lo he verificado, no sobre mí, sino sobre un hombre, el único que he conocido que amaba realmente a su prójimo: dinero, tiempo, ciencia, bondad, lo daba todo; nunca pensaba en él, jamás se inquietaba por saber como viviría mañana; jamás los más temibles inoportunos fueron rechazados. Ahora bien este hombre lo sabía todo, en efecto. Resolvía lo mismo una cuestión de cálculo integral, como indicaba un lugar de un desierto o encontraba unas ruinas, o los movimientos

de la Bolsa la semana siguiente. He verificado siempre la exactitud de la menor de sus indicaciones ¿De dónde viene una facultad tan milagrosa?

El que vive en Dios, y que tiene por único alimento el cumplimiento de la voluntad celeste, vive en la Verdad, la Verdad vive en él. Y su presencia, invisible a los ojos de la carne, es sensible a los ojos de las entidades inmortales. Todo tiene un espíritu. Así, el espíritu de esta mesa está obligado a decir a un hombre tal, si él se lo pide, el nombre del obrero que la hizo o el bosque de donde proviene la madera. Ante la Verdad ninguna mentira, ningún error puede sostenerse.

Tal es el conocimiento vivo, él nos da en lugar de la relación aproximativa de un objeto y un sujeto, la esencia real de este objeto.

*

En cuanto a la Moral, el principio es universal, no solamente sobre este planeta sino en toda la creación. Las consecuencias son las que varían. Todos los seres visibles e invisibles, infernales y paradisiacos no tienen más que una ley: vivir los unos para los otros. Las diferencias entre las morales terrestres son externas y la sociología y la etnografía nos descubren fácilmente las causas. O son internas y, para conocerlas, hay que analizar el principio teológico en el nombre del cual son formuladas.

Toda iniciación que pone la cabeza por encima del corazón, la Inteligencia por encima del Amor, es una inversión de la síntesis patriarcal y de la doctrina del Verbo encarnado. Sitúa la imagen en lugar del objeto. Su moral será personal, voluntaria, humana, no conocerá salvadores, sino hermanos mayores; no se ofrecen como víctimas, se compadecen solamente o dan una ayuda momentánea. El esfuerzo de liberación según estos sistemas va de lo bajo a lo alto, de fuera hacia dentro. Se necesita un cimiento material. Se cultiva sucesivamente el cuerpo físico, luego el fluídico, después el astral, el mental y así sucesivamente, según la profundidad de la voluntad. Nada más lógico, más razonable, más positivo. Puede decirse que los iniciados son menos espiritualistas que los materialistas transcendentales. En todo caso, no tocan el misticismo.

Perdonádmeme estas imágenes un poco groseras. No tenemos tiempo de estudiar los detalles, es necesario que mi esquema sea resaltado, que las sombras y las luces se opongan vigorosamente para que las figuras se impriman en vuestra memoria.

Este esfuerzo parte del yo, es Marco Aurelio, Sócrates, Pitágoras; es el budismo y el taoísmo primitivos; es Ibsen y Nietzsche; es también, hay que decirlo, con el riesgo de escandalizaros, el demasiado célebre Tolstoi, que no tiene de crítico más que el vocabulario. Está claro que esta moral no puede subirnos más alto que nosotros mismos; no nos hará salir jamás de lo creado, digan lo que digan sus protagonistas.

El Evangelio ignora el adeptado. Toda la ascética, la lucha contra las pasiones y llevar las pruebas no son más que el Precursor destinado a desaparecer a medida que va creciendo la Luz. No es la bella gloria de algún paraíso creado, sino el esplendor mismo del Reino increado. Es el arrepentimiento, la

penitencia; el discípulo cava en sí mismo el molde donde descenderá -es posible- la forma del Verbo que le corresponde. Este descenso es un nuevo nacimiento, la liberación verdadera; es el Espíritu puro, y no el espíritu de un dios, de un genio, de un rishi o un dragón. En una palabra, el Cristo devuelve al hombre a su lugar en lo Absoluto. Ningún adepto puede subir a la cima del relativo, a este cero metafísico que es la palanca inmóvil de las liberaciones universales.

¿Dónde está el mérito, diréis? ¿Dónde el valor del hombre, su libre arbitrio? No me es posible abusar de vuestra paciencia, ahí tenéis a Pelagio, San Agustín, Boehme, Jansenius y Molinos; lo que afirmo es que la antinomia de la precencia divina y de la libertad humana no existe más que en nuestro intelecto. Un día vendrá, espero, en el que verificaréis por la experiencia lo que atestiguo en este momento. Es suficiente recordaros, para el rigor de nuestro trabajo, que la reintegración mosaica, el adepto brahmánico, la liberación búdica son tres estados completamente opuestos entre ellos y todavía más opuestos a la salvación de la que habla el Evangelio. La unidad de las religiones es una quimera, por largos siglos todavía; antes de que se realice, será necesario que se transformen completamente.

El Evangelio añade a la noción antigua del poder y la libertad del hombre la noción de que este ser, aunque posea en él una semilla de eternidad, no puede alcanzarla por sus propias fuerzas, puesto que estas fuerzas son relativas, limitadas, finitas. Este paso del Relativo al Absoluto, por rápido que sea, constituye la verdadera salvación. Pero Aquél que puede hacernos franquear este Absoluto, este Infinito, esta Eternidad, es solamente el Verbo, el Cristo Jesús.

*

La perfección iniciática es el adepto, la perfección evangélica es el cumplimiento de la voluntad divina. Para las dos, hace falta un nuevo nacimiento; el primero es natural, el segundo es sobrenatural.

En teoría, el adepto posee la omnisciencia y la omnipotencia; en realidad ninguno de los adeptos que he conocido lo sabía todo, aunque tenían una respuesta para todo; y todavía tenían menos poder. Seamos prudentes. Todo conocimiento quiere decir que el Padre nos admite en Sus consejos; todo poder significa que nos da la delegación de las cohortes evangélicas. Pero ningún hombre, ningún dios, ninguna criatura ha recibido todavía tales prerrogativas. Permanezcamos en la tierra, el campo de lo maravilloso es todavía muy amplio y, sin embargo, las promesas del esoterismo al que nos referimos son exageradas.

Veamos la alquimia. Químicamente, está en lo cierto. Se puede fabricar un cuerpo que posea todas las propiedades del oro, sin serlo; espiritualmente, esto es falso, porque el oro, como cada forma material, sólo es tal en virtud de un principio supraterrrestre que escapa a la influencia de la inteligencia humana. El iniciado puede actuar sobre el plano físico, el fluídico y el astral, pero no puede nada sobre la esencia verbal de los seres.

Veamos la psicología transcendente. Los libros de ocultismo están llenos de historias de elixires misteriosos, por medio de los cuales los adeptos prolongan

durante siglos su existencia terrestre. Esto es exacto. Hay procedimientos secretos, hay hombres bastante sabios y bastante fuertes para utilizarlos. Pero lo que el buscador no percibe es que tales individuos son unos criminales. Cada uno, en efecto, ha merecido un cierto grado de inteligencia, de bienestar, de poder y de vida física. Pero, lo mismo que el financiero no puede acumular los millones sin sembrar la ruina a su alrededor, el adepto que no tiene derecho más que a ochenta años de existencia, no puede tomar cien o doscientos años que él roba de esta vida física a otros seres humanos. Que no se invoque el pretexto de un fin superior; todo bien obtenido por un procedimiento malvado no es un bien. Nuestra existencia no nos pertenece, nuestro cuerpo tampoco, nada de nosotros mismos nos es propio ¿Cómo detener el curso de estas evoluciones, en nosotros y fuera de nosotros, sino por una tiranía egoísta y orgullosa? Si tuviéramos el permiso de violar el secreto de otro, os contaría la historia reciente de un adepto que vivía desde hace casi mil años sobre la tierra y que se ha visto obligado a restituir todos los antiguos dolores que había cometido. He visto también, por citar el caso contrario, resucitar un hombre debidamente muerto y acordarle una prolongación de la existencia; pero el taumaturgo había satisfecho todos los suplementos de fuerza que las criaturas unidas al alma de este muerto estaban en su derecho de recibir.

No nombraremos todas las grandilocuencias de los libros ocultistas.

Muchas de las sociedades secretas afirman influir sobre los acontecimientos políticos; y la mayor parte se reclaman de diversas fraternidades esotéricas. Nadie ignora estas intervenciones ocultas en el mundo entero, tanto en Europa como en China. Y no es necesario rebuscar mucho para descubrir que todas las asociaciones dependen de dos o tres centros, y estos centros de algunos individuos desconocidos, sedentarios o errantes, pero que saben disimular admirablemente sus verdaderas ocupaciones.

Hay, en estas conjeturas, bastantes errores sobre un fondo de verdad, tanto referido al colectivo social como al individuo. En toda religión y en todo gobierno hay una jerarquía secreta al lado de la jerarquía exterior. De vez en cuando, ciertos dioses envían misioneros junto a autoridades políticas o eclesiásticas; tales fueron, otras veces, San Bernardo, el Cosmopolita y Cagliostro, por citar sólo algunos y para respetar el secreto de ciertas intervenciones más recientes. En fin, la armada de Dios y la de las Tinieblas, que se combaten en el universo, se combaten también sobre la tierra; pero la Armada de Dios es una, la armada de las Tinieblas es múltiple y sus diferentes grupos pelean a menudo unos con otros. Es por esto que es tan raro encontrar un iniciado que no considere los otros sistemas como magia negra, sólo el suyo es válido.

El Evangelio condena todas las ciencias ocultas y todas las asociaciones secretas, porque todas llevan a asesinatos y a revueltas. El hombre no está aquí para dar órdenes, sino para someterse; ley dura para el orgullo, ley dulce para el amor. Todos son conducidos, y los que piensan ser los más independientes son los más dirigidos. Sólo hay dos seres que saben lo que hacen: el Señor de la tierra, el hombre libre delegado por el Verbo, y el Príncipe de este mundo, el lugarteniente de Lucifer. Ambos se mantienen desconocidos, porque necesitan

soledad y silencio; ambos son incomprendidos, pero lo es más el Señor que el Príncipe, porque hay menos luz que tinieblas en el corazón de los hombres.

Veamos al Cristo ¿Quién fue menos comprendido? Todas las sectas se lo disputan, y los pueblos se matan entre sí en el nombre de falsas imágenes que de Él se hicieron. Para el filósofo, fue un agitador; para el anarquista, un anarquista y los hombres de autoridad lo reclaman como suyo; para el espiritista, Él es un medium; para el magnetizador, Él sólo actúa por fluidos; el hermetista lo tiene por un mago y el budista por un futuro Buda. Y, sin embargo, Jesús es otra cosa. Primeramente es Nuestro Jesús, de todos nosotros, a Quién crucificamos sin descanso, por la acción, la palabra, el pensamiento. Él no sólo es un guía que se vuelve para lanzar una cuerda al viajero en peligro; nada de común tiene con el Buda. Buda significa, en la lengua de los Templos, el conocimiento, el saber. Jesús significa lo viviente. Jesús no ha sido jamás esenio; todo lo que Jaccoliot y Notovich cuentan de viajes e iniciaciones en la India es fantástico; Jezeus Christna, son palabras imposibles en sánscrito. El Cristo no ha robado, como pretende el Talmud, el Tetragrama del Templo de Jerusalén. No ha tenido jamás necesidad de lecciones ni de ejercicios. Desde los tres años, Él hizo en Egipto lo que llamamos milagros, liberando a las almas encadenadas. Era un hombre, sí, pero este hombre -perfecto- contenía la totalidad de la Luz divina.

Diciendo: "Quien me ve, ve a mi Padre", no hacía un juego metafísico de palabras; Él expresaba un hecho, una realidad sustancial. Él fue, Él es, Él permanecerá como el Maestro de la Vida. Nos ayuda por una promesa nuestra, no está lejos, descendiendo con nosotros, cargando nuestro fardo, viviendo nuestras fatigas. Él ha conocido todos los dolores humanos y, lo que es más extraordinario, ha resistido todas las alegrías. Cuando Él expiró sobre el Calvario, era posiblemente la décima o duodécima vez que en Persia, en Roma, en España, en la India, en el Tibet, el sufría las cadenas y los suplicios. Pues toda Su historia ha sido hábilmente falseada, recordadlo.

El Cristo es el único Maestro digno de este nombre, porque ha sufrido voluntariamente todas las servidumbres; es el único Amigo, porque ha aceptado el mal de cada uno de nosotros; es el único Iniciador, porque conoce lo absoluto, lo relativo y todos los infinitos. Él es la Vía, porque las criaturas no pueden avanzar más que siguiendo la huella resplandeciente de Sus pasos. Es la verdad, porque nada existe sin Él. Es la Vida, porque fue el primero nacido del Padre y estará presente todavía en mil millones de siglos, cuando esta Naturaleza inmensa, purificada, abrasada, llameante se eleve hacia las glorias eternas.

La iniciación evangélica sólo propone un objetivo: el cumplimiento de la voluntad del Padre; un trabajo: el amor fraternal; un método: la resignación y la petición. Sólo se dirige al corazón, no emplea ningún entrenamiento, no necesita ningún régimen. Es tan simple para que un niño pueda entenderla y a veces más terrible que las austeridades durísimas de los rishis seculares. Es silenciosa, pero la voz de su discípulo puede resonar hasta más allá de las constelaciones. Es dulce, pues una sonrisa del Amigo nos da la fuerza para un

siglo de trabajos, pero, desgraciadamente, es muy desconocida porque los hombres no corren más que detrás de lo extraño, lo raro y lo que brilla.

Pues ni la ciencia ni los milagros prueban la espiritualidad. Actualmente hay un hombre que ha obrado curaciones por millares. Él se considera muy superior al Cristo; ved como el dios del orgullo confiere poderes a sus devotos. Conozco, entre nuestros contemporáneos, siete u ocho mesías nuevos, que se creen todas reencarnaciones auténticas del Cristo ¿No ha tenido América la encarnación del Espíritu Santo? Los que pretenden, más modestamente, reconciliar al papa y al gran lama, divulgar la ciencia integral o establecer un imperio universal, no son tan raros.

Vosotros, Caballeros, que comenzáis estos estudios misteriosos o que los continuáis desde hace tiempo, tened prudencia. Calmad primeramente vuestra curiosidad, todo viene en su momento. Desafiad las fascinaciones de cualquier naturaleza; poneos en guardia frente a los que se mantienen entre bastidores y a los que parecen más admirables en apariencia, pues podrían ser sólo marionetas. Estudiad, comparad. Incluso la Naturaleza hace crecer las hierbas que curan las contusiones en los lugares escarpados donde las caídas son frecuentes, incluso ella nos ofrece los medios para librarnos de los males que nuestras imprudencias nos provocan. Toda criatura nace en el medio que le corresponde; nosotros, europeos, estamos bajo la palabra de Cristo, que contiene todo el alimento espiritual de nuestras almas y que sólo ella posee.

Seamos razonables. ¿El Evangelio nos parece demasiado infantil? Comencemos por llevar a la práctica sus simples consejos. Constatemos pronto que no hay trabajo más absorbente y así no tendremos tiempo para discutir si el Logos es triple o séptuple ¿No comprendemos la transubstanciación? Vayamos primero a nuestro enemigo, tendámosle la mano, invitémosle a nuestra mesa, en memoria de Jesús, con esas palabras tan poco eruditas; seguidamente, comprenderemos.

Éste es el único método, sano y rápido, cuyos frutos permanecen mas allá de la muerte. Desde los orígenes del mundo, esta verdad se hizo conocer; pero los hombres la oscurecieron y deformaron repetidas veces. Hoy, habéis experimentado el vacío de la ciencia materialista y de la religión únicamente formalista, pero estáis construyendo otro ídolo: la ciencia secreta y la religión esotérica. Recordad que la última palabra del saber es: No sé; que la última palabra del adepto es: No puedo. Cuando desde las profundidades palpitantes de vuestro ser hayáis lanzado estos dos gritos desesperados, el alba de la Luz eterna se extenderá sobre vuestra nada. Será el primer paso sobre la ruta misteriosa de la pobreza, que lleva hacia el Padre. Mi deseo es que esta catástrofe y esta aurora vengan muy pronto para cada uno de vosotros.

LA ORACIÓN

“Si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queráis, y Él os lo dará.”

(Juan 15, 7)

La oración es la empresa más difícil que puede ser propuesta al hombre, sin embargo, todo reza a nuestro alrededor. El mineral, la planta, el animal piden a la Naturaleza el sustento de sus fuerzas; todo acto es una petición y todo ser actúa necesariamente pues vive. Entre las criaturas, es el hombre el que rehúsa más a menudo el reconocimiento de esta ley y es por tanto sobre todo a él a quien se aplica. Espero poder mostraros cuán irrazonable es esta conducta.

Entendida en su dignidad real, la oración es un deseo del Cielo y una conversación con Dios. Es una gracia y la fuente de las gracias. Es un grano en las tierras de la eternidad, la obra más preciosa de todas las obras, más grande que el mundo, más poderosa, podría decirse, que Dios mismo. No os sorprendáis; aquí abandonamos los reinos civilizados de la razón; estamos en los bosques exuberantes del Amor. Haced callad a la inteligencia, abrid las ventanas del corazón, contemplad los campos infinitos de las colinas eternas, ¡yo no puedo hacéros las visibles!

Porque la oración es el acto supremo, no vale, no existe si no es sincera. En todo momento los ángeles están alrededor nuestro. Cuando pensamos en Dios, llegan en mayor número; unos son benévolos, otros se colocan para recoger lo que podemos emitir de egoísmo en nuestra petición. Otros, al fin, venidos por un deseo sincero de ver a Dios a través de nuestro corazón, se escandalizan y se desaniman si nuestra oración está mal hecha. Somos responsables de todo esto.

Dos movimientos se producen en la oración. El deseo se humilla, se exalta y se refugia en la misericordia divina, que es Cristo. La gracia le responde, se ofrece y se deja devorar por él. Los dos son la forma mística de la fe y cuanto más el deseo ahonde en el abismo de la humildad, más atrae la gracia, más nuestro corazón se alimenta, más el Verbo Se desarrolla en el fondo de nosotros.

La oración es la atracción de nuestra personalidad hacia lo Absoluto; se abandona al Padre, se lanza en Sus brazos, conversa con Él, pero sin palabras. No usa el intelecto, es el corazón quien ha encontrado su complementario total, quien se sorprende, desfallece, muere y renace, en una beatitud infinitamente creciente.

Si esto es la oración, comprenderéis que sólo es necesario rezar a Dios. Esto se hace raramente. De ordinario nos dirigimos al dios que se ha escogido. Una brava mujer que va a la Iglesia a pedir al buen Dios que su obligación sea eliminada, mientras que vive de pequeñas rentas, no es a Dios a quien su corazón reza, es al dios del dinero. ¡Cuántas veces nos conducimos como esta buena vieja!

Ahora bien, cada dios atiende a sus fieles, como un rey guarda los empleos lucrativos para sus cortesanos. Un ambicioso, un avaro que reza para su ambición y su avaricia serán atendidos fácilmente por sus dioses, pero ahondan

cada vez más en su falso camino. Cuando un corazón sencillo pide al Padre algo que puede hacer daño a su alma, el Padre no lo escucha; ésta es una de las razones por las cuales nuestras oraciones permanecen a menudo estériles.

No rezad a ninguna criatura, incluso si se le ha declarado santa. Es una descortesía hacia Dios; es como decirle: "Escucharás mejor a tu favorito que a mí, no me prestarás atención porque soy un desconocido o un miserable." Esto es dudar de Su poder y de Su amor. No critico aquí el culto a los santos, repito solamente la doctrina canónica.

He aquí por qué es más sabio dirigirse sólo a Dios. Lo primero, el más irreductible de los enemigos del hombre es él mismo. Satán no es menos peligroso. Uno y otro son dos adversarios con una marcha igualmente imperceptible; para combatirlos, nos hace falta un punto de apoyo fuera del mundo, puesto que ellos llenan el mundo, constituyen la fuerza misma del universo. Este apoyo sólo puede ser Dios.

Rezad al Padre, rezad a Cristo pues Él es Dios. Rezar al Espíritu Santo es demasiado difícil; estamos todavía demasiado enclavados en la materia para ser sensibles a esta presencia infinitamente sutil. Y además, hay una criatura a la que se le puede rezar sin temor de contraer una deuda o de faltar al Padre: es la Virgen María. Como es la más humilde de todas las criaturas, podemos estar seguros que transmitirá íntegra nuestra demanda; y porque su Hijo le concede siempre sus peticiones, hay, dirigiéndose a ella, más posibilidades de ser escuchado.

Sin embargo, permitid que insista sobre este punto importante, sin la ayuda expresa de Jesús, nosotros no podemos nada. El Verbo en la creación da a todos la fuerza vital, y nos la da de nuevo por la redención. Ésta es universal y a la vez individual. Él espera en silencio a la puerta de nuestro corazón y, al primer impulso, nos abre Sus brazos, no dejando que percibamos de Su claridad más que lo que nuestros ojos enfermos pueden soportar.

Sólo Dios, en su aspecto del Verbo, posee todos los detalles del plan cósmico. El destino del microbio y el de la nebulosa Le son igualmente presentes. Nada hay en nosotros que no venga de Él; el deseo mismo de ir hacia Él, es Él quien nos lo inspira; nuestro libre arbitrio sólo actúa en un momento de nuestra decisión. Así, el poder rezar es una recompensa.

Pero pocas personas saben rezar. La causa aparente de esta ignorancia es la educación, las preocupaciones cotidianas, la influencia del medio. La causa real es más antigua y más profunda. El hombre no puede hacer nada si su espíritu no contiene la facultad correspondiente a este acto y si su cuerpo no posee el órgano correspondiente a esta facultad. Por otra parte, las facultades psíquicas no son abstracciones, son organismos reales, objetivos, miembros y vísceras del espíritu. En lo físico como en lo hiperfísico, todo comienza por un pequeño germen que el trabajo y el sufrimiento desarrollan lentamente. Así como un adolescente que no ejerce el caminar tiene las piernas débiles, quien no reza atrofia el órgano físico-psíquico de la oración. Si no podemos rezar, es porque hemos pasado años, siglos tal vez, antes de aterrizar aquí, sin pensar en Dios, sin la inquietud del Cielo. Comencemos inmediatamente a reparar esta asombrosa negligencia; no mañana, no esta tarde, ahora mismo, ¿cómo sabemos

si la Muerte no nos espera detrás de esta puerta? Pongamos todo nuestro esmero en esta empresa, nuestros movimientos, que toda circunstancia se vuelva un pretexto para perseguirla y perfeccionarla.

Yo no tengo el deseo ni el gusto de rezar. No siento la necesidad, diréis. Entonces comenzad por seguir a Cristo en vuestros actos, probad el más simple de los esfuerzos. Dentro de un momento hablaréis con vuestros amigos: detened la primera murmuración que os suba a los labios, detenedla allí a cualquier precio. Pronto sentiréis el soplo del demonio de la perversidad que os cuchicheará: "Dí que tal tipo es ridículo, porque es verdad, ¿qué importancia tiene esto?". Y si queréis vencer al tentador de una vez, tendréis que pedir ayuda. Y este grito será quizás vuestra primera oración.

Muy a menudo nuestro corazón de Luz se debate en nosotros, grita y se queja, pero nuestra conciencia permanece sorda. Ella no ha construido sus orejas espirituales, ha educado las células cerebrales propias para recibir la voz de muchas criaturas, de genios, de sabios o dioses, pero ha olvidado recibir la voz del Amigo. Podéis entrever aquí sin duda porqué nuestros primeros pasos hacia el Cielo son los desgarros de los remordimientos y del arrepentimiento. Es necesario que el arado rasgue el suelo antes de la siembra.

*

La oración es un acto inefable. Porque ella confiesa no ser nada, lo puede todo; transfigura lo horrible, llena los abismos y abate las montañas. Como un rocío refrescante, alivia, lava y libera. Es el fuego, el yunque y el martillo. Es desconocida y nada se manifiesta sin ella; ignorante, nos enseña todo, tan simple que los sabios más llenos de ciencia no la comprenden; balbucea y las cohortes de ángeles se inclinan para escucharla; miserable pequeña vibración, las manos prestigiosas de los ardientes serafines la reciben con un temblor; soplo extenuado, ella hace renacer la vida. Lágrimas incoloras transmutadas en gemas brillantes, raíz de la alegría, saber de los saberes, dulzura de la fuerza, perfección de la palabra, cumplimiento de la promesa, medicina universal, así es la oración, como es su encarnación siempre viva, el Cristo Jesús.

La oración es el arma que combate con la justicia de Dios, la lima doblemente templada que carcome por todas partes donde encuentra el óxido de la iniquidad. Por ella, la palabra del hombre, signo magnífico de su grandeza, remonta a su principio, se lanza hacia Dios y alcanza las fuentes de la Vida. El verbo humano recupera su fuerza original, se vuelve acto, atrae el Acto divino y se incorpora al Verbo, su creador. La oración verdadera es hija del Amor, es la sal de la ciencia viva y la hace germinar en nuestro corazón, su terreno natural. Impetuosa, ardiente, perseverante, no debe conocer la interrupción, como la eternidad no conoce la cambiante duración. El Cielo ama que se Le conquiste "por la violencia" y que nos agarremos a Él como las raíces del árbol se agarran al suelo que lo nutre. Dios cumple Sus promesas. "Pedid y recibiréis", ha dicho. "Si vosotros, que sois malos, dáis a vuestros hijos lo que os piden, ¿cuánto más os dará el Padre?". "Si pedís algo a mi Padre en mi nombre, Él os lo dará". "Cualquier cosa que pidáis a mi Padre en mi nombre, yo os lo daré".

"Sólo Dios es bueno". Palabra inmensa, cuya armonía vibra de un extremo a

otro del mundo; no puedo enumeraros sus efectos infinitos, aceptadlo solamente, aceptadlo provisionalmente y después, cuando os quedéis solos, mirad el misterio de vuestra existencia a la luz de esta llama, comprenderéis por qué los santos no hablan de Dios más que con lágrimas. Quizás el Amor eterno os estremezca, quizás conozcáis su indecible dulzura y la paz que engendra, y, al fin, percibáis, a pesar de las violencias, los asesinatos, las artimañas y los largos martirios, cuánto la Misericordia divina sobrepasa Su justicia, desde la venida del Amigo.

*

¿Qué condiciones debe cumplir la verdadera oración?

Es el impulso de lo sobrenatural en nosotros hacia lo sobrenatural fuera de nosotros; de lo sobrenatural, permitidme subrayar esta palabra, de lo que está por encima de la Naturaleza, de lo Creado, del Tiempo, del Espacio, de los condicionantes, más allá de los ritos, en esta atmósfera luminosa donde pasan solos los grandes aires libres del Espíritu y las formas resplandecientes de los ángeles de la Verdad.

Sólo se puede rezar por medio de las facultades que posee la consciencia. Así, muchos rezarán con sus nervios, su intelecto, sus codicias apasionadas, con el espíritu de su carne y de sus huesos. Por esto las observancias litúrgicas son excelentes, incluso indispensables; y, en suma, ¿quién de nosotros puede afirmar que su oración está limpia de toda influencia de su carne y su sangre? Pero es la perfección lo que debemos desear, como si fuéramos capaces de un esfuerzo sobrehumano.

¿Dónde se puede rezar? En cualquier parte donde sea posible recogerse. Según el consejo de Cristo, encerrado en su habitación, en lo material y en lo espiritual. En lo material, porque así sólo Dios y Sus ángeles nos ven. Es una gran fuerza que el bien se haga en secreto; así es puro. Nuestros amigos, los miembros de nuestra familia incluso, cuando ven que nos retiramos a nuestra habitación, pueden creer que vamos a descansar; evitaremos así, por esta discreción, la engañosa recompensa de su estima. En el sentido espiritual, “encerrarse en su habitación” es entrar en sí, cerrar las puertas de los sentidos y de la memoria que ocupan el mental en comunicación con el mundo externo, con las preocupaciones, los proyectos, los recuerdos. Y esto exige un trabajo serio.

En las iglesias, se aprovecha la orientación del centro fluídico, de la práctica colectiva, de los artificios sensibles como la penumbra, la luz mágica de las vidrieras, la elevación que nos provoca la música, la atmósfera a menudo centenaria que las generaciones precedentes han poblado de suspiros y de acciones de gracias. Todo esto, es una gran fuerza, y no está prohibido aprovecharla.

Si rezáis mejor en la iglesia, id a la iglesia. Si la Naturaleza os ayuda, rezad en la calma y la belleza del campo. Si vuestro rehusar de ir a la iglesia escandaliza a alguien, sacrificad vuestra comodidad y haced como todo el mundo. Pero, sin embargo, si queréis avanzar más rápido, escoged para hablar con Dios el lugar que os obliga a mantener el máximo de atención. Creer en la virtud de los

lugares consagrados, de las fórmulas litúrgicas, de los ritos, estar unidos profundamente a un culto. Haced lo que creáis mejor. Vuestras oraciones no llegarán al Cielo más que después de haber atravesado los cuerpos colectivos espirituales a los que estáis unidos, pero llegarán, a fin de cuentas. Es difícil y raro recibir la influencia divina directa y sólo se llega a esta unión inmediata después de haber utilizado largo tiempo todas las ayudas ceremoniales. Para que las observancias minuciosas, el empleo de ciertas fórmulas, las largas salmodias del brahmán, del shaktia, del sufi, del monje, nos resulten inútiles, hace falta haberlas usado. Y, por otra parte, todas estas fuerzas auxiliares son válidas si la sinceridad ardiente del corazón les da vida; lo eterno sólo es accesible en lo eterno. Poco a poco, el Cielo nos despeja los impedimentos. Frente al sivaísmo o el brahmanismo, ved como el catolicismo es simple; quien ha entrevisto la pobreza espiritual puede todavía simplificar más, pero hace falta para ello trabajar diez veces más que el común de los mortales. Sin embargo el poder de tal oración compensa de sus martirios. ¿Cuándo hay que rezar? Yo respondería con toda la asamblea de místicos: siempre. Para el hombre que cree todo es un motivo de oración, es decir de agradecimiento y de petición. Desde que vuestros ojos se abren, agradeced a Dios el descanso que Él os ha dado; si la noche ha sido mala, agradecerle todavía más por haber tenido la ocasión de sufrir, es decir, de purificarse y arrepentirse.

Orad cuando vuestros deberes os dejan, pues la más viva de las oraciones es antes de todo el buen ejemplo. Utilizad todos vuestros momentos. Un segundo, digo bien, un segundo de impulso o de recurso actúa sobre nuestro universo invisible y sobre el órgano físico-espiritual de la oración. Este órgano no se construye de un solo golpe, sino célula a célula; la fisiología del espíritu se parece a la del cuerpo: diez movimientos fáciles desarrollan el músculo más que un duro esfuerzo desproporcionado.

Si vuestro trabajo cotidiano os deja tiempo, emplead la noche en vuestra práctica de oración. Desde que el sol se oculta, muchas fuerzas cambian, pero la pelea de lo celeste y lo infernal se acentúa durante la noche. Por ello hay que redoblar la prudencia, y es con razón que la Iglesia indica oraciones especiales para el sueño y las vigiliias nocturnas. Si hacemos una clase metódica, éste sería el momento de examinar las razones de ser de las horas canónicas nocturnas: maitines y laudes, que los monjes deben recitar a medianoche y a las tres de la mañana, y las combinaciones de salmos, himnos, capítulos, colectas y responsorios que ellas comportan. La regla de San Benito, que data del siglo VI, ofrece al buscador la mina más preciosa.

Pero quedémonos en nuestro plano secular; los misterios no abundan menos y las luces tampoco.

*

Hay una preparación anterior a la oración, que es el cumplimiento de la Ley, las buenas obras, la resignación. Si hace falta amar para rezar, primero hay que ser virtuoso para amar. Hace falta unos cimientos para el templo, y unas raíces para el árbol; hay que dar apetito al alma; hay que, dirigiéndose a Dios, emplear la lengua del Cielo y sólo se aprenderá viviendo la vida del Cielo, la vida de

sacrificio. Hay que abandonar lo temporal para ir hacia lo eterno; para que el Padre haga nuestra voluntad, primero hay que obedecer la Suya.

El Reino de los Cielos, al que tendemos nuestras manos suplicantes, es el reino de la armonía; una paz activa, fecunda, multiforme, despliega esplendores sin límite. Si el hombre quiere elevarse hasta allí, primero tiene que hacer la paz con él y a su alrededor. Desde el punto de vista del Espíritu, es mejor perder dinero que ganar un proceso, y es mejor perder las amistades que hacer sufrir a alguien. Estad en paz también con los acontecimientos, ¿qué importa si son nefastos, pues nos liberan? ¿Qué importa si son buenos, pues ninguna alegría permanece? Estemos reconocidos a todo lo que llega. Haced la paz con vosotros mismos. Calmad vuestras inquietudes, obedeced a vuestra consciencia para que el remordimiento no os carcoma; se puede pelear sin perder la calma, con un corazón magnánimo y una tranquila confianza. En realidad, esta pacificación previa pide, para ser perfecta, un inmenso esfuerzo; esta lucha contra los instintos más profundos de nuestra naturaleza sobrepasa en intensidad y duración todos los otros trabajos. Para triunfar hay que haber roto todas nuestras ataduras egoístas, tener el corazón libre, es decir, amar a las criaturas sólo en Dios; tener una inteligencia desnuda, dispuesta para recibir todo y olvidarlo todo.

Aquel que reza seriamente, profundamente, es como un soldado en el fragor de la batalla, como un nadador que se debate entre las algas traidoras. La inteligencia puede desvanecerse, el cuerpo puede fallar de terror o de fatiga; no hay lugar para turbarse, que el centro del espíritu quede anclado sobre el Cielo, con este punto de amarre, nada irremediable se producirá.

Conducirse bien, vivir en la paz, estar agradecido, estos son los tres hábitos que disponen las fuerzas interiores para orar.

Para levantar en haz estas fuerzas, tensar el arco místico y tocar el Cielo con las flechas del deseo, es necesario estar atento, ser humilde, confiado, perseverante.

La falta de atención es una falta de fervor. Estar atento es querer y es imposible querer sin amar. En verdad el Amor es la llave de todas las puertas.

Para luchar contra la distracción, rezad en voz alta. Si vuestro corazón está seco, rezad meditando, es decir, reflexionando con vuestra razón lógica sobre cada palabra pronunciada, sopesándola y examinándola.

Cuando se reza, muchas criaturas visibles e invisibles nos miran, nos escuchan y se presentan en la puerta de este templo que es nuestro corazón; muchos no perciben a Dios más que por la imagen que este corazón contiene. Para estos hermanos rezagados, es útil que las palabras sean dichas en voz alta, dándole así un cuerpo terrestre a nuestra oración.

A pesar de este consejo de rezar en voz alta, no creáis que las repercusiones de la voz sirven de gran cosa. Los mantras-yoguis, ciertos sufis, conceden importancia a esta acústica oculta, pero el discípulo de Cristo no tiene que hacerlo. Esta ciencia además, constituida para una cierta época y para ciertos países, es inexacta para otros. Los viejos rabinos enseñaban que una oración dicha con unos gritos de angustia y lágrimas derriban las puertas de los

palacios superiores. Hay verdad en esto, pero es el sentimiento lo que le da esta fuerza y no el vocerío. Es la sinceridad lo que hace válida la oración.

Se pueden tomar, en el curso de la jornada, algunas precauciones eficaces para desarrollar el poder de la atención. Abstenerse de palabras inútiles, apartar la ensoñación y, sobre todo, corregirse los defectos. Volverse santo; estas dos palabras contienen el secreto de todos los desarrollos morales, espirituales e incluso intelectuales, pero, ¡ay! temo que la receta sea demasiado simple, ¡lo misterioso tiene mucho atractivo para nosotros!

Es suficiente descartar las distracciones con la mayor calma, sin cansarse; si pasan tres horas antes de haber podido decir convenientemente el Padrenuestro, habrán sido tres horas excelentemente empleadas; ningún esfuerzo se pierde. La oración puede ser penosa, sin gusto, fastidiosa; así tendrá más mérito.

*

La humildad es la quinta condición.

Ser humilde es juzgarse el último de los hombres, el menos digno y el de menos mérito. Es encontrar justas las calumnias, las injurias, los ataques más injustos; es recibirlos con alegría, no rehuirlos, ir por delante de ellos. Esto sobrepasa la opinión común. Este rebajarse es de una dificultad sobrehumana; no se puede descender solo a lo largo de estas pendientes a pico; hace falta el brazo de un ángel o la persecución de un demonio; además, ángel y demonio no llegan nunca el uno sin el otro. Permaneced entonces sin temor. Cuando se ha gustado el licor agri dulce de la humillación, tal cambio se opera en los principios de nuestro ser que amamos al perseguidor, dándole las gracias, pidiendo que las bendiciones del Cielo descendan sobre su cabeza; sabemos con certeza que es nuestro benefactor. Es entonces cuando nuestra oración sube hasta el trono de Dios.

Aunque todo esto pueda parecer falta de medida, recordemos cuán incapaces y débiles podemos ser. Nuestro orgullo, verdaderamente, es ilógico; la fuerza según el yo es debilidad según el Espíritu. La última palabra de nuestro magnífico libre arbitrio, es la palabra de la Virgen: "Hágase en mí según Vuestra voluntad." Y desde que este abandono es consentido, algo desconocido, oscuro y muy fuerte se levanta en nosotros. Esta energía misteriosa es la fe. O, al menos, su crisálida. La confianza en Dios es necesaria cuando rezamos. Si sabéis lo que es la fe, nada os parecerá difícil. Cuando Jesús afirma que la fe puede desplazar montañas, Él no habla metafóricamente, enuncia un hecho físico. Cuando Felipe Neri, creo, ordena a un albañil que cae de una torre que se detenga y este hombre queda suspendido a mitad de camino; cuando el cura de Ars envía a la dirección de su orfanato a visitar el granero vacío y lo encuentra lleno de sacos de trigo, es porque estos santos poseen la fe "grande como un grano de cáñamo". Ellos no llamaron a los espíritus ni pronunciaron mantras, sino que pidieron al Padre y el Padre les envió unos ángeles.

Así, la fe es una fuerza divina en nosotros, sobrenatural, que crea allí donde no hay nada y que encuentra allí donde nada ha sido creado. Esta completa y magnífica definición es de Jacob Bohme, el zapatero. ¿Cómo estamos seguros

que Dios nos permitirá recibirla? ¿Cómo es que la irresolución, la timidez, el temor o el escepticismo no impiden que todos los días millares de hombres salgan adelante en empresas temporales tan fáciles en relación con los esfuerzos del combate espiritual?

La duda es una de las grandes armas del diablo. Si la fe representa la realización actual de una de las virtudes de la eternidad, la duda es la ilusión mental de una de las apariencias del tiempo. Cuando nos turbamos ante un obstáculo, se prepara una caída segura; pero si lo encaramos con resolución, se desvanece. Un escéptico nunca llega a nada, a menos que no tenga fe en su escepticismo. ¿Qué no hará el hombre que crea en Dios con todas sus fuerzas, cuando otros que creen en otro hombre, en una mujer, en una idea, son capaces de realizar gestas heroicas?. ¿Es difícil tener fe?, diréis. No, sólo os parece imposible porque vosotros mismos habéis confundido las manos de vuestro espíritu; vosotros mismos os encerráis en un calabozo donde gemís. Queréis tener fe, y la tendréis al instante. Desechad la excitación y actuad como si tuviésteis fe, desechad el orgullo y veréis que la duda no es otra cosa que un espejismo que intercepta las comunicaciones divinas. Entonces vuestra fe no será como la de los superhombres, el veneno más mortal de vuestra alma, sino por el contrario su tónico todopoderoso.

No es suficiente creer en el poder de Dios, hace falta todavía no dudar de lo que Él nos comunica. Si un hombre se purifica, el Cielo le da el derecho de pedir o, mejor, le impone el deber de hacerlo. Recemos, desde ahora; rezando suscitamos la alegría en los cielos.

Además, no estamos solos. Nuestro Amigo está allí. Él reza con nosotros. Él está en el deseo de la petición, el mensajero y la respuesta. Su persona entera no es más que una extensa sinfonía de peticiones. Cuando en otros tiempos Él bendijo esta tierra con su dulce presencia, Sus palabras, Sus pensamientos, Sus acciones fueron oraciones irresistibles. Cada célula de Su cuerpo, cada destello de Su ser interno fueron una oración viva. Lo que reza en nosotros, comprendedlo, es Su espíritu; y nuestros suspiros sólo tienen virtud si estamos previamente incorporados a Él por el hábito de nuestros sentimientos, nuestros pensamientos y nuestros actos, todo ofrecido a Su servicio.

Esta confianza que os pido crear en vosotros y que es indispensable en el ejercicio del sacerdocio místico, no es la fe intelectual, es la fe viva, la que afronta cada día lo imposible en la vida práctica, la que permanece serena en las peores catástrofes, la que enfrenta la muerte sin pestañear y la que ante los más negros demonios no ralentiza su marcha. Esta fe, que los más grandes hombres tienen, y a la que os invito encarecidamente para crearla en vosotros, está más próxima en la actualidad que lo estuvo en la Edad Media, está latente, un esfuerzo y se enciende. Haced este esfuerzo a la primera ocasión.

No creo que el genio sea el resultado de una larga paciencia, pero, seguramente, una perseverancia invencible fuerza al genio a descender sobre nosotros. Para esto, hay que desear conseguirlo como el hombre que se ahoga buscando el aire; ningún desengaño debe provocar otro movimiento que la renovación del coraje. El que quiera pasar por Maestro en este arte divino que se prepare para las mayores miserias interiores, poco a poco, todo lo que haya

en él de energías personalistas se volverán demonios rabiosos, no habrá ningún repliegue de su espíritu en el que no ardan con un fuego devorador. Que este hombre persevere, pues empezar a abandonar es un suicidio más mortal que el del cuerpo. El dolor no tiene más importancia que el que nosotros le damos. Cuarenta años de trabajos nos parecen sin fin, pero apenas serán tres días en el reino de los muertos. Esta larga existencia nos parecerá entonces muy corta.

El hombre interior es parecido a un jardín cubierto de hojas muertas que el viento del otoño dispersa a cada minuto. El jardinero barre sin cesar y rastrilla y, si quiere que los senderos estén limpios para que el Señor pueda pasearse, hay que hacerlo a lo largo de todo el día. Incluso debemos incansablemente volver una y otra vez a poner en orden nuestras distracciones, nuestros recuerdos, nuestra codicia que levanta en torbellinos el viento caprichoso de nuestra naturaleza personal. Éste es el tipo de perseverancia que debemos tener

*

Estos preparativos, externos e internos, son el arrepentimiento. Trabajan profundamente la tierra espiritual interior, ponen en desarrollo el corazón, lo ponen hambriento y, en respuesta a los gemidos que la angustia le arranca, el Verbo le da el pan y el agua de la vida eterna. Una oración así es eficaz. Como el rocío de la mañana, lo revive todo; detiene las catástrofes, las enfermedades, las desgracias, o, al menos, las modifica. Construye en nosotros una estancia en el Padre; es milagrosa contra la tristeza, pues nos obliga a la humildad; es la dadora de todas las Luces; nos defiende, nos armoniza y nos detiene. Todo cambia a nuestro alrededor, santifica nuestros vestidos, nuestros alimentos, nuestros muebles, los muros de la habitación, las fatigas del cuerpo, todos nuestros actos. Renueva la benevolencia, puede volver al impío, religioso; al colérico, dulce; al insensible, benéfico; al desesperado, valiente; al enfermo, sano; al muerto incluso, resucitado.

Los árboles, las flores en medio de las que pasamos rezando, el suelo donde se camina, la colina y el arroyo que se miran, el perro que nos sigue, el caminante que se cruza, todos reciben algo. Nuestros ancestros, cuyas manes reposan en el hogar, nuestros futuros hijos, cuyos espíritus descienden sobre la habitación donde nacerán, los gigantes que nos atormentan a veces, los buenos que nos ayudan, los malos que nos extravían, todos se benefician de nuestra oración.

Más aún, esta oración que hace brotar el centro de la vida en nosotros, dirigida hacia el Maestro de la Vida, es un ser vivo. Esta habitación, esta baldosa, esta roca donde alguien reza hoy, conservan esta luz en su memoria, y esta memoria es más fiel que la nuestra. En diez años, en diez siglos incluso, los hombres que pasen por este lugar podrán sentir sin saberlo alguna emoción inexplicable y saludable.

Pero hay que terminar. Hemos apuntado aproximadamente todos los signos distintivos de la oración. Mi temor es que mis palabras hayan sido demasiado pobres; habría querido inflamar vuestros corazones de este Fuego vivo que se produce en los Amigos de Dios de siglo en siglo y del resplandor con el que mis ojos quedan deslumbrados. Al menos, suplid las lagunas de mi discurso con

vuestros propios ímpetus y encontraréis por vosotros mismos y en vosotros mismos la inefable Presencia por la cual he querido que permanezcáis atentos.

LAS CURACIONES DEL CRISTO

“Muchas multitudes concurrían para ser curadas..., pero Él se retiraba en el desierto y oraba”.

(Lucas 5, 15-16)

Cuando el Cielo nos otorga el insigne favor de conocer a uno de Sus soldados, nuestro más ferviente deseo es que nos haga ver la prueba de su misión. Sin embargo, la prueba más convincente y la más conmovedora, ¿no será el alivio de los sufrimientos? Los Amigos de Dios disponen de Su misericordia. A su petición, una catástrofe puede ser suspendida, una epidemia cercada, una quiebra evitada, una enfermedad detenida. Hablaremos hoy de este último poder solamente, interesa mucho y permite un análisis más completo de los resortes ocultos de la Vía.

Primeramente, ¿qué es la enfermedad? ¿qué es la curación? Las respuestas varían según los aspectos bajo los cuales se consideren al hombre y la naturaleza: punto de vista físico-químico, punto de vista de los fluidos, de los espíritus, de las ideas y así sucesivamente, tantos como vuestra erudición os permita.

Toda enfermedad es una ruptura en la armonía de las relaciones que unen al individuo y su medio; la curación es el restablecimiento de esta armonía. El agente curativo actúa sobre la parte humana que le es semejante: el medicamento sobre el cuerpo, el magnetismo sobre los fluidos, la sugestión sobre el mental, etc. Hay pues tres grandes clases de terapias: la materialista, la ocultista y la mística, según se crea en lo físico, lo astral o el espíritu puro.

Por medio de los recuerdos de vuestros estudios especiales, os será fácil escoger los procedimientos del médico ordinario, del magnetizador, del medium sanador, del mentalista, del teurgo, puesto que la enfermedad puede entrar en nosotros por una corrupción fisiológica o etérica, astral o mental, o moral. Anotemos que, por donde se introduce, se va extendiendo por proximidad, sobre todo de lo alto a lo bajo, del centro de nuestro ser hacia lo exterior, de los organismos más sutiles a los más groseros.

El Cristo no daba medicamentos. Aunque imponía las manos, Él no magnetizaba, anotemos esto. Todo gesto libera electricidad, magnetismo, lo sé, pero no magnetismo curativo. Jesús no emitía voluntariamente Sus fuerzas fluídicas y mentales, aunque hayan sido bastante grandes para producir casi todos Sus milagros. Él no era un medium en el sentido espírita del término; ningún espíritu Le ha arrastrado jamás. Él no tuvo necesidad de ritos mágicos, todo lo que se ha dicho de Sus estudios en diversas escuelas iniciáticas de Judea, Egipto, India o Céltida, es falso.

Las curaciones que hizo, incluso todos Sus otros milagros, las hizo por unas órdenes, no por penosos esfuerzos de voluntad, sostenidos por prácticas de concentración, no por destellos pasajeros de energía, emisiones extraordinarias de fuerza espiritual usurpadora. Sino por órdenes legítimas, tranquilas, medidas,

normales, como las órdenes que un rey da a sus súbditos. Pues Cristo es el Maestro de esta tierra y el Señor universal.

*

La enfermedad no es un castigo: el Padre no castiga a nadie, es la consecuencia lógica y fatal de actos anteriores. El atavismo, lo heredado, el contagio, el accidente no son las causas de las enfermedades, sino los medios empleados por la Naturaleza para hacernos sufrir los contragolpes de nuestra extravagancia. Un niño no enferma de tuberculosis porque sus padres sean alcohólicos, sino que nace en una familia de alcohólicos porque ha merecido sufrir la tuberculosis. Un auto no nos atropella por sorpresa, o por negligencia, sino que el accidente tiene lugar porque la herida que nos provoca es justa y útil en la liberación de nuestro espíritu.

Esto no es para autorizar la ebriedad en casa de los padres, ni el exceso de velocidad en los conductores; tenemos el deber de disminuir, por todos los medios, los sufrimientos que nos rodean. Debemos conducirnos como auxiliares de la Misericordia y no como agentes de la Justicia.

La causa de todo sufrimiento es una infracción de la ley del mundo; si alguna criatura no ha querido jamás tomar más que su parte en el festín de la vida, no habrá disensiones ni restituciones. La causa primera de la enfermedad es pues el pecado.

Todo acto engendra, en el plan central del universo, un espíritu vivo; lleva fatalmente a su alrededor el bien o el mal del que fue su manifestación. Así como un avaro que ha recibido a un pobre a golpes de bastón, pagará en su corazón colérico, en su malvada inteligencia y también en el brazo con el que le golpeó. Si, como creen muchos espiritualistas, en una encarnación próxima este hombre renace con una mano inerte, un terapeuta podrá quizás galvanizarla; él no espera la causa moral, levantará un muro entre esta causa y su efecto, provocando así nuevos desórdenes interiores, y expulsando el mal de su justo lugar para enviarlo a otra parte, donde será intempestivo.

Los hechiceros cometen a menudo esta falta, vinculando la enfermedad de un hombre a un árbol o a un animal, que la sufren completamente como si uno de nosotros recibiera la enfermedad de un dios.

Sólo aquel que pueda percibir el genio de la enfermedad y el esquema de su origen es capaz de modificar su desarrollo o su influencia y de curar realmente por la purificación de las manchas primitivas, que son los pecados. Hace falta un hombre que haya recibido de Cristo libre acceso a la fuente de la vida eterna.

Es difícil explicaros con detalle el camino por el cual un vicio moral se vuelve una corrupción fisiológica. El Cielo sólo quiere que se busquen las causas profundas de las enfermedades; sabiendo que tal minusvalía es a veces producida por tal crimen, generalizaríamos los casos particulares, juzgaríamos despiadadamente a todo el mundo, y así nos condenaríamos a trabajos infinitos.

De manera general, he aquí lo que se puede decir. Una tendencia moral da siempre como resultado una acción; en el curso de este descenso, pasa del corazón al intelecto, del intelecto al cerebro, después a los nervios, a los

músculos, a las células de todo tipo que van a concurrir en la acción. Todas estas pequeñas energías vivas, de las sutiles a las materiales, van a ser viciadas por la intención que las pone en marcha, si es perversa. Ellas se pondrán allí, cambiando el curso normal de las cosas, pues la Ley es la caridad y toda falta es siempre un incumplimiento de una especie particular de caridad.

Estas pequeñas energías van a menudo contra el orden; cuanto más se debilitan, más se vuelven vulnerables a las fuerzas de la disgregación, de la lucha, del fraccionamiento. Entonces llega un día en el que no desean más y no pueden cumplir su función normal; ese día, la enfermedad comienza.

Examinemos el caso de un ser en curso de evolución, de uno de nosotros. Su cuerpo contiene los gérmenes de todas las enfermedades, pues su corazón contiene los gérmenes de todos los vicios. Los primeros, en lo material, son los microbios. Sólo se desarrollan si entran en contacto con gérmenes análogos; igualmente, en el invisible, el germen mórbido espiritual tiene necesidad del cliché de la enfermedad para entrar en actividad; también en lo moral, el mal latente tiene necesidad de contactos con la vida para volverse un vicio.

Es suficiente que la voluntad dude para sucumbir a la tentación, que el espíritu del estómago, por ejemplo, tenga miedo para que se instale el cáncer, que la célula sea débil para que los bacilos la invadan. La fe es aquí, por tanto, la espada de todas las victorias y el escudo de todas las resistencias. En las epidemias, observad como los salvadores con coraje salen a menudo indemnes. La confianza en sí es ciertamente una poderosa defensa, pero la verdadera confianza en Dios nos vuelve inatacables..

¿Qué es el cliché de la enfermedad? Consideremos solamente, para simplificar, lo que ocurre en nuestro planeta. Todos los acontecimientos existen primeramente en el invisible, en el alma de la tierra, antes de ocurrir en el cuerpo; como una casa existe primeramente en el cerebro del arquitecto. Estos cuadros vivos, donde figuran los modelos espirituales de todos los seres y de todos los objetos que se realizarán más tarde, siguen unas trayectorias o, más bien unos caminos, fijados por adelantado desde el comienzo del mundo.

Así, hace 25.000 años aproximadamente, una parte del territorio dolorosamente célebre fue el teatro de atrocidades semejantes a las que acaban de cometerse; hay cierta relación entre los hombres que se degüellan recientemente y los que se masacraron en otros tiempos.

La existencia de cada individuo está calculada por ciertos dioses, encargados de este oficio, para que su curva cruce en unos puntos convenidos las curvas de tales o cuales clichés. Estas intersecciones constituyen los acontecimientos de la existencia terrestre, materiales o morales. El hombre sólo puede cambiar su ruta algunos pasos; porque es cobarde, en general y, si ve el medio de evitar las pruebas, se apresura a dar un rodeo. Es por esto que no sabemos nada de nuestro futuro; si lo conociéramos, no trabajaríamos más, no progresaríamos.

La enfermedad misma: fiebre, tumor, reumatismo, cualquiera que sea, es, en este mundo de los clichés, una criatura viva, que evoluciona, trabaja y merece o desmerece. La vida física del hombre, del animal, de la planta, de la piedra misma es su alimento. Ella toma su alimento de nosotros, después se va. Al irse se produce la curación o la muerte.

Las diversas terapias hacen sólo dos cosas: cazarla un poco más rápido o impedir que venga. En el primer caso se lanza antes de tiempo sobre otro ser, lo que es una injusticia; en el segundo caso, sólo se consigue aumentar su hambre y que monte en cólera, y cuando haya caído la barricada de la medicina preventiva, el hombre sufrirá mucho más.

Entonces ¿no hay que curarse?, diréis. Si; tenemos el deber estricto de buscar la curación, pero diciendo siempre: "Que la voluntad de Dios se haga, no la mía". De tal manera que los justos derechos de todos sean respetados, y un auxilio providencial se haga posible.

Comprended bien esto: el medicamento, el magnetismo, los espíritus, las liturgias, los peregrinajes, las reliquias, nada cura radicalmente. Hace falta que, para que el efecto se detenga, la causa cese. Borrar el pecado es el único remedio definitivo.

Recordad al fin que, desde la venida de Cristo, es imposible asignar leyes exactas a los fenómenos, pues una intervención especial y directa de Su parte puede siempre producirse. Cuando, a propósito del ciego de nacimiento, Él responde a los que le preguntan que no está ciego ni por sus faltas ni por las de su padres, sino para manifestar las obras de Dios, Él nos hace entender que a veces se sufre por otra expiación que no es por la de nuestras faltas, actuales o anteriores, ni tampoco por las faltas de otro. Toda regla comporta excepciones y las cosas más simples tienen a menudo motivos desconocidos e incognoscibles. Por eso es prudente no juzgar a nadie. Pronto encontraremos otros motivos para esta reserva.

La sabiduría definitiva reside en una aceptación libre y alegre de las pruebas. Cuando sabemos que el Padre nos ama, se aman los sufrimientos, se comprende que las enfermedades lentas, donde la muerte viene poco a poco, son favores; nos llevan a la verdadera humildad, fomentan la llama del arrepentimiento y el fuego de la oración; nuestra suerte en el Más Allá, nuestra vida futura pueden ser considerablemente mejoradas.

Antes de cerrar estas consideraciones generales, quisiera, como paréntesis, hablaros algunas palabras sobre la cirugía.

El cirujano es fatalmente provocador de un sufrimiento hacia fuera del paciente. El miembro o el órgano que sustrae se ven -en lo espiritual- puestos aparte en los almacenes de la Naturaleza donde se fabrican las formas físicas de los seres. Permanecen allí, amontonados, inertes, inactivos, hasta que Su forma material ha sido reactivada enteramente por la tierra. La hora, cuando el espíritu de estos órganos operados vuelva a ser puesto en circulación, no coincide con la del cuerpo al que estaban unidos, recomenzando una nueva vida. Hay una ruptura, dos evoluciones, de la parte y del todo, y no concuerdan más. Esto produce más tarde desequilibrios, atrofas y a veces trastornos más graves.

Así el cirujano es puesto en una alternativa en la cual los dos términos son igualmente delicados, pues está obligado, en consciencia, a hacer todo lo posible para curar al enfermo y sólo puede aliviarle actualmente haciéndole un mal en el futuro. Pero si él reconoce su impotencia, puede pedir al Cielo parar

todas estas complicaciones; sólo es, en suma, el cobrador involuntario de ciertas deudas.

Dos observaciones para cerrar este paréntesis. Es mejor no conservar los órganos o los miembros operados, sino devolverlos a la tierra; es allí donde el espíritu vivo de sus células sufrirá menos.

La anestesia es necesaria en el caso de que el dolor supere el límite de resistencia nerviosa, pero si se emplea para evitar sufrimientos soportables, se vuelve un trampantojo: estos sufrimientos se capitalizan, puede decirse, para el momento en que la influencia anestésica se apague. Tal es la causa, entre otras, de las torturas verdaderamente infernales de la desmorfinización.

El Cristo curaba pues por una simple orden todas las enfermedades, cual - quiera que fuera su origen, instantáneamente, a distancia, tocando al enfermo, o dejándose tocar Sus ropas.

Él pedía a los enfermos, a las enfermedades, a los órganos y a los demonios porque, a Sus ojos, todo está vivo, todo es un espíritu individual. Él era un sol de fuerzas resplandecientes, energías sobrenaturales que Él traía del Reino de Su padre. Imponer las manos no era para Él más que un signo, como cuando hacemos un gesto diciendo: sí, o no. Pronunciar una orden no era diferente, porque todo en Él era simultáneo, de la cima de Su ser hasta Su cuerpo. Esta unidad total, plena, admirable es propia de Cristo; nadie la posee en el mismo grado.

En la medida que el hombre es uno, es poderoso. Ser uno es hacer que todo en nosotros concuerde: que el cuerpo no quiera una cosa y el mental otra; que los músculos, los huesos, los nervios estén de acuerdo; que la memoria, el juicio, la intuición tiendan al mismo objetivo; que todo en nosotros ame lo que el corazón ama y que, a su vez, el corazón no ame sino lo que Dios ama. Entonces el hombre recobra la majestad perdida de su estatura, se engrandece, los seres a su alrededor le reconocen como a su jefe y comienzan a obedecer sin resistencia. Jesús poseía la perfección de este estado; uno con el Padre, uno en Él mismo, uno con Él mismo, uno por Su compasión con todos los seres; esta homogeneidad indestructible dominaba todos los antagonismos exteriores y todos los fermentos del sufrimiento y la enfermedad.

A veces, cuando un órgano no existe, Él lo crea instantáneamente. He visto hacer algo parecido, en mi juventud: crecer un brazo en tres días sobre un hombre nacido manco. En recompensa, el sanador fue condenado algún tiempo después, por ejercicio ilegal de la medicina.

Casi siempre, Jesús pide la fe del enfermo, la fe en Él mismo, ser único y sobrenatural. Cuando nuestros médicos hablan de la fe que cura, se refieren a simples sugerencias, pero la sugestión no cura. La fe en la omnipotencia del Verbo es la flecha necesaria que, en el espíritu del enfermo, abre el camino para el perdón de los pecados. Tal fe comporta arrepentimiento y el arrepentimiento enciende el deseo de ser purificado.

Una sola mirada Le basta para conocer hasta el fondo la pobre criatura que tiene ante Él. La miseria de esta súplica, su dolor silencioso Le conmueve; Él ha ofrecido, en Su magnífico corazón, la hospitalidad a todos los sentimientos humanos. Él no se contenta con una compasión sonriente, serena y distante, Él

ha sufrido con Sus amigos los hombres, ha llorado con ellos, ha temblado con ellos, se ha desesperado con ellos. Él ha ido al fondo del dolor de las madres, de los esposos y de los amigos. Para hacer volver a los jóvenes seres más allá de las puertas, Le basta con llamarlos, pero por Su amigo Lázaro, Él se estremeció, lloró, gritó.

¡Qué ingeniosa es Su ternura y cómo Su humana naturaleza carga realmente con todos los fardos!

Para que esta curación perfecta tenga lugar hace falta el perdón de los pecados, así es necesario: o bien que el enfermo acepte pagar su deuda bajo otra forma y se comprometa, o que alguien pague por él. Jesús ha pagado por todas las multitudes que en otros tiempos estaban a Su alrededor, y paga ahora por las multitudes, más numerosas aún, que Le desconocen y Le olvidan.

Por miserable que sea nuestro amor hacia Él, ¿no nos conmueve el Suyo hasta el fondo, no intentamos buscar un alivio para Sus divinos hombros heridos?

*

¡Aliviar a Dios! ¿Palabras de orgullo insensato? No, son palabras de amor verdadero, de este amor para el cual lo imposible no existe. No podemos repetir lo que Jesús hizo, pero nos podemos volver unos discípulos menos indignos y menos tibios.

¿Qué podemos hacer por los enfermos?

En el día del juicio, habrá muchos hombres clasificados por el mundo entre los discípulos de Cristo, de los que escucharemos decir por Él: “No os conozco”. Los milagros, la doctrina sublime, pueden coexistir con el orgullo y proceder de luces invertidas. Estemos prevenidos, además, porque los príncipes del Infierno harán maravillas más grandes que las del Evangelio. Muchas serán benéficas; sólo el verdadero discípulo es, además, humilde y se estima en nada. Tal es la primera condición.

La segunda es haber recibido de Cristo o de un Amigo auténtico el poder de curar. Esta transmisión debe ser hecha sobre el plano físico, de boca a oreja; permitidme no ser más explícito. Este don es siempre gratuito y su incremento subordinado a la buena conducta de quien lo recibe. Pero no se debe impedir a nadie curar en el nombre de Cristo; cada uno es responsable de sus actos, es necesario respetar el libre arbitrio de otros.

Cualquiera que intenta amar a su prójimo como a sí mismo es discípulo de Cristo. Realizando totalmente esta Ley, el Cristo ha creado una fuerza especial, un nuevo magnetismo, que incluso ahora los investigadores más ingeniosos ignoran; Él la transmite a Sus amigos y por este fluido se opera la realización de sus demandas. Esta fuerza inasible une a todos los que aman a su prójimo como a sí mismos y constituye su privilegio.

El éxito de una cura no depende ni de un diploma, ni de una superstición, sino de la devoción, de la compasión verdadera, del fervor íntimo. Más que toda ciencia, más que todo secreto, el recurso humilde y sincero a la Virtud suprema, a la Caridad infinita es el elixir milagroso; pero no se comunica, es necesario que cada uno lo encuentre por sí mismo. Esto no es la teurgia de los

antiguos misterios, la colaboración con los dioses, sino la teurgia verdadera, la colaboración con Dios.

Para ejercerla, hace falta una doble vía: no entrando en el plano invisible de un colectivo religioso, que un rito bautismal confiere, sino en una unión efectiva entre el corazón del discípulo y este lugar central del universo espiritual, este corazón del mundo, donde batan las mareas de la vida cósmica, este lugar propio del Verbo. Allí preside, en persona, Jesús, nuestro Sanador.

Si el discípulo se esmera en realizar la voluntad del Padre, su espíritu se fija en este Reino, que es el Cielo. Él vive allí, respira allí, piensa, ama y trabaja allí, de tal manera que si, por ejemplo, ofrece un vaso de agua o compone un remedio, este agua o esta sustancia estarán saturadas de la fuerza divina viva que Jesús ha creado y que irradia de este lugar.

El teurgo vive en la unidad. El alivio que él procura a una persona febril se extiende, si lo desea, a muchos otros con fiebre; si cura a un parálítico, puede actuar sobre el genio colectivo de la parálisis y mejorar a todos los parálíticos. Así, a principios de siglo, un Amigo de Dios modificó en el invisible una de las más terribles enfermedades y, después, los médicos han descubierto poco a poco los medios de curarla completamente. Lo mismo ocurrirá dentro de un tiempo para la tuberculosis, y también para el cáncer. El teurgo actúa incluso sobre la vida futura de un enfermo e indica con todo conocimiento de causa como disminuir una prueba o cambiarla.

Tales hombres son extremadamente raros, apenas se encuentra uno por siglo. Puede ocurrir, sin embargo, si los años próximos deben ser terribles, que aparezcan varios. Pero nosotros, hombres ordinarios, que queremos ayudar a los demás, ¿qué podemos hacer para ello? Hay primeramente que probar los recursos de la ciencia, hay que probar, al menos, todos los remedios permitidos. Tenemos el derecho de utilizar toda sustancia mineral, vegetal o animal, pero, atención, no debemos capturar el espíritu.

Es mejor morir, o dejar morir a un ser querido, que conservar la vida por un procedimiento ilícito. Bajo ningún pretexto atar los espíritus de los árboles, los animales o los hombres; no hacer jamás transplantes paracélsicos, no firmar nunca pactos con los espíritus, incluso si parecen buenos; no llamar nunca a los espíritus. Una gran parte de los locos fueron maníacos del espiritismo y de la magia. La psiquiatría es una ilusión; toda sugestión es radicalmente mala. Si vuestro hijo es glotón, ¿lo corregiréis atándolo o privándolo de alimentos? El beneficio inmediato que dan estos procedimientos sería el origen de dolores futuros bastante amargos. El Cielo no quiere que se atente contra la libertad de nadie. Probad a curaros vosotros, o a vuestro vecino, porque es vuestro deber, porque vuestro cuerpo es un instrumento de trabajo que hay que mantener en buen estado. Pero resignaos al sufrimiento y a la muerte y estad satisfechos si vienen en el lugar de la salud.

Cuando la oración fracasa, es porque no está justificada: por ejemplo, si el enfermo puede soportar la enfermedad, y no soportaría una prueba equivalente en su fortuna o sus afectos, o bien si la intención del que reza no es pura, si en su petición entra algún interés personal o si no ha ayudado lo suficiente.

La intención pura es una fe que sólo conoce a Dios; no pedid jamás nada a ningún intermediario invisible, esto sería un mal cálculo. Hemos visto esto cuando hablamos de la oración.

El ayuno es restringir con moderación el alimento del cuerpo, pero, sobre todo, es restringir con rigor el alimento del yo. Aprended a privaros en beneficio de algún sufriente, pero tened cuidado, al mismo tiempo, de no querer forzar el milagro; vigilad siempre escrupulosamente el yo, rechazando tomar el mal de otro; velad en espíritu.

Hemos dicho que no tenemos el derecho de cargar sobre el cuerpo el mal de otro, pues nuestro cuerpo no es más que un préstamo. Si Dios quiere escuchar nuestra petición, Él es lo bastante rico para curar por Sus propios medios todos los males del universo. Dándole, por el ayuno moral, la prueba de nuestra buena intención, atenderá ciertamente nuestras súplicas.

A veces unos contemplativos, laicos o religiosos, arrastran una existencia de enfermedades sin fin. La Iglesia enseña qué es la sustitución. Esto se puede, pero se trata más a menudo de almas muy valientes que han querido de un golpe deshacerse de la mayor parte de su deuda.

Un motivo más todavía para no juzgar a los desgraciados.

Esta abstención es la mejor de las profilaxis. No criticar a los enfermos, no desdeñarlos, no menospreciarlos, no impacientarse con ellos: he aquí la higiene preventiva más segura, porque es espiritual. Decimos que, por terrible que sea el mal del vecino, nosotros lo merecemos probablemente, en justicia, y quizás un día lo sufriremos nosotros.

Si vuestra oración es atendida, comienza ahora lo más difícil. No hay que volverse vanidoso. Imitad a Cristo: callaros, y pedid discreción a los demás. El Cielo sabrá hacer conocer el milagro, si Lo juzga adecuado. Además, tantos seres esperan los destellos de la Luz, y sin embargo está escrito: "No echéis las perlas a los puercos".

Seguidamente, no apartad a vuestros enfermos de su religión, evitad el escándalo. Aprended más bien a agradecer al Cielo. No se hace nunca bastante; no sabemos, no queremos rendir cuentas, pero el Padre nos ama; Él está contento cuando una alegría nos llega, sonrío cuando nos da algo. Él ama nuestras torpes acciones de gracias, nuestras pequeñas felicidades Le conmueven. Vosotros que solamente sois hombres, ¿no os gusta, cuando os trae un juguete vuestro niño, sacar de vuestro bolsillo una sorpresa inesperada, para que su felicidad sea más completa? Vosotros sólo poseéis esta bondad porque el Padre la posee primero, infinitamente. Él la usa de la misma manera con nosotros. AgradecémosLe esto y enseñemos a nuestros amigos a agradecerseLo.

Esta es la primera aurora de esta alegría exquisita de la cual nos habla el discípulo bien amado. Ella se eleva después, cuando se ha aprendido como la menor ayuda ofrecida por el amor de Jesús, es por Jesús mismo recibida. Es seguro que podemos aliviar el martirio infinito de nuestro Amigo eterno, es un hecho verificable. ¡Que la grandeza de esta tarea nos apasione y nos haga fáciles los más ingratos trabajos!

LAS TENTACIONES DEL CRISTO

“Entonces fue llevado Jesús por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo”

(Mateo 4, 1)

Puesto que hemos acordado el epíteto de místico al discípulo del Evangelio, el Cristo debe ser el único objeto de nuestro estudio. Sus curaciones forman, recordadlo, la obra capital de su vida exterior. Os quiero hoy descubrir en Sus tentaciones el trabajo esencial de Su vida interior.

Puede, permitidme daros un avance, que las cosas de las que voy a hablaros aparezcan en los católicos, en los protestantes, en los esoteristas, en los israelitas o en los ortodoxos, sean defensores o herejes. No es mi intención atacar nada. No quiero arrastrar a nadie a ninguna vía particular. Ante vosotros he olvidado todo lo que he podido aprender; no digo más que lo que he percibido en el instante por la delgada Luz del Verbo que me ha sido concedido comprender. Y lo que deseo de vosotros es que estando situados en las condiciones morales convenientes, sólo aceptéis mis afirmaciones después de haberlas contrastado.

*

¿Por qué las tentaciones de Cristo son la llave de Su vida interior? Éstas son:

El Verbo se revistió de naturaleza humana para dar un ejemplo universal y perfecto. Su misión esencial no era sufrir; el sufrimiento es solamente el corolario de Sus trabajos. Al mirar a Jesús, todo hombre, en todos los tiempos, en todas las situaciones materiales y morales, encuentra su modelo; Jesús es el Hombre primitivo en la frescura de la inocencia, el Hombre final en el esplendor del conocimiento, el Hombre eterno en lo inmutable de la unión con el Padre. Todas las dificultades, todas las angustias del corazón, todas las inquietudes materiales, Él las ha sufrido, o más bien Él las ha llamado deliberadamente hacia él. En el centro de todas estas cosas ha depositado una simiente de Luz; acogiéndolos, ha modificado a todos estos seres, de tal manera que nosotros, luego, nos beneficiamos de estos innumerables favores.

Sea que esta gota de pureza celeste y de dulzura propiciatoria, depositada hace veinte siglos en el alma de los ministros del Destino, suavizando la implacable rectitud; sea que, si cedemos a las invitaciones de lo Inferior, estos mismos ministros nos excusen porque en otros tiempos el Señor de las criaturas consintió al parecer en escuchar estas proposiciones insidiosas; todos, en las desesperanzas devastadoras y en los pecados anodinos, podemos por la fe aferrarnos a la luz que el sufrimiento del Cordero hizo brillar cuando estas mismas tentaciones y estos mismos estragos entraron en el recinto inmenso de Su persona humana.

Los dolores del Cristo comenzaron con la primera palabra caída de la boca del Creador; permanecerán hasta que la última onda de la última palabra

creadora se pierda en las playas imprecisas de la Nada. De cada una de nuestras desobediencias, Él siente la herida, cada suplicio que las Tinieblas infligen a Sus amigos Le alcanza; cada odio, cada blasfemia, cada olvido del Cielo golpea Su cuerpo cósmico. El Calvario no fue más que la cristalización terrestre y local del martirio permanente al que Se ofrece el Hijo del Hombre en el lugar espiritual donde desembocan todos los actos de las criaturas. Cada golpe mortal Le resucita para otra agonía, cada martirio exalta el triunfo de su amor, cada gota de Su vida tan preciosa es el saludo de un ser; y una estrella nueva se enciende en el firmamento de los espíritus con cada lágrima que la angustia de nuestra felicidad final arranca a Sus ojos divinos. Tal es el esplendor del inmenso, del incomprehensible Amor que Él nos tiene.

Tentación quiere decir prueba. Una carga es la prueba de los músculos que la levantan. Sólo se puede estar seguro de poseer una virtud si se ha luchado contra el vicio que se le opone. El Redentor, en tanto que Dios, está por encima de las tentaciones, puesto que es por Él que tienen su existencia. En tanto que hombre, Él les da acceso en Él para mejorarlas, modificar su marcha posterior y luego dejar a Sus hermanos cadetes, encomendándose a Él, una probabilidad más grande de victoria, por causa de Su victoria. La tentación no es solamente un fenómeno psicológico, es también un proceso biológico. Sea que el tentador venga a atacarme, sea que yo mismo haya buscado, en cuerpo o en espíritu, el contacto, el coloquio o la entrevista, se han empleado unas células, pues toda sensación es un contacto. Los malos deseos pueden levantarse en mí desde mi propio fondo, por el juego de mis organismos mentales, como mi estómago fabrica fermentos y mis músculos toxinas. Pero la tentación es el mal deseo lanzado en mí por una mano extranjera. Se llama diablo a este tentador. Se le injuria, se le maldice, pero el soldado del Cielo no teme su visita y no lo maltrata, porque sabe bien que es sólo un obrero que hace su trabajo, simplemente.

Veremos dentro de un momento cual es la conducta a tener en este caso, pero estudiemos primeramente nuestro modelo.

*

El Cristo fue tentado al principio de Su vida pública por Satán; durante su misión, por Sus adversarios; en Su muerte al fin, por el exceso de Su propio agotamiento. La primera de estas tres pruebas es la más comprensible y la que nos ofrece más lecciones inmediatas.

Todas las palabras están en el relato evangélico, y cada detalle es una enseñanza. Así, es el Espíritu quien lleva a Jesús al desierto y, en efecto, el servidor del Cielo no hace nada por propia voluntad, no tiene voluntad, es un rendido esclavo de una vez por todas, y su esfuerzo se limita a realizar, día por día, las órdenes que ha recibido de su Maestro. En muchas ocasiones Jesús afirma esta dependencia completa con respecto a Su Padre, del cual Él certifica tener directamente conocimientos y poderes. Su guía, en el acontecimiento que nos ocupa, es el principio de verdad, de energía, de sabiduría que se tiene como opuesto a la materia, como el ser frente a la nada, como la fuerza frente a la inercia. Es sobre todo -y no insisto, aunque a disgusto, para no salirme del

tema- es sobre todo la libertad, este privilegio esencial del plan divino, este esplendor de los seres que se mueven en el Absoluto. El Espíritu pues, es decir Dios en Jesús, había decretado la tentación, había dado a Satán la orden de venir, había conducido al "Hombre" al desierto. ¿Por qué? Lo sabremos cuando dejemos atrás el mundo de las criaturas; hoy sólo podemos sacar de los actos del Espíritu algunas de las verdades que encierran.

Antes de comenzar Su predicación, el Cristo quiso, si me atrevo a decirlo, ensayar Sus fuerzas o, más bien, era preciso que antes de combatir a los representantes visibles del Mal, sus jefes invisibles hubieran sido enfrentados y vencidos.

¿Por qué en el desierto? A causa de la soledad. La soledad es algo misterioso; hermana del silencio, debilita las debilidades, exalta las fuerzas. Limpia las llagas del alma, que el rojo fuego del arrepentimiento cauteriza; nos llena de fuerza frente a nosotros mismos y ¡qué lecciones tan terribles aprendemos de estas miradas prolongadas! Salimos, o andrajosos o endurecidos ante cualquier choque. Volved vuestros ojos a la soledad de Jesús, mirad, si el resplandor inmóvil y blanco de este desierto tan caliente no os ciega. La soledad de Jesús: unas rocas, unas arenas, un sol tórrido, un azul implacable; a intervalos, la silueta furtiva de alguna fiera, una caravana en los confines del horizonte, una rapaz en el cielo deslumbrante. Ni siquiera la sensación de una posible vecindad. Dormir solo, andar solo, pensar solo, orar solo, olvidar el sonido de su propia voz, prever solo las próximas torturas, verlas, entender las mordeduras de los perros fúnebres del Infierno. Solo hacia fuera, solo hacia dentro, así fue nuestro Jesús. Solo estaba desde el comienzo sobre las grandes rutas que describen los planetas con los soles y las tribus errantes de estrellas de las constelaciones sedentarias; solo estaba sobre los senderos perdidos donde, apenas cada mil años, pasa un viajero misterioso. Nosotros, que pretendemos amar a nuestro Amigo, ¿Le dejaremos todavía hasta el fin terminar solo Sus infatigables peregrinaciones?

Pues solo estuvo, solo en los espacios de Su pensamiento, solo en los ímpetus y los agobios de Su amor, solo en la exaltación progresiva de Su voluntad, solo también en sus correspondencias invisibles. Durante estos cuarenta días, todo fue retirado al Cristo, incluso las cohortes evangélicas que antes aseguraban Sus constantes comunicaciones con Su Padre y con el mundo. Durante este ayuno, estuvo como si Él no existiera; abandonando poco a poco las regiones del Más Allá, llegó en espíritu hasta el borde del Abismo original. Sin este riguroso aislamiento, el objetivo de este retiro no habría sido alcanzado.

¿Comprenderemos esta soledad, nosotros que tenemos miedo de estar solos, que, cuando nuestros asuntos nos dejan un momento, nos precipitamos allí donde se encuentra la multitud; nosotros que buscamos los pasatiempos más sosos antes de quedarnos cara a cara con nuestra consciencia, que desde la juventud, malgastamos a veces toda nuestra existencia por miedo a entrar, a la tarde, en una habitación vacía? ¿Imaginaremos el silencio inmenso del desierto, las sinfonías magníficas del sol sobre los grandes horizontes; los pórfidos, mármoles y las montañas lejanas transformadas mañana y tarde en arquitecturas de ensueño; las noches profundas, las miríadas de estrellas y la

luna inquietante; siempre el silencio, siempre la soledad y las tempestades interiores más espantosas que el simún; ni un libro, ni un rostro, ni una luz; así, cuarenta días y cuarenta noches?

Entre los jeroglíficos de la muy misteriosa ciencia de los Números, el cuarenta es uno de los más célebres. Significa expiación y penitencia; ha gobernado el diluvio, el sueño de Adán, el exilio hebreo; es la cifra de la materia, de la madre, de la muerte, de todo lo que se transforma; tiene una relación con la Virgen y con el Cristo, pues procede de otro número no menos célebre, el trece. Pero re - tengamos solamente la tesis conocida de que el Mesías, venido para reparar la falta de Adán, debe sufrir las mismas situaciones y rehacer los mismos actos, pero en sentido inverso. Esto nos da muy bien la llave de los enigmas evangélicos.

No os voy a explicar el infierno que encontró Jesús. Sabéis que la sombra es necesaria al resplandor, el suelo necesario al éter, el individualismo favorable al altruismo, el obstáculo indispensable al impulso, el pasado sin el futuro no existiría, la inmovilidad es el punto de apoyo del movimiento. Él cumplió pues una función útil y nosotros no debemos ni odiarlo, ni temerlo. Por todas partes hay espíritus malvados; algunos están vinculados a las cosas, otros viven en la atmósfera, otros en fin, y éstos son los asaltantes directos del hombre, viven en el mental. Tienen un jefe universal: Lucifer, rey del orgullo, imagen inversa del Verbo; está en el estado inmóvil, helado, impenetrable de la cristalización, mientras que Jesús, es la lluvia innumerable de la vida eterna. Él tienta a los hombres por su influencia natural, de manera que nosotros ni siquiera nos damos cuenta. Bajo sus órdenes están, dice la tradición, Asmodeo, príncipe de las codicias materiales, Manmón, príncipe de este mundo, dios del dinero, Belzebú, príncipe de la idolatría y de las obras siniestras. Lucifer les influye con su inmovilidad y es el cero metafísico, el punto fijo del mundo.

A su alrededor, por todos lados a la vez, se agita el adversario, el diablo, Satán, el asesino, el que se atraviesa y, completamente en el exterior, muy cerca del plano corporal rebosan los demonios que debilitan, corrompen, pudren y disuelven los compuestos vitales; son ellos los llamados Legión.

¿Pero cuál fue la utilidad de un ayuno tan riguroso y tan prolongado? ¿No era esto provocar el agotamiento, la hiperestesia, el delirio? ¿A qué respondía esto?

Cristo fue un ser excepcional. Lo que habría debilitado a un hombre ordinario no hacía más que excitar sus energías vitales. El debilitamiento del ayuno se restaura por una llamada a las reservas nerviosas, pero el cuerpo de Jesús no había sido construido en la tierra, los materiales habían sido aportados directamente de un mundo más bello y más puro que el nuestro. Él era más fuerte y más vigoroso que un niño terrestre; Sus huesos eran duros como el acero, Sus sentidos, exquisitos, Su resistencia a la fatiga, incomparable, Su rapidez en reparar la usura, extraordinaria. La décima parte de Sus vigiliias y de Sus sufrimientos habrían matado al hombre más vigoroso. El alimento material no Le era necesario, Su vitalidad física sacaba el alimento del mundo del que provenía. Las fuerzas llegaban sin cesar sobre Él, y la consciencia de Su filiación divina mantenía toda Su persona en una tensión sobrenatural.

La historia de los contemplativos nos muestra además mil ejemplos de abstinencias extraordinarias. El cura de Ars, por tomar un caso muy próximo aún, trabajó toda su vida veintidós horas sobre veinticuatro, sin otro sostén que la mitad de una patata. Y Jesús, ¿no nos dijo: “Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado”? A cualquiera que se sacrifique en cuerpo y alma al servicio del Cielo, el Cielo le conserva la vida y le concede fuerzas sobrenaturales, a menos que haya sonado la hora para este soldado de partir en misión para otro planeta.

Se recibe en la medida en que se da. Y Jesús se daba por entero. Vosotros mismos, Caballeros, la exaltación de un simple sentimiento humano, de un amor, de una obra, de una ambición, ¿no os hace capaces de esfuerzos extraordinarios? No se trata aquí de desequilibrios nerviosos, pero, actualmente, nuestra vida está ensamblada sobre la materia, si se la desenraizara y se transportara al reino del más puro Ideal, ¿cuánto no recibiría de alimentos milagrosos? Así, el ayuno de Cristo no es increíble. Con los santos ocurre lo mismo, han conservado, a despecho de este esfuerzo, la calma y el buen sentido prácticos necesarios para hacer unas fundaciones, o la lucidez que exigían los consejos que en masa venían a pedirles. La abstinencia facilita una concentración más fija, una unión más profunda, si, entendedlo bien, el asceta prepara y vivifica las privaciones corporales con las privaciones del yo.

*

La primera de las tres tentaciones se aplica al cuerpo; la segunda, al deseo de poseer; la última, al orgullo espiritual. Los tres centros psíquicos son así probados.

“Haz que estas piedras se conviertan en pan”, dice el Insidioso y, si se le escucha, se comienza a dudar del Padre y todo el andamiaje de la casa interior se derrumba. Cristo responde: “No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios”. Observad el giro singular de la frase. Significa a primera vista que la observancia de la ley asegura nuestra subsistencia material. Porque quien obedece a Dios es un niño de Dios y Dios se ocupa especialmente de él, quien obedece a Dios recubre su esplendor de hombre y entonces los invisibles le reconocen y le sirven. Pero, además, estas palabras dejan entender que el pan mismo es palabra y que posee su cualidad nutritiva porque es una palabra de Dios, viva y activa en el seno de un agregado físico-químico.

Reconozcamos aquí el valor de las formas materiales de la Vida. Están ahí para mantener nuestra existencia, sí, primeramente, pero igualmente para que nosotros respetemos la Vida, para que la desarrollemos, para que le infundamos la Luz eterna que brilla en nosotros. Ésta es una de las grandes formas de la caridad, esta caridad que no habla tanto y a la que se conoce tan poco. Si los hombres supieran, si buscaran el rostro real ardiente de la caridad, si abrieran sus ojos a su fuerte mirada, como mejorarían, como se precipitarían sobre sus pasos, como se harían por todas partes sus infatigables auxiliares.

Rehusando transmutar las piedras en pan, cosa fácil para Él, Señor de la Tie-

rra, Jesús nos da la lección más preciosa: no abusar de nuestra fuerza, dejar a toda cosa su curso normal, no contar con nosotros mismos, sino con la única bondad del Padre. Cuando el cura de Ars saca de una pequeña sopera sesenta escudillas para sus orfanatos, es una multiplicación muy semejante a la multiplicación de los panes que relata los Evangelios. Yo mismo, he visto, con mis propios ojos, materializarse una garrafa de agua limpia de repente sobre la mesa, porque un soldado del Cielo tenía sed. He visto llenar de monedas una bolsa que su poseedor venía de vaciar entre las manos de algunos desgraciados. El discípulo vive en una atmósfera de milagro, no tengáis pues miedo de la desnudez material, es la menos penosa de todas las formas de pobreza.

A continuación Satán lleva a Jesús sobre una montaña, Le muestra todos los reinos y Se los ofrece si consiente adorarlo. Todo lo sobrehumano Se lo promete sobre una montaña, el Meru, el Potala, el Sinaí, el Nebo, el Tabor, el Calvario son los faros de la humanidad. El símbolo se descubre visiblemente, es la ley misma del progreso, las criaturas se elevan a su cénit, entonces el Cielo desciende a su encuentro. Además ciertas obras sólo pueden cumplirse en el aislamiento de las cimas, sobre los huesos desnudos de nuestra madre común, allí donde los fluidos circulan según otros ejes, donde el cuerpo extático es liberado de ciertas presiones. La gran voz del silencio sólo habla en la soledad. Y es en las cimas, pararrayos naturales, donde ciertas corrientes ígneas descienden y penetran el suelo sin trastornarse.

Prosternados sobre la roca acogedora, o refugiados en la montaña mística de nuestro espíritu, no olvidamos en ningún momento que es sólo a Dios a quien debemos adorar y suplicar. Ved como los ídolos habitan los bajos lugares: el dinero, la gloria, la pasión, la muerte, la ciencia externa, ¿dónde todo esto, sino en la ciudad, en el llano? Hay correspondencias reveladoras entre las dos caras del universo; y el gran libro de la Naturaleza se deja descifrar fácilmente a las miradas de los humildes. Recordad: todo deseo es una adoración que comienza. Guardad estas preciosas fuerzas, los deseos, para Quien los ha puesto en nosotros y para el único que puede colmarlos en una medida plena y desbordante.

Satán lleva a Jesús sobre la cumbre del Templo: "Si eres Hijo de Dios, dice, lánzate hacia abajo, pues está escrito: los ángeles te llevarán". He aquí a este desconocido, sobre cuya identidad duda el Adversario y que ha rehusado las satisfacciones del cuerpo y las del yo. Él puede creerse legítimamente el favorito de Dios. Veamos, ¿a quién no le ha pasado que después de un sacrificio penoso y esforzado, se diga: "¡Bien!, ahora soy sabio, el buen Dios me debe algo". Se olvida que sólo es un servidor inútil. Esto es la infiltración del orgullo espiritual, esto es tentar a Dios.

*

Jesús triunfa sobre la duda, la codicia, el orgullo; la duda más fuerte: la inquietud material; la codicia más bella y más embriagadora: la gloria; el orgullo más sutil: creerse santo. ¡Qué cuadro! En unos trazos, todos los entramados de la psicología, todas las luchas morales, todas las grandezas, todas las humildades. Cada frase del Evangelio es un mundo. Y sólo me refiero al punto de vista moral. En algunas vigiliás, vuestras meditaciones os

mostrarán en este episodio toda una sociología, una fisiología, una cosmología y tantos otros misterios si tenéis la curiosidad.

En la versión de Marcos, este relato tiene tres frases: "Él estuvo cuarenta días en el desierto, tentado por Satán, viviendo entre las bestias salvajes, y los ángeles Le servían". Posemos muestras miradas sobre este espectáculo. Un patetismo sublime se eleva. El infierno, el Cielo, los animales, en el centro un hombre, el Hombre, el Verbo. El escriba del león sólo ha puesto lo indispensable, pero la escena aparece con toda claridad, desborda su marco, su simplicidad libera las alas del entusiasmo y amplifica hasta el firmamento la envergadura de nuestras meditaciones. Ved este paisaje de piedras blancas y amarillas, que limitan las nobles líneas violetas de las montañas arábicas; la mancha sombría del Mar Muerto subraya la ondulación de una colina; aquí y allí unos matorrales secos, unos cactus. Sobre una roca, un hombre; sus largos vestidos son del color de la arena. Se distingue un rostro bronceado, un rostro con los rasgos inmóviles y que se agita sin embargo, como si unas luces cambiantes le brillaran por dentro. Rostro misterioso donde estalla la energía más magnífica; rostro taciturno donde cada línea es elocuente, donde cada rasgo muestra una emoción profunda; rostro de ternura, de labios fruncidos, donde el Amor colorea la tez e inclina la mirada. Este hombre anda como imaginamos que los serafines vuelan; tiende a elevarse hacia el sol, como si su cuerpo atlético no estuviera en la tierra. Por tanto, algunos años más tarde, se derrumbará bajo el fardo vuelto físico de los pecados del mundo.

Todo el día, Él está solo, salvo la última tarde cuando, con los últimos rayos que matizan los vapores lejanos, unas formas translúcidas descienden, depositando a Sus pies agua -una cierta agua- y pan -un cierto maná-. El sol desaparece, las fieras salen, se aproximan a paso precavido y las salvajes pupilas, cautelosas, las de los chacales y los leones, se elevan hacia la tranquila mirada insondable que les habla sin palabras. Después la atmósfera se vuelve pesada, las tinieblas se vuelven palpables tomando formas imprecisas; los animales se esconden y un ser aparece de repente, un hombre más bello que el sueño. Está desnudo, porque toda criatura se presenta ante el Verbo en su desnudez esencial; sus miembros flexibles, su rostro ambiguo, el fuego de sus ojos secos, sacuden los alrededores con un aire de pavor, y se sitúa cara a cara, el Esclavo voluntario y el Rebelde, la víctima y el futuro verdugo.

Algunos videntes han percibido demonios, pero no se puede captar el grado de bien o mal que se encuentra en nuestro nivel. La mayor parte de los visionarios dice que los diablos son feos, pero no siempre. Su príncipe es bello, tan bello que nadie resistiría la embriaguez de su encanto, si se fuera capaz de sufrir sin un terror mortal la emanación delatora de su presencia.

He conocido un hombre que había dicho a un soldado del Cielo: "No creo en el diablo, no existe, es un símbolo". "¡Bien!, respondió el soldado, mira a la ventana de esta casa". Y el rostro que el incrédulo percibió era tal, que salió corriendo en una agonía de pavor y no se le volvió a ver hasta el día siguiente, suplicando se le borrara el recuerdo de esa figura.

Señores, pongamos nuestras miradas sobre la escena del desierto, Jesús, ven-

cedor del infierno, servido por el Cielo, familiar con los animales, pero solo entre los hombres. Y, en efecto, desde hace dos mil años, ¡cómo ha olvidado la humanidad a su Salvador! Desde nuestro nacimiento ¡cómo abandonamos a nuestro Amigo!.

*

Los fariseos tentaron a menudo a Jesús, después de eso quisieron coger algún defecto en Su doctrina. Estas pruebas fueron las menos penosas, sólo atacaban la teoría. Los fariseos eran los intelectuales de la época; para los intelectuales todo es incomprendible, salvo la metafísica y la casuística. Si Jesús volviera hoy y renovara sus milagros, encontraría ciertamente las mismas desconfianzas.

Tengo ganas de llegar a las últimas tentaciones, a los martirios espirituales, a estas torturas indecibles que ningún dios habría podido sufrir sin morir.

Tenemos primeramente la noche del Huerto de los Olivos.

Hay, en los campos provenzales, unas colinas que se parecen al Huerto. Imaginad una pendiente con bancales, como las de los olivares; en la montañosa Judea, los labradores construían ya estos muros de piedras secas para retener las tierras blandas. Un sendero serpenteante bajo los viejos árboles y un arroyo: es el Cedrón. A lo lejos el rumor de Jerusalén se confunde con las luces, la luna hace brillar las hojas de plata. Aquí y allí, sobre la alta hierba, todo cuajado de flores salvajes, unos hombres están acostados. Uno de ellos, el más alto, remonta la pendiente, hasta el lugar donde un peñasco limpio hace de refugio y, haciendo un signo a tres de sus compañeros: "Rezad, les dice, a fin que no entréis en tentación, mi alma está triste hasta la muerte, quedad aquí y velad conmigo". Después este hombre, el mismo que hemos visto hace un momento ordenar a Satán, se posterna en el suelo. La luz nocturna se oscurece, las estrellas enrojecen; los perfúmenes agrestes se disipan; las tinieblas espirituales refuerzan las tinieblas físicas; el pavor, el terror, la angustia descienden sobre estos hombres. Por encima de la gran forma blanca extendida se despliegan las ignominias inminentes de la Pasión: negaciones, abandonos, suplicios, y la terrible soledad interior. Y Jesús dijo: "Padre mío, aparta esta copa si quieres. Pero, que se haga tu voluntad, no la mía". Aunque fue sobrehumana su resistencia nerviosa, Su corazón se detiene y comienza a morir. Pero un Ángel viene -Gabriel, dice la tradición- y Le da de beber. Entonces Su alma vuelve a Su cuerpo extenuado.

El espantoso cuadro estaba siempre allí, pero por debajo se desplegaba otro más terrible: el odio del infierno y las hordas demoníacas, instigadoras de los verdugos. Jesús sufre entonces, no ya el látigo, las espinas y los clavos, sino interiormente las torturas que los demonios habrían querido inflingirle, si hubieran encontrado el medio material. Entonces Jesús Se une más estrechamente al Padre, Se lanza más profundamente a la voluntad del Padre, Se zambulle con todo su ímpetu en el Amor y el perdón. Su esfuerzo es tal que el corazón late a golpes desordenados, bajo la presión de la sangre, los vasos capilares se rompen y un sudor rojo Le baña por entero. ¡Qué miserables cosas son nuestras lágrimas ante esto!.

Jesús se vuelve hacia los tres discípulos preferidos y los encuentra dormidos: “¿No habéis podido velar una hora conmigo?” Éste es el reproche de Su inmenso Amor. Después Él vuelve bajo la piedra de agonía y regresa a la oración y a la lucha.

Es ahora todo el mal futuro el que cae sobre Él, todo lo que los hombres hicieron contra el Padre, contra sus hermanos, contra ellos mismos y contra la vida. Jesús percibe las muertes, las crueldades, las bajezas sin número, con esta rapidez vertiginosa y esta nitidez que conocen los que se han aproximado a las puertas de la muerte. Pero Él lo acepta todo. Las nubes se levantan, la tiniebla se hace menos oscura; es la tentación que se aleja; es el espíritu cuando Jesús concibe: el Padre no dejará perderse a nadie y algunos fieles Le ayudarán, al precio mismo de su sangre. Él lo ve, Él está en lo cierto, Se levanta, agotado pero tranquilo y apenas ha despertado a los apóstoles por tercera vez, llega el traidor con su tropa de mercenarios.

Aquí la vida interior de Cristo aparece visiblemente. Sabiéndolo todo, pudiéndolo todo, Su corazón no sentía personalmente ni deseos, ni inquietudes; Su voluntad no tenía, para ella misma, control para llevar a cabo. Pero, como os he dicho al comienzo, para ayudar a los hombres, para salvar a las otras criaturas, para modificar la marcha inexorable del Destino, para mejorar la evolución. Jesús abrió Su corazón a todos estos seres, ofreciéndoles Sus propias fuerzas, presentando Su dulzura a los demonios, Su paciencia a los destinos, Su ternura a los desesperados, a fin de que todos tomen de Él un alimento puro y por ello se purifiquen. Esto, ningún otro más que el Verbo podía realizarlo.

Todo lo que el Cristo hizo, fue por compasión. Por compasión, Él tomó un cuerpo, Él ha curado, Él ha hablado. Precipitó los cerdos en el mar y secó la higuera, esto fue a fin de que los masacradores de animales y los destructores de bosques sean juzgados menos severamente. Por compasión, Jesús sufrió la tristeza a fin de que nosotros, que estamos a menudo tristes porque nos olvidamos del Cielo, no recibamos la visita de las dudas, que nuestras melancolías llaman. Por compasión, en el último minuto de Su martirio tan valioso, Él profirió un lamento: “Dios mío, Dios mío ¿por qué me has abandonado?”, a fin de que todos nosotros, que siempre creemos sufrir injustamente, tengamos una excusa en nuestras desesperanzas pueriles.

¿Es pues legítimo decir y repetir que Jesús nos ama, como jamás una madre amará a su hijo, ni un esposo a su esposa? ¡Ah! ¡En cuánto el rayo más tenue de este Amor atraviese las triples corazas de nuestros corazones, las metafísicas nos parecerán vacías, las ciencias vanas y las alegrías terrestres deprimentes!

¿Qué haremos? Si se encuentra en este auditorio un solo corazón que comprendiera a través de mis palabras incoloras, el inmenso ardor del Amor eterno, a él le pregunto: ¿qué hacer para que todos estos cuidados no nos hayan sido prodigados en vano? Debería interrogar a la multitud y durante años, quedándome satisfecho si, llegado al umbral del Más Allá, al fin recibiera una sola respuesta, al fin encontrara una sola alma dispuesta a realizar con sus actos esta respuesta.

*

En este dominio de lo positivo y de lo práctico, el discípulo debe primero comprender que la tentación es una gracia, los puestos de peligro son puestos de honor para los soldados; el común de los hombres ya tiene bastante con vencerse a sí mismo. No tengamos la alucinación del diablo; el mal que está en nosotros, las perversidades del cuerpo, de la inteligencia y del corazón, son suficientes para hacernos caer. No hay discípulos aguerridos que las Tinieblas no ataquen; y son muy pocos. El Diablo es demasiado fuerte para nosotros; no habría ni un simulacro de combate.

La tentación a la que resistimos, es el mejor trabajo, siempre que no se caiga en la bravuconería o buscando una ventaja espiritual. Combatiendo con estas disposiciones, caeríamos en el orgullo. Todas las tentaciones pueden vencerse por la humildad, la calma y la oración.

He aquí sucintamente el mecanismo. El demonio del robo, por ejemplo, entra en mi espíritu. Enseguida se mueven en mí las moléculas de todo orden que han podido, anteriormente, participar en algunos hurtos; sobre ellas valora el tentador. Si resisto, se va, debilitado, inquieto incluso por mi calma; si sucumbo, toma posesión de todas las células, incluso físicas, que han participado en el robo. Cuando los espíritus de estas células, por el juego de su evolución, lleguen al rango de células cerebrales, que dirigen todo, yo sería incapaz entonces de resistir a la inclinación del robo, sucumbiría fatalmente.

He aquí por qué hay que comprometerse en la lucha inmediatamente, no mañana, no esta tarde, en el instante mismo. A causa del ayuno de Jesús, el que resiste a un vicio durante cuarenta días, si permanece humilde, lo vencerá en las siguientes.

Se dice a menudo al final del Padrenuestro: "No nos induzcas a tentación"; es una demanda temerosa. El soldado del Cielo, que no teme los golpes, dice: "No nos dejes sucumbir en la tentación". No la busca; acepta el combate con la ayuda del Cielo. Este coraje nato es una constante posesión de sí. Cómo habéis comprendido, el misticismo no consiste en las solas oraciones devocionales; es un estado permanente de entusiasmo, pero también una serenidad plena. El Cristo dice varias veces: "Velad y orad". Primero velar, estar despierto, nada de sueños ni de aspiraciones vagas o sentimentalismos difusos; darse cuenta de lo que pasa en sí y alrededor de sí, vigilar los estremecimientos del deseo, no exaltarse por unos ideales que sólo son bellos en apariencia.

Pues no es solamente en los éxtasis de los monjes que Satán se transfigura en ángel de luz; miente así en los acontecimientos, en las relaciones, en las doctrinas, en las personalidades eminentes. Recordad los relatos evangélicos. Jesús dijo: "Sed sencillos como palomas", pero añadió enseguida: "Sed prudentes como serpientes". Los que se elevan en las estatuas son a veces unos malhechores públicos. No os lancéis al seguimiento de no importa qué; examinad vuestro ímpetu. Hay un taumaturgo, cuyas curaciones se cuentan hoy por millares, que tiene sin embargo sus poderes de los enemigos implacables de Cristo. Tal sistema esotérico, admirablemente construido, sólo llevará a sus adeptos a los reinos helados de la Muerte esencial. Mas los años corren, y más bellos serán los frutos que el antiguo Tentador nos ofrecerá, más seductores sus colores, más

delicioso su primer sabor. A esto se le llamará tolerancia, altruismo, paz universal, unidad de las religiones, poderes psíquicos.

¡Velad! Desarrollad en vosotros un sentido exquisito de la verdad, luchad primero contra el error en vuestra propia persona; luchad a continuación contra el error que el Enemigo de los hombres intentará inocularos. Entonces descenderá la bendición que os deseo, la alegría inmutable, la alegría perfecta: la presencia real de la Divinidad.

LOS ESPÍRITUS DE ESTE MUNDO Y EL ESPÍRITU SANTO

“¿Crees que no puedo rogar a mi Padre, quien enseguida pondría a mi disposición más de doce legiones de ángeles?”.

(Mateo, 26, 53)

De entrada puede parecer que un místico no debe interesarse por la cuestión de los espíritus, pero reflexionando, aparece la utilidad de este estudio, para fijar bien las ideas y para circunscribir netamente los dominios respectivos del ocultismo y del misticismo. Como los seres descarriados, nuestro tiempo busca lo raro, no se satisface ni con las lecciones austeras de la ciencia positiva ni con los consejos más consoladores de la Iglesia, y, a causa de su febril inquietud, se desvía casi a cada paso. Es contra los entusiasmos del espiritismo, de la magia, del magnetismo personal ante lo que intentaremos hoy reaccionar, rectificando nuestro caminar sobre la estrella polar del mundo invisible, sobre el Verbo Jesús

El Invisible es millares de veces más extenso que el Visible; engloba por lo común a todos los seres que lo pueblan bajo el nombre de “espíritus”, pero éste es un término impropio, pues designa una entidad inmaterial y las criaturas invisibles están provistas de cuerpo. El término “Espíritu” sólo conviene al Consolador, a la tercera persona de la Trinidad. Los habitantes del Más Allá, por el hecho mismo de ser creados, poseen órganos materiales. Los dioses tienen cuerpos, los diablos también; los ángeles en misión se revisten de cuerpos temporales, como nosotros nos ponemos un abrigo para viajar. Para adaptarme a la costumbre, llamaría espíritu a todo ser imperceptible por los sentidos corporales, ignorado por la consciencia ordinaria, intangible para los aparatos de laboratorio.

De esta forma, los habitantes de Marte o del Sol son espíritus para nosotros; por tanto son seres orgánicos que se alimentan, trabajan, se multiplican y cuyos cuerpos tienen peso en su planeta propio. Hay astros formados de una materia más pesada que la nuestra, si se pudiera medir la densidad con el patrón universal de la gravedad terrestre. Estos astros sin embargo son invisibles a los mejores telescopios. Incluso hay, sobre la tierra, razas de hombres poco conocidas cuyo cuerpo, más vigoroso que el nuestro, más grande, capaz de llegar a una longevidad patriarcal, no puede ser percibido ni por nuestros ojos ni por ningún instrumento óptico. En el espesor de las rocas, en las arenas de ciertos desiertos, en los hielos del polo viven otros hombres, diferentes de nosotros, gigantes, pigmeos, cíclopes, alados como ángeles, o monstruosos. Son reales, pero las ondulaciones fotogénicas pasan a través de sus cuerpos, cuyas moléculas están agrupadas siguiendo ejes diferentes; nuestros ojos no los ven y los sonámbulos ordinarios tampoco. Más tarde, la calidad del fluido luminoso cambiará y los exploradores descubrirán estas criaturas extrañas. Cuando ellas se manifiestan accidentalmente, se les toma por espíritus.

Además de estos aborígenes del Invisible, además de difuntos, imágenes, re-

flejos, hay entidades espirituales unidas a todas las criaturas materiales. Cada brizna de hierba tiene su genio, dice la Cábala, de acuerdo en esto con los Padres de la Iglesia. Los mitos, las leyendas populares ilustran esta idea. El Evangelio la da bajo su aspecto más alto: "Todas las cosas han sido hechas por el Verbo, dice el discípulo amado, y nada de lo que ha sido hecho, ha sido hecho sin Él". Toda criatura contiene una chispa del Verbo, de la Vida, pues no hay vida sin espontaneidad, espontaneidad sin libertad, libertad sin individualidad. Hablando absolutamente, todo es un yo, una inteligencia, una voluntad; todo cuerpo es el desarrollo de un alma, el instrumento de un espíritu.

¿Cómo creer en tales cuentos de hadas? Sólo hay un medio: ir a verlo. Trabajo difícil y delicado. El que ha recibido el bautismo del Espíritu Santo posee el privilegio de una comunicación permanente con el corazón del mundo, estancia central del Verbo. Allí, toda criatura se muestra en su desnudez original, en su forma real. Pero no puedo abrir vuestros ojos interiores y lanzaros a los torrentes de la Vida cósmica secreta. Vuestros cerebros, para la mayor parte, no resistirían estos destellos, estos tumultos, en el hormiguero infinito de estas multitudes.

Sin embargo, remarcad esto. Entre los buscadores que se ocupan de lo invisible, hay teóricos y prácticos. Los primeros son los poetas, filósofos, iniciados intelectuales; profesan el subjetivismo, no consideran las leyendas, los relatos milagrosos, las teologías, así como las alegorías, los símbolos, las descripciones metamórficas de los medios dinámicos. Para los prácticos, por el contrario, todo es real y objetivo, actúan en la vía izquierda, como los hechiceros de los campos, los faquires, los magos, o en la vía derecha, como los místicos. Una vez más, los extremos se tocan; la ignorancia del salvaje, que ve un espíritu en el trueno, el baobab o el caimán, reúne el conocimiento perfecto del Amigo de Dios, cuya mirada descubre los velos bajo los cuales se esconde la forma verdadera de las criaturas.

La Iglesia cree igualmente en la existencia de los espíritus de las cosas; ciertas fórmulas litúrgicas lo prueban. Cuando el sacerdote pronuncia: "Exorciso te, creatura aquae", es porque hay en el agua un principio que entiende esta palabra, que percibe el sentimiento del sacerdote, o entonces la liturgia no sería más que literatura. Cuando el clérigo bendice una cosecha, una casa, un telégrafo, un medicamento⁵, es porque hay vida en estas cosas, si no esta llamada a las fuerzas divinas sería un sinsentido insultante a la Providencia. Algunos taumaturgos han percibido el mundo de los espíritus. El admirable Francisco de Asís decía "mi hermano el lobo" y "mi hermana la alondra" y también "mi hermano el fuego, mi hermana la ceniza, mi hermana la pobreza". Y esto no era en su pensamiento imágenes poéticas, el conocía el espíritu que animaba a estos seres, porque el fuego, los peces y las golondrinas obedecían sus amables mandatos.

Nuestra inteligencia concibe muy mal que las hadas habiten las fuentes y los faunos los desiertos etíopes. Los que han visto criaturas de este género no eran alucinados, además la alucinación corresponde siempre a algo real. Toda la dificultad consiste en cambiar nuestro punto de vista. El marinero ve las olas en

⁵ Ver *Rituale Romanum*.

una marea, el ingeniero ve una curva dinámica que transcribe en ecuaciones, el astrólogo descubre corrientes fluidicas. Todos tienen razón, solamente quien mira con los ojos mismos del Verbo abraza a la vez el principio y todos los aspectos. Tal es el místico.

*

Entre los invisibles los hay microscópicos e inmensos. Así, la prosternación resplandeciente del ángel de la oración despliega del uno al otro extremo del firmamento los haces de estrellas centelleantes, mientras que nosotros, cuando oramos, de los millones de células que componen nuestro ser, apenas algunas se iluminan. El temor es grande en el corazón del discípulo que ha visto este ángel, pero su alegría es inefable e inolvidable.

Los efluvios ódicos redescubiertos por el barón de Reichenbach no son los espíritus de los que hablamos. Los halos ovoides multicolores que se perciben en el plano magnético y en el plano mental no lo son tampoco. La entidad intelectual, la tendencia moral de una asociación, de un colegio, de un movimiento no son más que una mezcla de emanaciones de las vitalidades material y espiritual de esta colectividad.

Por el contrario, cuando, en sus éxtasis, Catherine Emmerich arranca las malas hierbas de una viña inmaterial, anunciando enseguida en su sueño que esta viña es la Iglesia y tal hierba, un prelado indigno, realmente lo que ella ve es el genio de la Iglesia, puesto que, poco tiempo después, el prelado que ella había nombrado es destituido de su cargo. Cuando una madre sueña que una serpiente se enrolla alrededor del cuello de su hijo y, a la mañana siguiente, el pequeño se despierta con anginas, es el genio de la enfermedad lo que ella percibe. Si, después de haber rezado por un afligido, le véis en sueños visitado por un soldado, por ejemplo, es el genio de la recuperación el que se ha aparecido.

Algunos de entre los servidores del gran Pastor son puestos en relación con ciertos agentes gigantescos que gobiernan las fuerzas de la Naturaleza. Así un día, uno de mis amigos, que no tenía correspondencia telegráfica con los sismógrafos de los observatorios, me dijo a quemarropa: "Esta noche, a tal hora, habrá un temblor de tierra de tal lugar a tal otro, pero no se hará sentir en la ciudad donde vive M. X... porque es un buen soldado; se llegará a un acuerdo con el dragón". Y, en efecto, los periódicos relataron los sucesos exactamente en esa dirección y la interrupción inexplicable que me había predicho. Lo que hay de curioso en la anécdota es la opinión sobreentendida de que toda colina, toda montaña, todo río, todo lago, las profundidades del suelo mismo son las moradas de numerosos genios y que actuando sobre el genio, se modifica el lago o la colina como cuando las pasiones cambian, los gestos también cambian. Esta opinión está muy extendida en Arabia, en la India, en los territorios amarillos, pero es muy rara en Europa.

Tendría historias parecidas que contaros, pero es necesario ceñirme a mi programa.

Para estudiar un poco más de cerca el espíritu de las cosas, escogeremos un ejemplo, que podréis aplicar a toda clase de casos análogos.

*

Tenemos una casa. Todo edificio es el cuerpo físico de un genio. Las casitas banales de los caserones modernos tienen también sus genios. Estos genios se revisten de formas animales y el verdadero vidente entra en comunicación con ellos, los educa y los hace actuar si son útiles.

Como paréntesis, debo decir aquí que el ser que llamo verdadero vidente no es el medium o el sonámbulo honestos que no hacen trampas; es otra cosa. Los maniáticos del psiquismo, desde que creen percibir en alguien algunos signos de desequilibrio nervioso, se precipitan para desarrollar este tema, pero, como ignoran en todo la constitución real del hombre, las relaciones entre el espíritu y el cuerpo, caen en la ceguera, y los desarrollos que obtienen sólo son desórdenes. La presunción de estos experimentadores, que creen hacer una obra útil, sería risible si no fuera lamentable. El verdadero vidente es primeramente y sobre todo un discípulo del Evangelio, y sólo ejerce una facultad excepcional por añadidura.

Retomo a continuación mi ejemplo. ¿Qué pasa en el más allá durante la construcción de un edificio? Primeramente, el futuro propietario recibe la forma espiritual de este edificio; esta visita tiene lugar en el inconsciente. Si el espíritu de este hombre se interesa en este cliché, lo acoge, lo nutre, la imagen impresiona el cerebro y entra en el campo de la consciencia; la voluntad opta por la aceptación o el rechazo. Los clichés no pueden realizarse solos, necesitan la colaboración de los hombres; pero la materia no puede tampoco evolucionar sola, necesita el andamiaje que los clichés le proporcionan.

Estos, antes de volverse intuiciones, deseos vagos, proyectos, planes, trabajos y creaciones físicas, han debido antes coordinar y reunir en su propio lugar toda clase de corrientes de atracción entre unos seres y otros, los cuales esperan su materialización.

Un modelo espiritual crece o decae según lo que los hombres y los lugares que toca le suministran de alimento o le niegan. Tenemos, por ejemplo, el cliché del robo que pasa junto a mi espíritu. Antes yo no pensaba en robar, el envío me viene a causa de una ocasión cualquiera. Si la satisfago, las fuerzas físicas y mentales que me sirven para efectuar el hurto serán absorbidas por el cliché, el cual se alejará enseguida de mi espíritu un poco más vigoroso de lo que entró; si resisto, después de algunas tentativas, el cliché se irá un poco más débil.

Estos contactos de los clichés con el mundo físico forman la trama de nuestras existencias. Se percibe aquí cuán graves en realidad pueden ser las decisiones que el juicio racional había creído poco importantes.

El lugar donde una casa debe construirse es designado desde el nacimiento del continente del cual forma parte. Años antes de que el obrero agarre su pico, corrientes fluídicas se ubican sobre este lugar. Cuánto más dura el edificio, más lejana es la preparación. Propietario, arquitecto, obreros, piedras, vigas, cemento, metal, todo lo que concurre en esta empresa hasta los más mínimos detalles es fijado antes en los archivos de la tierra, según las leyes más imparciales.

Pues nada llega a nadie que no lo haya llamado o escogido antes. El hundi -

miento, las tareas, los imprevistos, el futuro incendio, los posibles procesos, todo esto es atraído magnéticamente por el cliché primitivo y por los justos destinos de los propietarios, de los constructores y los inquilinos.

Esto no es excusa para la mala fe, por ejemplo de los contratantes. Un contratista deshonesto aparece y me perjudica sólo si he merecido ser engañado, pero él es responsable de su engaño. Si él resiste a su avaricia, actúa bien doblemente, por él y por mí. Si reconozco la legitimidad espiritual de este robo, rehusando un proceso, yo mismo pago una deuda, aliviando mi futuro, el de mi casa, y él del contratista desleal, porque deposito, por mi renuncia y sin saberlo, el germen del remordimiento en el espíritu de este hombre.

Hay lugares nefastos, casas donde una terrible enfermedad parece haber elegido su domicilio. A menudo nos instalamos allí por ignorancia y esta ignorancia es querida por Dios para que no escapemos a nuestro justo destino. Por el contrario, no es necesario enfrentar el peligro por bravuconería: "Yo no tengo miedo; yo soy más inteligente que fulano; tengo una salud de hierro". Hay que decir: "Yo tomo esta morada a pesar de sus inconvenientes, pues Cristo no tuvo jamás ninguna, puedo imponerme esta molestia, pues uno de mis desconocidos hermanos disfrutará del local más cómodamente de lo que yo lo he encontrado, ya que estoy seguro de ser ayudado". Éste es el lenguaje de un soldado del Cielo.

Observad el matiz singular de la frase evangélica: "Y entrando en una casa, *saludadla*, diciendo: Que la paz sea sobre esta casa; y, si esta casa es digna, vuestra paz irá sobre ella y, si no es digna, que vuestra paz vuelva a vosotros". Así, una casa puede, como toda criatura, desear o la Luz o las Tinieblas; la discordia acompaña a éstas, la paz escolta a aquéllas.

El genio de un edificio agrupa a su alrededor otros genios; cada habitación posee uno, cada parte de la habitación, cada detalle de la puerta o la ventana, cada mueble, cada objeto, sólo existe por la acción cohesiva de un espíritu.

El árbol en el bosque, en su estatura plena es el cuerpo de un genio. Cuando el hacha lo hace caer, cada uno de sus trozos, cada tabla, cada leño se vuelve el hábitat de un genio de orden diferente y el carpintero, el ebanista, que dan a estas tablas una forma útil y un uso práctico, evocan inconscientemente un nuevo genio, medio silvestre y medio humano, que habitará esta madera, vuelta mesa, silla o armario y dirigiendo su existencia en cierta medida.

*

Cada hombre aparece en el Invisible como el centro de una falange más o menos numerosa. Tiene servidores para facilitar su trabajo y dioses en provecho de los cuales trabaja; los espíritus de sus antepasados están allí, los de su ciudad, de su patria, de su raza y su religión; unos guías le acompañan en el ejercicio de su oficio; en la continuidad de sus tareas, en la búsqueda de su ideal; unos viajeros llegan a él, atraídos por sus virtudes, sus vicios o sus preocupaciones. A sus lados están, día y noche, un representante de la Luz, el ángel guardián y un representante de las Tinieblas, el ángel malvado.

Además, el dios al que cada uno sirve -dios del dinero, dios de la ciencia, dios del arte- envía hacia su fiel verdaderas cohortes de auxiliares y colaborado-

res. Algunos cuentos de las *Mil y una noches* explican esto muy bien. Un conquistador, Napoleón si queréis, enviado a la Tierra como el cirujano al enfermo, sólo fanatiza a sus soldados y dedica la victoria a su caballo porque los países que atraviesa están poblados de hombres y de espíritus venidos en línea directa del mundo de la guerra y enviados por el dios de las batallas.

Un curso análogo es concedido a un gran filósofo, a un fundador de religión, a cualquier héroe. No obstante, hay que hacer notar aquí una diferencia esencial en las actitudes interiores de estos misioneros, actitudes que dan a su obra una calidad de Luz o de Sombra, pues las Tinieblas tienen también sus enviados. Si el hombre cree en su propia fuerza y sólo se apoya en sí mismo, hará de sus auxiliares invisibles unos esclavos, obedientes por temor y siempre prestos a la revuelta. Si el hombre se estima en su justo valor, es decir, como una pura nada, y sólo se apoya en el Cielo, hará de sus ayudantes unos servidores voluntarios, unos amigos siempre dispuestos a sacrificarse para su obra. La calidad de nuestros deseos hace la calidad de nuestro entorno. Se puede ver en el modelo del adepto y en el del místico la imagen clara de estas actitudes interiores. El primero, por los entrenamientos del sistema nervioso, del mental y de la voluntad, por los éxtasis que experimenta sintiéndose su propio jefe, forzando a una multitud de espíritus de todo orden para servirle y, en cierto modo, incorporándolos a él. El Amigo de Dios, por el contrario, no desea convertirse en un atleta espiritual, sino solamente cumplir a la perfección la Ley en la pequeña esfera donde la Providencia le ha situado. Los servidores que posee los son enviados y, como vienen del Cielo, su abnegación es espontánea, libre y total.

La historia del árbol bajo el cuál San Martín de Tours acostumbraba a rezar y que, aserrado subrepticamente por un criminal, cayó del lado opuesto al corte para no aplastar al santo, no es una leyenda; el espíritu de este roble había reconocido el espíritu del obispo piadoso. La copa de veneno rompiéndose entre las manos de San Benito muestra también la inteligencia de las cosas y su pequeña libertad. Numerosos hechos análogos muestran como el Cielo protege a los que tienen en Él una tranquila y valiente confianza.

*

¿Qué instrucciones prácticas pueden sacarse de estos precipitados esquemas?

La sabiduría ordena no buscar relaciones con los invisibles bajo ningún pretexto, incluso rehusar estas relaciones si algunos espíritus se manifiestan espontáneamente. Pero nosotros estamos lejos de la sabiduría, si no no habría por el mundo tantos cazadores de fenómenos psíquicos.

El espiritismo, incluso cuando da certezas experimentales, es una engañifa. Nunca una evocación ha ayudado a un difunto. Las prácticas espíritas niegan la bondad del Padre, pues es siempre la falta de confianza lo que nos empuja, abriendo una puerta, unas puertas, a todos los desequilibrios, fisiológicos y psíquicos, engendrando sólo la discordia en el reino de los muertos y volviéndonos ciegos a la Luz verdadera.

La magia es todavía más perniciosa. Puede obrar grandes maravillas, inclu -

so algunas veces cosas grandes en apariencia, pero es siempre una rebelión contra la Ley, puesto que la magia usurpa y saquea y todo hombre, salvo el hombre libre, sólo debe servir, someterse y dar. La magia blanca, la que no parece emprender más que buenas causas, es más peligrosa que la magia negra. El brujo, en efecto, no puede gran cosa, cuando él ha matado un rebaño, unos hombres o secado unas cosechas, no son más que daños físicos. Pero el mago, el hierofante de los libros de ocultismo, el ser que se cree muy sabio, muy puro, muy alto, que se dice un hombre libre, porque ha reducido a la esclavitud una cantidad de genios, porque incluso -ciertos autores no tienen bastantes alabanzas para tales crímenes- no ha tenido reparos en tomar, por medios secretos, los cuerpos de jóvenes robustos para prolongar durante siglos su propia existencia terrestre: un hombre así es nefasto, porque con la aparente belleza de su vida, lleva a los otros hacia el orgullo, hacia el egoísmo espiritual, hacia la inmovilidad, es decir, hacia una segunda muerte.

No busquéis jamás actuar sobre el espíritu de las cosas; no aceptéis jamás lo que Eliphaz Levi llama la transmisión de la vara mágica ¿No puede el Padre dároslo todo? ¿Y no os da ya cuando mostráis la fuerza y la sabiduría necesarias para el uso de Sus dones?

¿Queréis conocer las cosas secretas? Comenzad por tener bajo secreto inviolable los defectos del prójimo, y lo que éste os ha confiado ¿Queréis hacer milagros? Comenzad por ser dignos de los milagros que, veinte veces al día, la Providencia concede en vuestro favor y que no os dignáis ver ¿Queréis que los acontecimientos os obedezcan? Demostradles, renunciando a las ventajas personales de vuestras tristezas, que ellos no podrán nunca obligaros. Obedecer al Padre, hacer el bien, combatir los propios vicios: ésta es la receta más justa, más sana, más activa.

Sin recurrir a los artificios de las ciencias ocultas, fuera incluso de los ritos litúrgicos, la simple calidad, buena o mala, de nuestra vida moral basta para beneficiar o perjudicar el medio en el que estamos. La morada es pura si el habitante es puro. Puede que algunas cabezas ávidas de maravillas juzguen esta teoría demasiado simple, sin embargo la simplicidad es el signo de la verdad, el atributo del poder, el escenario de la Luz.

El conocimiento de estos invisibles nos está prohibido, porque ello comportaría un poder inmediato sobre la materia. Incumpliríamos así uno de los objetivos de la existencia: evolucionar el mundo material por el esfuerzo material. La evolución de la materia obtenida por dinamismos espirituales sería demasiado brusca y, por lo tanto, sin frutos.

Las teorías que os indico, por pueriles que parezcan, os aportan nuevos deberes; éstos no os procurarán, en recompensa, nuevos derechos más tarde. Dan una explicación nueva y, al mismo tiempo, muy antigua; en otros tiempos han dado a menudo coraje a los desanimados; deseo que os hagan todavía el mismo servicio.

*

El hombre ejerce pues, sobre los objetos en el medio donde vive, una influen-

cia real. Una silla agarrada con furia almacena la cólera; los utensilios de un ahorrador avaro propagarán la avaricia en casa de sus posteriores propietarios. Será lo mismo para los actos de un buen hombre, desde el punto de vista de los fluidos y sobre todo desde el punto de vista de los espíritus ¿Veís ahora lo inútil de cargar con las mil precauciones inscritas en las Leyes de Moisés o Manú? Comer en un plato ya utilizado, llevar ropas usadas, nutrirse de carnes calificadas como impuras, tocar los cadáveres, esto quizás manche, como pretenden los orientales, el cuerpo o el aura, pero no mancha ni el corazón ni el espíritu. Los hierofantes antiguos purificaban por el exterior, Jesús purifica por dentro. Una mesa nueva puede también haber sido manchada, por la pereza de un obrero, por la codicia del marchante, por la maldad del árbol del que han hecho las tablas. En todo caso, el rito no purifica por sí mismo más que el plano vibracional. Por el contrario, un objeto que hubiera servido para perpetrar el crimen más negro, si se emplea para hacer un acto de verdadera caridad, será, para su espíritu, una purificación perfecta.

La caridad, único deber del individuo hacia el resto del mundo, es innumerable en sus aplicaciones. No os burléis de nada: esto sería ofrecer una morada al espíritu de la denigración. No rompáis las ramas en el bosque, no matéis insectos, no destruid nada sin un motivo apremiante. Son sabios a su manera los que, en los extensos graneros de las residencias provinciales, amontonan todo lo viejo fuera de uso; estos antiguos servidores reposan juntos, como han trabajado juntos; no sufren la ingratitud humana; prestan todavía servicios a sus maestros, no materiales sino espirituales. Están unidos a la casa que les guarda las imágenes del pasado, las cadenas tradicionales, las líneas de los ancestros y los descendientes.

No queméis estos viejos testigos, no los disperséis, salvo para socorrer alguna desgracia; dejadlos volver dulcemente al polvo original.

Es por caridad que es necesario guardar los regalos voluminosos o ridículos: le damos cobijo a lo que otro no querría. Es por caridad que no hay que destruir los viejos retratos ni con el fuego ni con tijeras; ellos guardan siempre un poco de la vida de los que representan, aunque estén muertos. Enterrad estas fotografías desteñidas, la tierra es maternal. Por caridad no soplad a la lámpara o la vela, evitad la muerte súbita de los pequeños seres que fabrican la llama, ya que vuestro aliento expande la vida en vosotros, no lo obliguéis a dar la muerte en lo externo. Por caridad no zurzáis indefinidamente la vieja ropa blanca y los viejos vestidos, si podéis comprar nuevos; la Ley es que todo fluya y que todo se renueve.

*

No ahorréis ninguno de estos humildes esfuerzos, de estos oscuros sacrificios. Vendrá un tiempo en el cual os reencontraréis, en alguna de las blancas moradas del Padre, con todos estos humildes genios del hogar, con estos humildes servidores; y ante vuestra mirada emocionada volverá a pasar, del fondo de los siglos y los espacios, la escena familiar en la que habéis tenido un gesto de dulzura sobre estos testigos mudos, aunque vivos, de vuestra pequeña existencia terrestre.

Todas las oraciones que habéis pronunciado, en el silencio nocturno y la soledad de vuestra habitación cerrada, las escucharon los objetos alrededor vuestro, se nutrieron con ellas y guardaron su recuerdo. Las cosas tienen memoria, la psicometría lo prueba. Sabed que vuestros libros, vuestras pequeñas cosas, los árboles, en vuestro jardín o en el campo sienten vuestra presencia, comprenden un poco de lo que os pasa y esperan de vosotros una luz y una dirección.

Dadles esta luz, no buscando iluminarlos por vosotros mismos; vuestra luz propia es demasiado poca cosa. Pero esforzaos por tener en vuestro corazón la Luz misma del Verbo y seréis para todos estos seres un guía seguro. Para tener a Jesús en vosotros, ya sabéis lo que hay que hacer.

Apliquémonos en las tareas cotidianas, en los deberes inmediatos, en los trabajos que podamos comprender y dejemos las tareas lejanas, abstractas, demasiado difíciles, a los que crean poder hacerlas.

LOS FANTASMAS NOCTURNOS Y LAS VISIONES SOBRENATURALES

“Todo se dice en parábolas, para que, mirando, miren y no vean; oyendo, oigan y no entiendan...”

(Marcos 4, 12)

Durante un tercio aproximadamente de nuestra existencia, nuestro ser consciente es condenado al reposo. El discípulo, que tiene un cuidado escrupuloso de no perturbar nada en la Naturaleza y de utilizar todos los recursos que ésta nos ofrece espontáneamente, transforma estas horas en trabajo espiritual. Es el método de esta transformación lo que yo quisiera explicaros hoy.

Los materialistas enseñan que los sueños son, o de origen fisiológico: mala digestión, mala circulación, o de origen mnemónico: recuerdos, conscientes o inconscientes, asociaciones de ideas por series discordantes. Hay, en efecto, sueños producidos por estas causas y que no poseen ningún valor espiritual, pero hay muchos que tienen un origen objetivo, exterior a nosotros y que contienen un sentido profético iluminador o taumatúrgico. Éstos son los sueños propiamente dichos; la Escritura está llena de ejemplos.

Empezaremos primero por ver el fenómeno del dormir, después el mecanismo del sueño; a continuación, buscaremos donde se despliegan las escenas soñadas; estudiaremos los efectos de los sueños, sus significaciones y al final la manera de prepararse para recibirlos verdaderamente.

*

No es útil detallar todos los sistemas complejos, elaborados por las diferentes escuelas esotéricas, sobre la constitución del hombre. Veamos los más sencillos.

Además de su cuerpo físico, que por sí mismo sólo es materia inerte, tres principios se reúnen en el compuesto humano:

- la vitalidad, el od, el magnetismo, el doble;
- el espíritu, intermediario en parte consciente por las facultades sensoriales y mentales, en mayor parte inconsciente por todos los órganos de relación con el Invisible; es el asiento del yo, de la voluntad, del libre arbitrio;
- el alma, centella eterna, no creada, luz del Verbo, actualmente atenuada pero que toma todo su esplendor en el momento de nuestro nuevo nacimiento místico.

Durante el día es el espíritu consciente quien gobierna mediante la fuerza nerviosa cerebro-espinal; durante la noche, esta fuerza se agota, el consciente reposa, mientras que los acumuladores se recargan por el cerebelo; el espíritu inconsciente, si se puede llamar así, se aleja del cuerpo, a veces incluso se divide;

y los actos que efectúa, los encuentros que tiene, las escenas a las que asiste, sólo se transmiten a la consciencia si queda en el cuerpo y, sobre todo en el cerebro, bastante fuerza nerviosa para registrarlos. Así, se sueña constantemente, pero se recuerda raramente.

Este espíritu, intermediario entre el alma y el cuerpo, no es un halo, un aura, un huevo fluídico; es un verdadero organismo, más complejo y delicado que el cuerpo de carne y cuyas numerosas propiedades se asientan en localizaciones diferentes. Posee unas funciones de nutrición, respiración, inervación; órganos de locomoción y percepción; una inteligencia, libre arbitrio y cada una de estas facultades se corresponde con partes del cuerpo físico. Incluso el músculo aumenta en razón del trabajo medido que se le impone; también este espíritu se desarrolla por los ejercicios que le son propios: ambiciones, inquietudes, esfuerzos volitivos, virtudes, vicios. Las prácticas artificiales del esoterismo lo incrementan también, pero de una manera precipitada y anormal. De todos los trabajos del espíritu, sólo la lucha contra el egoísmo lo afina y purifica.

Igual que, en el cuerpo de carne, entran por la alimentación y la respiración moléculas de todo orden, así, en el espíritu entran, se reparten, se instalan, viven y mueren toda clase de espíritus subordinados. Estas visitas producen en la consciencia las intuiciones, ideas, sentimientos, descubrimientos, haciendo posible los acontecimientos de la existencia, las enfermedades, los reencuentros, participando en la producción de los sueños.

*

Durante el sueño, el espíritu se aventura más o menos lejos. Cuando va a un país desconocido, se encuentra extraño, pues ni sus propios elementos ni las células corporales tienen afinidades con las cosas de esta región. Es hermoso mirar, instruirse, ir y venir, pero el cerebro no puede llevar nada a la consciencia de estas investigaciones, pues sus moléculas son incapaces de registrar los mensajes que no las hacen vibrar.

Cuando el paseo es corto, por el contrario, los objetos son más familiares, la experiencia se registra.

Hay que decir que estas excursiones pueden muy bien tener lugar durante el día, pero entonces no se perciben, porque la fuerza nerviosa está casi por entero empleada en los actos de la consciencia, y también porque nuestro cerebro no es bastante robusto para soportar una doble tensión, ni nuestra voluntad tan calmada como para resistir los nuevos deseos que harían nacer esta segunda vida.

El sueño reemplaza ventajosamente todas las invenciones por las que la ciencia esotérica establece las relaciones voluntarias del hombre con el Invisible. Es un fenómeno normal, sano, al alcance de todo el mundo, no exige un género de vida especial. Además, la Naturaleza le prepara con cuidado las mejores condiciones, el medio es organizado en vistas de nuestra instrucción nocturna como es organizado para nuestra subsistencia corporal. Durante la noche la circulación magneto-telúrica cambia, la atmósfera es despejada de ciertos elementos demasiado activos, la luna reemplaza al amarillo sol, otras órdenes de genios se

acercan a la tierra; el suelo, el mar, los árboles, los animales emanan un aura especial y ejercen una influencia propicia en la claridad del espíritu.

Todo puede volverse causa de un sueño: ángeles, dioses, demonios, difuntos, clichés, imágenes del pasado, fluidos desplazándose en los espacios interiores, los espíritus de las cosas y de los seres vivos, las imágenes de lo que tiene lugar, en ese momento, y de todo lo que ocurrirá hasta el fin, en una palabra, la Vida entera puede quedar reflejada en el espejo translúcido de la imaginación.

Pero los factores del sueño más frecuentes son los clichés del destino personal y las visitas de los miembros de la familia espiritual.

Nuestro yo central se vuelve a unir, lo sabéis, al corazón del Universo, al plano del Verbo. Estamos agrupados por familias. Cada uno de estos grupos, en los cuales todos los miembros se parecen, incluso corporalmente y, por consiguiente, hacen trabajos idénticos, siguiendo la misma ruta. Así, por ejemplo, el mayor de la familia a la que pertenezco posee, con más perfección, las mismas facultades que yo mismo; él encuentra clichés diversos, pero más pronto que yo; él puede haber recibido el cliché de la tuberculosis hace treinta o cincuenta años, mientras que yo lo encuentro hace diez años. Desde el punto de vista de Sirio, esta diferencia es insignificante, pero si yo estoy ya sobre la tierra cuando mi jefe de filas se ha vuelto físico, puedo en sueños sentir un dolor en el pulmón, para prevenirme de la prueba todavía lejana.

No se sueñan pues más que cosas que poseen en nosotros una delegación, una célula física o psíquica de la misma naturaleza. Para que un cliché me afecte, hace falta que encuentre en mí un punto donde agarrarse; el sueño es este contacto. Es por esto que el solo hecho de ser advertido de una prueba disminuye el rigor o aumenta nuestra resistencia; las miríadas de pequeños genios cuyo trabajo nos hace vivir se inquietan, preparándose para la defensa y yendo por todos lados buscando ayuda.

Así el ser del hombre guarda los gérmenes de todas las alegrías, todas las desgracias y de todas las prerrogativas. Su dignidad es pues muy alta, su misión seria y sus responsabilidades pesadas.

*

El sueño, observado desde el plano físico, tiene tres valores: uno, de profecía, otro de instrucción y el tercero de taumaturgia.

Es profético cuando está producido por el cliché de un acontecimiento futuro. A lo que hemos dicho sobre los clichés, añadimos que nuestro espíritu puede o recibirlos o simplemente verlos. En el primer caso, habrá un presagio personal; en el segundo una indicación fortuita que sólo interesará al durmiente de forma leve.

El sueño puede instruir, proporcionar una información, incluso de ciencia positiva, revelar secretos naturales, resolver una dificultad de mecánica, dar una iluminación. Pero un sueño no nos informa jamás sobre la moral de alguien, antes de que seamos maestros de nosotros mismos y conservar a pesar de todo los sentimientos de indulgencia, justicia y benevolencia. En efecto, la traición, la doblez sólo nos atacan cuando lo hemos merecido por nuestra conducta

anterior. Escamotear una prueba es un mal cálculo, pues habrá que sufrirla tarde o temprano.

La actividad del sueño se transmite a veces al plano físico. A fuerza de controlar los impulsos nerviosos, pasionales o mentales, a fuerza de someterlos a la Ley de Cristo en la esfera de la consciencia, el poder volitivo llega a las raíces secretas, en la esfera del inconsciente. Se consigue autonomía en medio de los sueños más movidos, se puede reflexionar, juzgar, actuar, como en lo físico, con toda la presencia del espíritu.

Entonces el hombre interior se vuelve responsable y los límites de su acción se extienden singularmente. Y como este estado físico no es accesible más que si nuestro corazón ha penetrado el corazón universal: el Verbo, las acciones del sueño repercuten sobre lo físico, a causa del poder que le confiere esta penetración. Se reciben relaciones con los ángeles, se les dirige, se ordena con el permiso del Cielo; se puede curar, dar suerte, evitar un accidente. Tal es la primera escuela de la teurgia.

El cerebro es aparato nervioso por entero, la vida física se afina progresivamente, la materia pesa menos y llega el día en que el sueño no es indispensable para registrar en la consciencia las actividades espirituales. Se acaba por percibir simultáneamente el mundo físico y uno de los mundos invisibles, se es entonces, como dicen los brahmanes, un Dwidja, un nacido dos veces, un hombre de doble consciencia. Sin embargo, sabedlo bien, sólo el discípulo perfecto del Evangelio percibe el reino central del Invisible, donde habita realmente el Verbo Jesús.

El cumplimiento de los preceptos cristianos es la única puerta de esta morada misteriosa, y la humildad más profunda es el único alimento que puede sostener al organismo sometido a esta doble tensión; ningún régimen, ninguna droga, ninguna disciplina humana permite a la Luz eterna penetrar el ser del discípulo y regenerar hasta la médula de sus huesos. Sin embargo, cuando un aviso es urgente, el Cielo se las arregla para transmitírnoslo, incluso durante la vigilia o en el torbellino de los asuntos, no importa dónde. Así ocurre con algunos fenómenos de telepatía, clarividencia o apariciones.

*

¿Cómo interpretar los sueños; comprendemos los que vienen del puro Espíritu?

Son ayudas; hay que intentar comprenderlos para poder utilizarlos. Quizás podríamos preguntar porqué el Cielo no nos da estas informaciones bajo una forma más inteligible. Para hacernos trabajar, para hacernos aprender una lección ignorada y que nos sería indiferente si la curiosidad no nos aguijoneara, para llevarnos hacia la Vida, ya que la tendencia orgullosa del mental nos desvía insensiblemente. La lengua del sueño es la lengua universal, la lengua de la vida. Los sencillos la comprenden, porque están más cerca de la realidad, porque están contentos de vivir. De todos los sencillos, el místico es quien descifra mejor este lenguaje y quien, además, le habla, porque es él quien vive con más profundidad y más intensidad.

Los seres complicados, por el contrario, de cultura artificial, embrollados en los sistemas, en las abstracciones, en los juegos metafísicos, no perciben la Vida, sino solamente su reflejo mental.

La ciencia de los sueños es pues intuitiva, una ciencia del corazón, un arte como el hablar. Ejercitarlo es un trabajo excelente para la inteligencia, para la imaginación, nos hace progresar en el conocimiento de nosotros mismos. Pues, si la medicina hipocrática anotaba cuidadosamente los sueños de los enfermos, la vida del sueño aclara también de la mejor forma los pliegues del ser interior y las imágenes del inconsciente.

Las noches en las que creemos no haber soñado, o tenemos sueños que no comprendemos, contienen casi siempre una fuerza muy activa. No se asimila lo que nos es lejano, así, la unión divina es difícil, porque estamos lejos de Dios. El discípulo de Cristo no tiene casi nunca para conducirse más que las tinieblas de la fe.

Para juzgar bien los sueños divinos, hay primero que vivir en el entorno de la Verdad. Nada en nosotros es puro, ni el corazón ni los nervios, ni el principio pensante; ninguna percepción es pues absolutamente exacta. Además, el mal que emana de nosotros vicia la segunda atmósfera a nuestro alrededor y deforma los objetos. En la mayor parte de los casos, el durmiente no ve con exactitud, no oye bien las palabras de sus visitantes espirituales; los medios que separan los espíritus de los hombres del plano de la Verdad dan siempre refringencias, y nuestros sentidos, corporales o espirituales, sólo nos procuran certezas aproximadas.

Por consiguiente, al interpretar los sueños, hay que guardarse de los temores supersticiosos y recordar que somos velados por el Cristo con la solicitud más tierna y más vigilante.

En segundo lugar, tenemos que apreciar la profundidad del sueño. Igual que, cuando trabajamos, solamente algunas partes del ser trabajan mientras que el resto está distraído, el cuerpo no duerme nunca por entero. Además, el espíritu puede escindirse, uno de sus órganos puede descender a las entrañas de la tierra y otro ir hacia China. El espíritu del cuerpo físico no es más que el cuerpo del espíritu total, cada víscera tiene su espíritu, el espíritu de un brazo puede salir de un lado, el espíritu de la cabeza, de otro. Todos los encuentros, producidos en lugares tan diferentes, impresionan el cerebro si encuentran una célula receptiva; si estas impresiones son simultáneas, los sueños se superponen; el durmiente sueña una escena y, en esta escena, hay un segundo sueño. De esta forma, he visto hasta diez o doce sueños superpuestos. Si se tiene calma se recordará, si no se confundirá todo en una mezcla incoherente. No es fácil explicar los propios sueños, y también vemos cuán embarazosos pueden ser los sueños de otro.

En tercer lugar, habrá que conocer las relaciones biológicas del durmiente, discernir las afinidades de cada una de las partes de su individualidad con los tres reinos, con otros hombres, con su país, su religión, su planeta. Esta condición es muy difícil de cumplir, pero el común de los hombres puede, sin ella, adquirir una intuición suficiente para las necesidades ordinarias; en el caso

excepcional de un discípulo destinado a una misión especial, se encuentra siempre junto a él uno más avanzado para instruirle.

Hay dos grandes clases de sueños: los que provienen del temperamento y los que responden a la preocupación dominante. El hombre interior, en efecto, recibe la influencia de los elementos y los planetas, del *Spiritus mundi*, como decían los hermetistas, y su voluntad imprime al temperamento una dirección conforme a su ideal: búsqueda de fortuna o de honores, ciencia o la pasión.

Si un pintor sueña la misma escena que un químico, por ejemplo, el sentido de la visión diferirá; ver un curso de agua presagia cosas distintas a un político o un ama de casa. Además, cada persona, a causa de su misma individualidad, a causa de la calidad central de su yo, comunica con un centro diferente del Invisible. Un tercer factor es la diversidad de los simbolismos. Es el obispo Sinesio quien menciona esta importante particularidad. Esto obliga a cada uno a construirse un diccionario personal. Pero si se sigue a Cristo con todas las fuerzas, la parte de la Naturaleza se reduce al mínimo, en los sueños como en todas las actividades, mientras que la parte de lo sobrenatural aumentará.

Este apunte es capital para nosotros, que estamos consagrados al estudio de la Luz evangélica. Porque buscamos a Dios a través de nuestros trabajos y nuestros temperamentos individuales, no nos evadimos de los dominios de lo natural. Al ser nuestra búsqueda ardiente, sincera y desinteresada, menos poder tienen sobre nosotros las cadenas de la materia, las rutas astrales y los satélites de los dioses. La llama de nuestra devoción al servicio de Jesús, libera todos nuestros organismos. Por eso, durante las noches, no son más los habitantes de tal reino elemental, de tal planeta, los que vienen a visitarnos, sino los servidores particulares invisibles del Verbo. Las fuerzas que recibimos no descienden más de tal o cual orden creado, llegan en línea directa del mundo central vivo de la Luz, la Verdad y la Vida.

Como consecuencia, la interpretación de nuestros sueños es especial. Deriva de una ley primitiva, a saber, que la vida de la Materia es siempre opuesta a la del Espíritu. Una es el egoísmo, la lucha por la vida, la terrestre, otra es el amor, el sacrificio, lo celeste. Así, a los ojos del discípulo del Evangelio toda felicidad mundana es una desgracia divina, todo sufrimiento corporal es una alegría espiritual e, inversamente, si se llora en sueños, si nos apenamos, si se nos daña, serán placeres, sonrisas y éxito para la personalidad exterior.

El soldado del Cielo es instruido directamente por la Verdad, dejadme decirlo. Es el Verbo Jesús quien le conforta y le enseña. Ningún grano crece sin que la porción de tierra donde se sembró sufra al proporcionarle el alimento necesario. El hombre natural es la tierra; la chispa del Verbo en nosotros es la semilla. Para que esta luz se vuelva llama, hace falta que su envoltura, la personalidad, se deje consumir.

Para nosotros que no buscamos satisfacer ni las codicias del cuerpo, ni las curiosidades de la inteligencia, sino solamente el instinto sagrado del encuentro divino; para nosotros que sólo nos preocupan los estremecimientos silenciosos de la regeneración mística, que nos esforzamos en renunciar al yo, que nos nutrimos de un solo deseo: Jesús y Su Reino, los sueños se revisten de gravedad y profundidad, pues son las visitas de los amigos de nuestro Amigo.

Para los sinceros discípulos que queremos ser, es muy lógico que, por ejemplo, los sueños de cantos, música o danzas presagien dolores morales; los sueños fúnebres, los muertos indican una próxima transformación interior, más o menos completa; los seres bajos, los objetos repulsivos indican el éxito material; la escuela, la iglesia, el convento, los sacerdotes, los monjes significan una prueba purificadora, iniciación práctica. Ver a Cristo, aunque sólo en imagen, es un gran sufrimiento; el que conversa en sueños con Cristo, o que recibe algo de Él, una moneda, un vaso de agua, puede alegrarse: va a dar un gran paso hacia la perfección, va a sufrir uno de los dolores que Cristo ha sufrido. Acciones simples, como sembrar, subir una cuesta, descender, ir en coche, vías de tren, recibir la lluvia, son referentes al curso diario de la existencia y se explican ellas mismas. El automóvil indica un avance gratuito. Los animales o los hombres negros son siempre peligrosos, igual que los gigantes o los monstruos. Para el verdadero discípulo, el perro es un amigo, el caballo un mensajero, el león un protector.

Si el discípulo está prevenido, como os decía hace un momento, en guardar plena posesión de sus facultades durante el sueño, llega a colaborar en uno de los grandes trabajos místicos, el de Labrador o el de Soldado. Permitidme decir algunas palabras sobre estas dos importantes funciones, que algunos de entre vosotros pueden un día ser llamados a cumplir.

*

La gran batalla que se libra desde el comienzo del mundo entre la Luz y las Tinieblas tiene por árbitro al Padre. El jefe de la primera armada es Cristo, el jefe de la segunda es Satán. El uno y el otro tienen del Padre su inteligencia, su poder, sus soldados; sus fuerzas son iguales, pero el Cristo tiene algo más que el Adversario, algo muy difícil de concebir, se podría llamar una ventaja: la sabiduría, si comprendemos todo el alcance de esta palabra. El arma del Cielo es la dulzura. Sus soldados dan todo lo que poseen: dinero, amistades, ciencias, hasta su vida. El arma del Infierno es la cólera, sus soldados hieren, roban y matan.

Esta batalla mística es conocida en todas las tradiciones.

Otro aspecto del drama cósmico es la agricultura. Por donde los soldados de las Tinieblas han terminado de destruir y en todos los lugares donde los soldados del Cielo han regado con sus lágrimas y su sangre, aparecen los sirvientes de labor del gran Sembrador. Su trabajo es misterioso, preparan la obra definitiva; Juan Bautista es su jefe. Por sus cuidados, el Reino de Dios se agranda insensiblemente, los desiertos se fertilizan, los matorrales de espinas se cubren de flores y frutos, las sendas apenas visibles entre la vegetación se vuelven rutas derechas y llanas. De tal forma que, en el apaciguamiento final, el Pacífico podrá mostrarse en el gran sol, y que se mantuvo escondido durante siglos innumerables, cuando Él fue el coraje de todos Sus soldados y la perseverancia de todos Sus labradores.

Estos dos ejércitos, estos dos pueblos tienen sus jefes. Hemos dicho cuáles

son sus monarcas; cada uno es representado sobre cada planeta: Satán por el Príncipe de este mundo, Jesús por el Señor de este mundo. El Príncipe centraliza todo el mal que se comete aquí abajo, el Señor cosecha todas las oraciones y todo el bien que se hacen. Algunos hombres, los de más mérito y más humildes, reciben la visita de este Señor, general entre los soldados, maestro entre los labradores, amigo de Dios y unido a Cristo de tal forma que tiene su aspecto, a veces incluso corporalmente⁶.

Pues el Señor de este mundo, y también el Príncipe, se revisten, cuando lo creen útil, de un cuerpo físico; ellos van y vienen en la vida, como uno de nosotros y muchos los frecuentan sin reconocerlos. Felices los que descubren la identidad de este Señor bajo la apariencia de la cual se reviste. La mayor parte de los discípulos crísticos sólo se le aproximan en espíritu; él se presenta entonces bajo una forma familiar, pero con atributos que ninguna otra criatura podría llevar, el Cielo no lo permitiría. El no toma la figura de Cristo más que en casos muy raros; la inmensa mayoría de las apariciones de Cristo a gentes despiertas, extáticos o durante el sueño, no son verídicas; son servidores que han tomado el manto de su Maestro.

Todo esto no os será sin duda de una utilidad inmediata. De algunos cientos de personas que me habrán escuchado, quizás sólo una podría comprenderme; una sola quizás se pondrá al verdadero trabajo, al único necesario; es por ésta que doy estos detalles y aunque hablara diez años al vacío, lo haría con alegría si, el undécimo año, encuentro un corazón maduro para la acción.

Termino esta larga incursión en los dominios secretos del misticismo.

El discípulo para aprovechar estas colaboraciones celestes debe ser sencillo y uno; debe habitar el reino de la Paz. El fenómeno del sueño no le aparece como algo excepcional, a sus ojos, es uno de los modos de la Vida; es la misma cosa que la vigilia, es el complemento, la contrapartida, la prolongación. Él interpreta las circunstancias materiales, pues todo el universo es para él la expresión del poder y la voluntad divinas. No percibe las divergencias, sino las concordancias; no las similitudes aparentes, sino las identidades profundas. Mejor que el ocultista, él sabe que todo se corresponde, que cada molécula de su cuerpo posee una afinidad con tal fenómeno, tal genio, tal ciencia, tal planeta, tal tentación, tal virtud. Sabe que las imágenes invisibles pueden entrar en el mental por muchas puertas: por el espíritu del dedo, del hueso, como también por el del cerebro. Cuando él se pelea en la noche contra los negros adversarios, no se sorprende a la mañana siguiente de sentir físicamente las agujetas y las contusiones; si algún Amigo secreto le reconforta con un brebaje o un maná, no se sorprende de no sentir el hambre ni la sed, quizás en varios días.

Así, ya lo veis, hay una enorme diferencia entre las visiones superficiales, naturales, que atraviesan nuestras noches y las actividades místicas que ocupan a algunos individuos de élite ¿Cómo adquirir estas prerrogativas conocidas en teología bajo el nombre de visiones, éxtasis, raptos, cómo merecerlas? No se debe buscar adquirirlas, pues el verdadero cristiano se entrega para todo a su Maestro; no se puede merecerlas, pues todo lo que viene del Cielo es gratuito, ningún esfuerzo puede pagar los dones de Dios. Lo que es posible es ponerse en

⁶ Se encuentra algo análogo en el misticismo musulmán.

las condiciones menos desfavorables para recibir estas ayudas.

*

El sueño es un fenómeno bastante importante para ser digno de alguna preparación. Es el momento de actividad interior más alta. El espíritu del hombre piadoso sube entonces a las regiones más elevadas que es capaz de alcanzar, descendiendo en el despertar; pero, sin preparación, no subirá hasta el límite de su fuerza ascensional.

Primeramente, ¿cómo dormir?

Se le debe dar al cuerpo el tiempo de reposo necesario. El sueño antes de medianoche es el mejor. La cama debe estar dispuesta con la cabecera al norte o al este. El color general de la habitación, las cortinas, las mantas dan más calma si el azul o el malva dominan y dan más fuerza si domina el amarillo imperial. Es bueno que las ventanas estén abiertas y las cortinas echadas. No dormir con una luz que dé directamente sobre la cabeza. Una cena frugal y una gran limpieza antes de meternos en la cama. Todo esto en lo material.

En lo espiritual, hay dos preparaciones; una general: la buena conducta según el Evangelio; otra inmediata: la oración sólo a Dios. La oración dominical es suficiente, pero podemos modificar la cuarta petición, diciendo: "El pan nuestro de *cada noche* dánosle hoy". Entonces, el Padre, Señor de todos los seres, incluso aquellos cuyo acercamiento es temible, nos escuchará.

Él nos envía Su clemencia evitándonos las contaminaciones espirituales, que nuestras faltas del día nos atraen. Nos envía Su protección, apartando las posibles acciones de ciertos parasitarios invisibles. Su misericordia y Su ayuda son ángeles reales que aseguran la integridad de nuestro espíritu vital y el comercio con la Luz de nuestro espíritu psíquico.

El "pan de cada día" comporta todas las demandas posibles, pues todo lo que puede recibirse espiritualmente nutre alguno de nuestros cuerpos invisibles. Pero, para que nuestros sueños sean más sanos, más útiles, más fructuosos no los pidáis extraordinarios ni que traten de cosas misteriosas. Pedir que os ilumine sobre vuestras faltas del día, sobre vuestros trabajos para el día siguiente, que os muestre los mejores métodos para llevarlos bien. Esto es la sabiduría práctica, pues estamos aquí para cumplir el deber cotidiano.

Seguramente habéis observado que fuisteis buscadores sin salida, si habéis pasado varias noches en encontrar la solución de un problema o el medio de salvar un obstáculo y que, no encontrando nada, habéis confesado ante vosotros mismos, o ante Dios, vuestra ignorancia y vuestra impotencia y que la dificultad se ha resuelto sola, en algunos días, en algunas horas incluso. Vuestras inquietudes eran una oración, oración viva, y, por tanto, oración poderosa. El Cielo os ha respondido desde que habéis querido poner os en la calma necesaria.

En efecto, somos unos tiranos; hace falta, cueste lo que cueste, que nuestras facultades, nuestra vida funcionen siguiendo las opiniones que nos hemos construido. Ocurre a menudo que ellas no pueden plegarse a estas exigencias, como una locomotora no circularía por un camino. Hay que dejar entonces descansar a nuestros órganos psíquicos. No quered a toda costa tener sueños,

no tiranizada nada en vosotros. Pedid al Cielo, no empleéis jamás drogas, ni talismanes, ni ritos mágicos para provocar sueños reveladores.

No somos maestros de nosotros mismos durante la vigilia, con más razón tampoco durante el sueño; necesitamos pues del auxilio contra posibles enemigos, una dirección, un escudo. No intentéis, bajo el loable pretexto de ayudar a los demás, salir en cuerpo astral, no tenséis vuestra voluntad hacia estos trabajos. Decid a nuestro Amigo: Tomadme si puedo ser bueno en algo; si no, dejadme en mi ignorancia y mi torpeza.

Cuando, en la noche, algún genio aparece, hay que acogerlo con la cordialidad que da la confianza en Dios; pero esta seguridad, ya rara en el plano físico, es muy difícil de mantener durante el sueño. Decid sobre todo a vuestro visitante que no lo habéis llamado, pedidle que reconozca a Jesús, Hijo de Dios encarnado; y no sigáis su consejo, no utilizad su información después de un cuidadoso examen. Pues hay que tener una extrema prudencia en nuestras relaciones con el Más Allá; se encuentran todavía más que aquí, usurpadores y simuladores. Muy a menudo los obreros de las Tinieblas son bellos y saben seducir. El Cristo no tiene miedo de proponernos, con la sencillez de la paloma, la prudencia de la serpiente. Y este consejo mismo de prudencia me prohíbe daros ejemplos prácticos: sería abrir una salida a tales enemigos emboscados.

Si se quieren recordar los sueños, primero hay que pedirlo al Cielo, antes de dormirse, entonces, desde que el sueño termina, se estará despierto algunos segundos necesarios para tomar nota en dos o tres palabras. Poco a poco la memoria se habituará. Pero, si somos negligentes, el ángel no nos despertará más. Es importante dormirse con la serenidad más perfecta posible; no se puede obtener más que por la oración este olvido momentáneo de las angustias, las codicias, los remordimientos, los sufrimientos. La calma es necesaria para dormir bien, para acordarse de los sueños y para comprenderlos. Cuando los tenemos ¿no nos parecen muy naturales y muy lógicos? Entonces podemos comprenderlos.

Así nos habituaremos suavemente a reconocer si el sueño es personal o alegórico, si se relaciona con la ciencia, la religión o la patria, si tiene un valor profético o actual, si concierne a un amigo, al pasado o al porvenir; si es clarividente o telepático o una visión.

*

Aunque os he hablado largamente sobre este tema, que no tiene el aspecto de ser muy serio, no penséis que lo considero como esencial. El Cristo ama alentarnos, Él nos da la esperanza en medio de una enfermedad, una alegría o un sueño, Él es el maestro de Su decisión. Considerar los sueños como estupideces o preocuparse demasiado son dos errores. Hay que recibirlos con atención y reconocimiento, como lecciones benevolentes y decirse al mismo tiempo que nuestros vicios y nuestros defectos nos impiden entender perfectamente estas explicaciones. Cuando se trabaja para realizar el Evangelio, se puede esperar que uno o dos por mes de nuestros sueños serán verídicos, descendidos del Reino eterno. Es un pequeño resultado, pero es un resultado. Somos débiles todavía, el Cielo no puede ofrecernos un alimento demasiado rico, no lo

asimilaríamos. Él nos administra pequeñas experiencias, proporcionadas a nuestra debilidad, pequeños trabajos que no cansan nunca nuestra versatilidad. Todo es admirable ante la mirada piadosa del discípulo, todo espectáculo le es elocuente, puesto que le habla de Dios. Admiremos los cortejos de los sueños; ellos nos encaminan hacia una adoración más inteligente y más profunda.

LAS BENDICIONES DE LA MUERTE

“Lázaro, nuestro amigo, duerme;
pero voy a despertarlo”.

(Juan 11, 11)

Si nosotros somos, de hecho, espiritualistas, si conformamos nuestros actos a nuestras creencias, el Reino de los horrores pierde a nuestros ojos su prestigio de pavor y su halo de misterio, lo que trae consigo un alivio, un paso adelante, la entrada en un mundo nuevo. Miramos entonces a la Parca con toda serenidad acogiendo con una sonrisa su inevitable visita, pues es de Dios de donde tiene su poder, y su fuerza es una de las formas de la fuerza del Verbo. El miedo que los hombres sienten en su presencia, si alguna embriaguez no los saca de ellos mismos, es totalmente física y tiene su origen en la inercia de la materia. Los viejos sufren más que los jóvenes, porque los espíritus corporales, habituados a este mundo, a esta luz, a esta atmósfera, a los objetos familiares, temen perder todas estas cercanías habituales, temen lo desconocido que ellos presentan y se agarran desesperadamente a esta cáscara oscura que es su casa. Pero el yo conserva en general más calma, y las contracciones últimas, que impresionan dolorosamente a los espectadores de la agonía, no son, en su mayor parte, más que automatismos físicos.

Los fenómenos de la muerte son por así decir desconocidos. Tal afirmación parecerá sin duda excesiva a investigadores como vosotros, Señores, que estáis familiarizados con las enseñanzas de las religiones y los misterios de las iniciaciones. Lo que quiero decir es que el lugar donde se efectúa la partida de las almas está escondido, el aire del país de los muertos es malsano para los vivos. Experimentadores tenaces han podido aproximarse y percibir algo a través de una grieta del muro, cuando los guardias les habían dado la espalda; pero lo que ellos han visto es incompleto, no se pueden captar más que algunos detalles aislados, una silueta entre la multitud, una sílaba entre mil palabras. A pesar de esto, la pequeña información parcial, incompleta, les ha bastado para construir unos sistemas admirables, de donde tanta gente ha sacado el coraje para morir, el heroísmo más difícil para vivir y que nosotros, todavía hoy, estudiemos todo ello con una sorpresa respetuosa.

No quiero incitaros al desdén hacia estos viejos rishis, patriarcas, hierofantes cuya gran labor impone la deferencia, sino solamente decir que la descripción exacta y completa de la muerte no está escrita en ninguna parte. Se ha dicho que las pruebas de los misterios antiguos consistían en el pasaje consciente del neófito a través de las Puertas de las sombras; sí, el iniciado conocía la muerte como se conoce una ciudad a partir de la visión de una fotografía. Sólo puede hablar de lo que pasa en el reino de las sombras quien ha entrado por la puerta y sólo entra legítimamente quien ha recibido la llave de la vida; es el hombre libre.

Esta tarde escucharéis sólo las nociones elementales, aunque yo las creo exac

tas. No os pido que las aceptéis sin control, bien al contrario; y esto es posible pues es verificable por cualquiera que pida a Cristo que le instruya directamente.

*

Hay diferentes especies de muertes, pues hay innumerables formas de vida que se suceden, se reemplazan y se transforman todas mutuamente. En cuánto a los hombres, se pueden distinguir las muertes interiores, espirituales, psíquicas, y las muertes exteriores, fisiológicas. Las “noches” del misticismo católico son muertes, una iniciación, un bautismo comportan una muerte previa, pues son renacimientos. Pero en cuanto a la muerte corporal, consiste únicamente en la partida del espíritu.

Así, ciertos individuos van y vienen, ejercen su profesión, parecen vivir en una palabra, pero su espíritu ha abandonado el cuerpo hace ya tiempo; es la vida inteligente de la materia la que hace marchar la máquina. Cuando sobrevenga la muerte física, cuando el espíritu corporal se vaya a su vez, sólo sus padres y sus amigos quedarán afectados; su yo apenas comprenderá.

Otros casos menos extraordinarios se encuentran cuando el espíritu de un hombre vivo está en parte exteriorizado en el Invisible a la búsqueda de un ser con el que quiere unirse. Este desplazamiento, que puede producirse unos años antes de la muerte, no tiene otros efectos más que una debilidad física y mental más aparente que en el caso precedente, porque el sistema nervioso vegetativo no puede retomar su autonomía mientras el espíritu se aleja parcialmente. En efecto, es sobre todo el espíritu el que fatiga las envolturas, físicas y otras, de las cuales se sirve para actuar; se ve a menudo un gran vigor corporal en seres débiles de inteligencia o privados de razón.

Cuando la hora de la partida se aproxima, el ángel de la muerte -Azrael lo llaman los cabalistas, Yana los brahmanes- desciende en la habitación fúnebre. A decir verdad, no viene él mismo; el taciturno mensajero sólo se aparece a los raros hombres bastante intrépidos para enfrentar el resplandor diamantino de sus ojos nunca cerrados, a los seres cuyos desplazamientos revolucionan el mundo, a los desconocidos misteriosos cuya mirada está poseída por las magnificencias de la eterna Luz. En general, es un genio subalterno quien se queda a la cabecera del moribundo. Después otros dos espíritus se presentan, que anotan el bien y el mal que hizo en ideas, palabras y actos; llegan todas las criaturas con las que fue bueno o malo; todas están allí, desde la piedra hasta el dios, las briznas de hierba, los animales, los humanos vivos y muertos, los invisibles, todos dispuestos a testimoniar o a reclamar justicia.

Es por esto que la agonía de los malvados es tan penosa. El espíritu se espanta, sobre todo en sus regiones corporales; corre enloquecido por todos los rincones del cuerpo, buscando ayuda y, desgraciadamente, el amor de los que quedan es demasiado personal, demasiado utilitario, en el mejor de los casos, para ofrecerle el auxilio que necesita. El moribundo no puede ser ayudado más que por una fuerza más tranquila y más alta; la encuentra, por lo general, en el socorro de la religión.

Uno de los efectos remarcables de las ceremonias religiosas es justamente tender un puente entre tal rincón del visible y tal círculo del invisible. Todas las religiones prescriben ritos funerarios y, si tuviéramos tiempo de analizar estos numerosos códigos, amontonaríamos bastante rápido un montón de documentos muy curiosos. Pero ¿cómo separar lo verdadero de lo falso?.

En lugar de estudiar los usos de los pueblos distintos a nosotros por la época, la distancia o su mentalidad y la naturaleza de su evolución, habituados a unos esfuerzos que la diferencia de los medios invisibles nos haría imposibles, observaremos lo que está a nuestro alcance, lo que ha sido organizado para nosotros, para nuestro país, para nuestros siglos y por hombres de nuestra raza.

Quisiera recordaros los ritos del sacramento católico de la Extremaunción, intentar extraer su sentido y comprender los efectos sobre el pobre espíritu desorientado que se escapa de la prisión de este cuerpo al cual había acabado por acostumbrarse tan cómodamente.

*

Primeramente, el sacerdote llama a la paz sobre la casa y sobre sus habitantes; después da el crucifijo para ser besado por el enfermo y recita sobre él la fórmula conocida de mundificación: "Asperges me, Domine, etc." Si es posible, le confiesa y le dirige algunas palabras de exhortación. El versículo iniciático: "El señor sea con vosotros, y con vuestro espíritu" abre una larga súplica a Jesucristo para la felicidad, la alegría, la salud, la ayuda de los ángeles, el alejamiento de los demonios y la santificación. Después otra fórmula pide al Padre el envío de ángeles protectores. Se recitan entonces los siete salmos de la penitencia, cuyo nombre indica suficientemente el uso, y las letanías correspondientes. Aquí, el sacerdote, por medio de tres signos de la cruz e imponiendo las manos, caza las fuerzas diabólicas del enfermo, en el nombre de la Trinidad y con la ayuda de los santos. Él moja el pulgar en el santo óleo y untando en cruz los ojos, las orejas, la nariz, la boca, las manos, los pies, los riñones, llama a la misericordia del Señor sobre la función de cada una de estas partes del cuerpo. Seguidamente el Padrenuestro, seis responsos para el socorro divino y tres Oremus, que piden la salud interior y exterior.

En la agonía, si el moribundo no puede hablar, el sacerdote lo sustituye y reza en voz alta en su nombre. Estas oraciones comprenden, entre otras fórmulas, letanías especiales que invocan el socorro de Cristo por las circunstancias análogas de Su vida: Su pasión, Su muerte, Su sepultura, Su resurrección, Su ascensión. Después una orden hecha al alma del paciente en el nombre de las personas divinas, de los ángeles y de los santos, de partir de este mundo hacia el lugar de la Paz; una petición de clemencia al Padre, cuatro oraciones más reiterando esta petición, y apoyadas sobre los hechos análogos de la historia santa y de la historia de la Iglesia; después se recitan los capítulos 17 y 18 de Juan; al final unos salmos y otras tres censuras al Cristo por los méritos de Su agonía.

Cuando la muerte se acerca, el sacerdote invoca, en voz alta, cerca de la oreja del moribundo, a Jesús y María, rogándoles de recibir a este espíritu, de darle el reposo, de ser misericordiosos con él.

Ya lo veis, la administración del último sacramento comporta tres fases. Una preparatoria, donde se purifica el lugar y el sujeto, una segunda evocatoria, si oso decirlo, donde el sacerdote llama a Jesús, los ángeles y los santos; el puente está tendido de lo alto a lo bajo. En tercer lugar viene el sacramento propiamente dicho que consiste en una magnetización superior. Al final, el sacerdote se vuelve a Dios, recapitula sus demandas como un haz y después eleva sus agradecimientos, su reconocimiento y su confianza.

Un hombre tiene necesidad de una fuerza: es el enfermo; otro hombre posee la llave de este tesoro: es el sacerdote. El primero permanece pasivo, no hace más que ponerse por la confesión y el arrepentimiento en la actitud moral de la receptividad. El segundo le ayuda a tomar esta actitud y lanza un hilo de transmisión a la fuerza demandada: es la oración; él la une al lugar mismo de donde nace, es decir a Jesús; se hace ayudar para tenderla por intermediarios benévolos, los ángeles y los santos; la fija al polo negativo, el enfermo; la fuerza pasa y el operador la hace absorber por el paciente. Después agradece las ayudas, las hace volver y vuelve a poner todo en orden, es decir, entre las manos de Dios.

El procedimiento por el cual la Iglesia asiste a los agonizantes se puede resumir así: un hombre entrenado en vivir espiritualmente, por la contemplación, en la estela invisible de Jesús -el sacerdote-, intenta mediante la oración levantar al enfermo que se debate, y sostener su espíritu desamparado en esta misma estela. Para ello utiliza la imagen luminosa y viva que cada uno de los actos de Jesús ha dejado en la segunda atmósfera, él aplica el sufrimiento corporal del Salvador al sufrimiento corporal del enfermo, la inquietud de Jesús a la inquietud del enfermo, el poder psicúrgico de tal antiguo profeta al desarrollo del enfermo; evoca los triunfos de Jesús: resurrección, ascensión, para intentar que el moribundo sienta algún alivio de Su presencia invisible.

Así la Iglesia reconoce la teoría muy antigua de un medio plástico y vibrante donde se conservarían las imágenes de todos los acontecimientos pasados. En la medida que el protagonista de un acto cualquiera encarna la Verdad en este acto, la Vida desciende para animarlo, devolviendo a su existencia física fructuosa y perpetua su reflejo en esta "imaginación" de la tierra donde los viajeros pueden reencontrarlo, unos siglos más tarde. Cuando el factor de este acto es perfecto y poderoso como Jesús, los reflejos se multiplican y poseen una energía particular, de manera que los hombres que tienden hacia este modelo reencuentran más rápidamente estas imágenes, beneficiando más profundamente.

Tal es, a grandes rasgos, el arcano de la virtud de los sacramentos. Éstos actúan en proporción a la profundidad con la cual el fiel y el sacerdote entran en lo oculto del acto crístico que es su raíz. La forma sacramental contiene siempre dos fuerzas: una central, proveniente de Jesús, toda espiritual, pero asimilable según la fe práctica del sacerdote y del receptor; una exterior, fluídica, que no es más que la suma de las vibraciones acumuladas por todos los que han hecho los mismos gestos y pronunciado las mismas palabras. Para que la primera de estas virtudes penetre la sustancia del alma y cure incluso el

cuerpo, es necesaria la santidad del pontífice y el humilde y ardiente deseo del devoto.

Pero volvamos a nuestro tema.

*

Para comprender lo que pasa en la muerte, recordemos que en el hombre ciertas fuerzas vienen de la tierra, otras del cosmos, otras vienen de Dios directamente. La muerte no es más que la recogida por el alma de la tierra de lo que nos prestó en el nacimiento. Si le restituye de buen corazón, no se sufre. Si se rehusa, hay desgarros inevitables, heridas y remordimientos hasta que el difunto comprende la sabiduría de una resignación confiada. Las gentes de bien sufren muy poco, los que, por el contrario, se idolatran a sí mismos y sus cualidades, experimentan el vacío de sus glorias. El cuerpo, el doble, los sentimientos, las funciones mentales, la memoria, la habilidad profesional, los gustos particulares, todo esto es retomado por los dioses terrestres, para una purificación, una reparación y una puesta en reserva, en un lugar especial, con vistas de servir más tarde, sea al que había ya recibido el depósito, sea a alguien de la misma familia espiritual.

En lo que concierne al cuerpo físico, la inhumación es preferible a la cremación. Veamos por qué: cada individualidad humana, puesto que debe administrar un día una parte de la Naturaleza, recibe, entre otros trabajos, una porción determinada de materia terrestre para evolucionar, haciéndole conocer por la experiencia el modo humano de vida. Un átomo de carbono, por ejemplo, trabaja como mineral, después, como vegetal, después como animal, según las cualidades diferentes de la vida terrestre en cada uno de estos tres reinos. Acabará su ciclo entrando en una individualidad humana, sea por la alimentación, la respiración u otra puerta funcional, o sea por otras vías hiperfísicas.

Todo un sistema de canales y de hilos está establecido para aportar a cada uno de nosotros, de todos los rincones del mundo, las partículas materiales que nos están destinadas. Así, cuando entro en casa del panadero, este comerciante me da, entre todos sus panes, aquel mismo cuya materia primera fue escogida para mí, entre todos los campos de trigo y entre todas las espigas. Es lo mismo para todo lo que se incorpora a mi individualidad.

En el nacimiento, cada hombre recibe una parte de la masa total de sustancia terrestre que le es atribuida desde el origen y que debe retornar a la tierra, afinada por el trabajo propio de la vitalidad humana. El cuadrado de suelo que recibirá el cadáver, está fijado también antes de que nazca. Los motivos que determinan el lugar de la muerte, el cementerio y el emplazamiento de la tumba sólo son aparentes. Es así como vemos a emigrantes, que han pasado toda su existencia lejos, volver al país natal justo para que su cuerpo repose allí donde le piden los repartos ocultos de la materia.

Además, cada hombre está ligado magnéticamente a los minerales, las plantas y las bestias. Nacen juntos y mueren juntos, no se debe dispersar lo que Dios ha reunido. Si se quema el cadáver, además de que la liberación de los elementos psíquicos es brutal, hace sufrir y angustia al doble, una enorme cantidad de

partículas espirituales recibe una muerte violenta y las del suelo, donde debía tener lugar la inhumación, esperan en vano el trabajo que esperaban y se ven frustradas de tener una evolución legítima y una recompensa: la luz propia de la vitalidad humana, que las células del cadáver deben comunicarle. Hay duelo, traba en la actividad natural y malestar en un pequeño espacio del plano físico.

El embalsamamiento debe ser también evitado por motivos contrarios. Retarda la evolución, inmoviliza el doble; impide el juego normal del retorno de las almas. Si no tuviera el tiempo justo, tendría unas anécdotas muy curiosas para contaros a propósito de las momias egipcias.

Algunas medidas podrían ser tomadas en cuanto a la inhumación propiamente dicha, en la fabricación del ataúd, en la construcción del sepulcro. Pero todo esto está previsto por los reglamentos administrativos y, como sólo hay leyes injustas en apariencia, nuestro primer deber es someternos, aunque suframos un poco.

Es bueno cerrar los ojos del difunto: esto lo separa de este mundo; quizás, en el momento de dar el último suspiro, ha entrevisto algún espectáculo que ningún indiscreto debe descubrir en el fondo de las pupilas a partir de ahora inmóviles.

Los genios de los cuales hemos hablado acompañan el convoy; otros seres también, paseantes invisibles y defensores; a menudo estos últimos son perros: es lo que habían entrevisto los bárbaros, que degollaban sobre la tumba del jefe sus animales familiares; y lo que habían visto perfectamente los sacerdotes de Egipto y de la India. El perro es el amigo del hombre.

El doble flota alrededor del ataúd y busca ávidamente las emanaciones fluídicas de los inciensos, las aspersiones, los gestos sacerdotales y las palabras rituales. Es siempre útil hacer celebrar un servicio religioso, al menos decir sobre el cuerpo alguna oración. El ritual católico de los funerales es extremadamente instructivo. Con la inhumación cumplida, el doble queda junto a la tumba y la guarda, a menos que un interés poderoso lo llame a otra parte. Es así como los fantasmas de las víctimas aparecen en los lugares donde han perdido la vida, donde el avaro guarda su tesoro, y el inventor a veces sus fórmulas. Tales manifestaciones, sobre todo cuando toman un carácter pavoroso o desordenado, provienen sobre todo de seres que no han hecho el bien, que sólo han creído en la materia, que no han aprendido la resignación. Sus inquietudes en el Más Allá comienzan su purificación. Por poco que hayáis conocido de los hechos psíquicos, sabéis que estos fenómenos son frecuentes. Podría contaros un gran número de los que he sido testigo; sólo os citaré uno, que os mostrará como el doble permanece a veces siglos unido a la materia.

Se trata de un buscador de tesoros que conocí antaño y que vivía en La Plata. El operaba mediante la magia y con la ayuda de una sonámbula. Conoció la existencia de subterráneos debajo de un establecimiento religioso abandonado y envió a su sonámbula para descubrirlo. Ella le dibujó un plano de las cuevas y le afirmó que en una de ellas se encontraba un tesoro depositado allí desde el fin del siglo XVII. Nuestro hombre hizo los preparativos y una bella noche, acudió con su vidente a estas ruinas. Encontró la entrada de los subterráneos, encendió una linterna, entró en los corredores guiado por la sonámbula

dormida. En un momento dado, ella grita pavorosamente; ve a un sacerdote, dice ella, perteneciente a una orden reconocible por la forma particular de su peinado, haciéndole gestos amenazantes. El magnetizador le ordena avanzar; la desgraciada da algunos pasos temblando y, de repente, se desploma con un gran grito: "Me han matado". Ella estaba completamente muerta. Lo que fue el retorno de nuestro mago, en las tinieblas, a dos leguas de la ciudad, con un cadáver sobre los brazos, imaginadlo. No volvió jamás a intentar descubrir tesoros.

En la inmensa mayoría de las muertes, el espíritu se aleja al cabo de algunos días. Justo después del último suspiro, en efecto, el juicio tiene lugar. Así como os decía hace un momento, una numerosa asistencia invisible se sitúa alrededor del coche fúnebre. Dos de estos genios conducen durante tres días el espíritu del difunto a todos los lugares donde ha vivido y lo ponen delante de todas las criaturas con las que ha tenido relación y todas aquellas que habría conocido si hubiera cumplido completamente con su deber. Este viaje se termina ante el tribunal donde reside el Juez, nuestro Jesús. A menudo Él está solo; a veces están a Sus lados el Señor de la tierra y la Virgen María. Ante estas presencias tan puras, pero que ocultan su brillo según la debilidad de los ojos que las contemplan; el espíritu desencarnado percibe sus faltas como en un espejo; se confiesa espontáneamente, todas las mentiras vuelven y los crímenes escondidos son descubiertos. A menudo los remordimientos y el arrepentimiento son tales que el espíritu reclama de sí mismo la expiación.

Están también un acusador, el ángel malvado y un defensor, el ángel de la guarda y, con él, la Virgen, que pone en el balance su poderosa intercesión. En todo caso, la sentencia es siempre suavizada; la Misericordia se sitúa sobre la Justicia.

Es el espíritu entero quién sufre este juicio: el inconsciente y el consciente, fluidos, mental y psiquismo; porque cada una de estas entidades compuestas posee libre arbitrio. Pronunciada la sentencia, ellas retornan a la región terrestre respectiva de donde han sido sacadas.

La memoria y la inteligencia no siguen al yo, se quedan aquí; no se pueden entonces recordar encarnaciones anteriores y las paramnesias no vienen del cerebro, ni del intelecto, sino del espíritu.

Este último se devuelve al lugar donde reside el ideal que adoró por sus actos, sus inquietudes y sus deseos. El espíritu del pintor va a un planeta de luz; el espíritu del músico a un planeta de armonía, el del mentiroso a un lugar donde todo es decepción. Cada paraíso, cada infierno, que describen las diversas religiones, existe objetivamente. El espíritu del viejo guerrero escandinavo sube a un Walhalla real; el espíritu del católico ferviente reposa en una atmósfera de dulzura, de entusiasmo y de reconocimiento; el espíritu del falso adepto es encadenado en un espacio inmóvil y vacío. En una palabra, cada uno experimente la realización de sus más queridas esperanzas.

Es pues exacto que, si hemos sido buenos hijos, buenos esposos, buenos padres, buenos amigos, encontraremos al otro lado a nuestros antepasados, a nuestros amigos, a las personas queridas, incluso aunque pasara mucho tiempo desde que las perdimos de vista. Pero, si se quieren evitar desilusiones o

sorpresas en el otro lado, no hay que olvidar que, en nuestras simpatías y antipatías terrestres, las fuerzas de la carne y de la sangre son poderosas y que su influencia cesa en la muerte, quizás un ser adorado se vuelva rápidamente indiferente o un enemigo, simpático. A veces también, debo reconocerlo, cuando nuestros sentimientos son puros, la separación los exalta, los sublima y los conduce hasta las inmortales claridades del Amor verdadero, en donde cada sacrificio aumenta el esplendor.

Todo se entrecruza en el cosmos. Los muertos y los nacimientos se equilibran; al desaparecer de la tierra, el espíritu se encuentra por así decir inmediatamente animando otro cuerpo en otro planeta. Allí todo está preparado para recibirlo; unos padres le esperan, unos amigos, unos guías, igual que cuando nació aquí.

Esperando la resurrección definitiva en el Reino de Dios, la muerte nos procura una resurrección inmediata. No tenemos porqué inquietarnos, ni temer nada: todos los detalles de estos desplazamientos son prevenidos y reglados con la más minuciosa solicitud. La única preocupación del Padre es abastecernos de todos los medios para vivir, para aprender y para obrar.

El periodo de confusión cesa tan pronto como el alma se desprende de sus ídolos terrestres y se resigna, entonces entra en el goce apacible de su Ideal. Sin embargo dos categorías de seres no conocen el reposo del otro lado. Son primero los malvados y los que no han querido trabajar sobre la tierra. Son después los soldados del Cielo. Los que, en efecto, no trabajan para perfeccionarse ni para ganar el Cielo. Ellos están seguros de ver a Dios un día. Les es indiferente volverse ricos, célebres, poderosos, en lo psíquico o lo moral: es la voluntad del Padre lo que les interesa. No se apenan más que por los otros, jamás por ellos mismos; lo que buscan es ofrecer a los otros la alegría verdadera. Ellos se olvidan, no piensan en sus fatigas y, si ganan una recompensa, no la guardan, dan sus méritos a sus hermanos menos avanzados.

Sin embargo los hombres ordinarios reposan, aunque no mucho tiempo. Es muy raro que el intervalo entre dos encarnaciones terrestres alcance mil años, cuando la raza a la que pertenecemos se aproxima a su fin y el individuo mismo está evolucionando, más frecuentemente vuelven las encarnaciones. Hay incluso aquí abajo un hombre que pasa sin interrupción de un cuerpo usado a otro nuevo; su espíritu no ha tenido jamás tiempo de ir hasta el país de los muertos. La leyenda judía de Elías, la leyenda cristiana de Juan el Evangelista, la leyenda musulmana de El Khadir, proviene de una intuición de este hecho. Este hombre, verdadero Ahasvérus del Invisible es la pequeña semilla imperceptible que prepara el futuro lejano, cuando nuestro planeta entrará en la alegría del Señor.

Sobre la tierra es donde se trabaja con más fruto; llegar a una edad avanzada es pues un gran favor. En ningún caso se tiene el derecho de darse la muerte; el suicidio es un mal cálculo. El espíritu sufre en el otro lado todos los sufrimientos de los cuales quería escapar y que tiene que cumplir, además de los trabajos suplementarios para reparar todos los desórdenes que su acto intempestivo determina a su alrededor. Sin embargo, no censurad a los suicidas, nadie conoce los verdaderos motivos de un hecho y, algunas veces, el suicidio es por así decirlo, fatal.

*

¿Cuál debe ser nuestra conducta con las almas de los muertos? De manera general, no tenemos que ocuparnos, no tenemos deberes hacia ellos. No tenemos prohibido pensar en ellos, continuar queriéndolos, añorarlos; pero no hay que hacerles volver, ni por la magia ni mediante los medios más simples del espiritismo. Si somos buenos, si ellos han sido buenos, vuelven solos, o, más bien, no nos abandonan.

En todas las familias patriarcales, los antepasados están presentes alrededor del hogar; asisten a sus descendientes y rezan por ellos, si han sabido rezar en la tierra. De hecho, los antepasados, padres e hijos son un único grupo compacto, si se separan físicamente, permanecen juntos espiritualmente, a condición de que practiquen todos la virtud. El bien reunido se armoniza siempre. El mal, incluso cuando es el mismo género de mal que varios seres cometen, desune y dispersa siempre. Las manifestaciones psíquicas provocadas, cuando no son producidas por larvas ni por espíritus de animales, son hechas por el doble, el astral del difunto, casi nunca el yo inmortal participa.

Así, estamos en las manos de Dios; Él dispone de nosotros a Su gusto, pero siempre para nuestra mejora. Él no permite a nadie abandonar un trabajo antes de la hora; no permite a ningún dios expoliar lo que sea. El Padre vela por todos; cuando un ser amado nos abandona, unas nuevas simpatías le rodean; tiene unos guías, unas ayudas y cuando le llegue su justo destino es para su perfeccionamiento. Luchad pues contra la revuelta y la desesperanza. Nuestros gemidos atan nuestros muertos a la tierra. Dejémoslos partir; volverán, vuelven incluso a menudo de una manera muy material, pues, si el abuelo sonríe con una ternura tan profunda a su nieto, es porque sus espíritus se reencuentran y recuerdan los años desaparecidos, quizás cuando ellos se apenaron juntos y fueron juntos felices. Pero respetemos el velo que la Bondad divina tiene felizmente echado sobre el misterio de las existencias.

El espiritismo, para el que tiene confianza en Dios, es, al menos, inútil. Además los espíritus no saben más que nosotros de los secretos del universo; pueden muy bien hacerse entender por nosotros espontáneamente en caso de urgencia. Obedezcamos la palabra de Cristo: "Dejad a los muertos enterrar a los muertos". Tienen ángeles para ocuparse de ellos, allí donde están, como tenían cuando vivían en la tierra. En cuanto al infierno, ningún ser permanece para siempre; su príncipe mismo vendrá un día en arrepentimiento. Si nosotros queremos ser cuidadosos en mejorar la suerte de nuestros difuntos, el único procedimiento eficaz y normal es dedicarse con ardor a la práctica de la virtud. Del corazón del discípulo la Luz irradia sobre todos los seres con los cuales está emparentado. Formamos familias, y los miembros de cada familia permanecen juntos, en espíritu, a condición que estén unidos por el amor del mismo Maestro. Y este amor, creedlo, es el único que nada mancha y sobre el cual podemos fundar las esperanzas más ciertas. Pocos hombres lo conocen, pero, creyendo a estos privilegiados, ningún encantamiento se acerca a sus delicias sobrenaturales.

*

Así, la muerte es dulce para quién ama a Dios por encima de todo. Por lejos que busque, en las criptas del esoterismo, en los elixires y fórmulas para prolongar su existencia, no desea adelantar la visita en la que sólo Cristo sabe vencer. Su alegría no está en habitar aquí o en otra parte, es cumplir la voluntad de su Maestro. Si sabéis que beatitud se nos derrama con la menor palabra, la simple presencia del Amigo; todos los desiertos pierden su horror y todos los infiernos su desolación. Que Jesús habite nuestro corazón, mejor que cualquier otro lugar o, al menos, que no nos opongamos a Su visita. ¡Qué esplendidas recompensas serán nuestras más tarde! ¡Y cuántas suavidades concede en los trabajos de Sus soldados! Para ellos la muerte se despoja de sus terrores; los ángeles vienen a su cabecera, les guardan, alejan a los hostiles de su cuerpo, les envuelven en sus velos, les cubren con sus alas, les llevan en sus brazos, por encima de los abismos, a través de los torbellinos y los depositan, dormidos en un ligero sueño sobre los escalones del trono donde se asienta Quien ellos aman. No, en verdad, el soldado puede no temer nada de todo lo que actúa entre los límites de la creación. Pero yo no querría que os pusiérais a trabajar en la esperanza de una recompensa; es sólo por la inefable alegría del Espíritu que os deseo el caminar. Quien doma sus pasiones y mantiene a estas mensajeras fogosas en la carrera del bien, recibe como recompensa volverse maestro realmente. A quien ha vencido sus demonios, el Cielo se los da después como servidores, cuando son mejorados por sus cuidados. Pero, si se trabaja para no importa cual ventaja, se está dentro del egoísmo, no en el Amor.

Hay que volverse perfecto por simple obediencia, para dar alegría al Amigo. Es entonces cuando el Cielo nos entrega el botín; pero, sobre todo, Él se vuelve sensible en nosotros. Él nos derrama el licor puro de la vida eterna. Nos inflama de un ardor siempre creciente. Estas nociones místicas no son conceptos filosóficos; son realidades, sustancias activas, bautismos penetrantes. Si el Verbo es la Vida y Lo poseemos en nosotros, nuestro único trabajo es hacer crecer este brote precioso, cultivar a nuestro alrededor los innumerables destellos de todo orden que surgen continuamente del corazón del universo. La muerte nos aparecerá tal como es: un fantasma, y sólo la eventualidad de una disminución de la Luz en nosotros nos producirá algunos temores saludables, gracias a los cuales no dejaremos de subir hacia las cimas de lo Inmutable.

LOS MAESTROS DE LA FUERZA Y EL PERRO DEL PASTOR

“Vosotros me llamáis Maestro y Señor
y decís bien: lo soy, en efecto”.

(Juan 13, 13)

El hombre tiene necesidad de un guía; los auxiliares que la Naturaleza le da, los indicadores que ella coloca sobre su ruta de trecho en trecho, los ángeles guardianes en los que el Cielo delega para la conservación de este Fuego sagrado, del que cada uno posee una chispa, todos estos colaboradores no son suficientes para calmar nuestras inquietudes, por que ellos están del otro lado del velo. Nuestros padres, nuestros instructores, nuestros superiores no siempre nos bastan, porque los sentimos a menudo como hombres, iguales a nosotros; no llevan sobre su frente el signo de la Verdad; la claridad de sus ojos, el poder de sus palabras, la bondad de sus acciones no derivan siempre de una certeza inmutable de las realidades divinas. Deseamos, al menos los que de entre nosotros elevan hacia la Casa del Padre sus miradas nostálgicas, deseamos una presencia más tangible, un brazo robusto que nos levante, una voz que nos conmueva, una sonrisa que reabra en el fondo de nuestros ojos secos la fuente de las lágrimas sagradas, lágrimas preciosas, lágrimas fecunda del Amor absoluto.

Aunque seamos indignos de esta gracia, Dios nos la concede desde el momento que nuestro espíritu está maduro para no correr el riesgo temible de la ingratitud, desde que hemos hecho el mínimo de esfuerzo necesario para justificar la preciosa visita de un enviado del Espíritu.

Situémonos, como de costumbre, en el punto de vista de la perfección. Se ve entonces, entre los que los hombres llaman maestros espirituales, dos categorías: los falsos y los verdaderos. Todos rebasan el nivel general; pero los primeros no son todavía más que viajeros en el camino; los hay célebres, como los jefes de escuelas, los fundadores de ciertas formas religiosas, algunos taumaturgos, algunos teóricos; los hay que seducen a un público crédulo; como algunos escritores ocultistas de los siglos pasados; los hay usurpadores y los que propagan el mal parodiando los gestos de la Luz. Están también, entre los atletas de la inteligencia y la voluntad, quienes prefieren el anonimato. Son los “refugios”, los “polos”, las “piquetas” del islamismo contemplativo; son los jefes secretos del esoterismo brahmánico que muestran a las masas del Indostán que acuden a Benarés sólo los brillos de los tejidos de piedras preciosas con los que se cubren sus venerables rostros; son los anamitas centenarios, de larga barba blanca, que persiguen, enfundados en sus ropas de seda, a los pies de los altares perdidos en los bosques, las meditaciones abstractas que parecen vanas a nuestras filosofías; estos descendientes de las escuelas tebaicas, que se pasean por el mundo con ropajes modernos y aspecto cosmopolita y que, en el siglo XVII se titularon Rosacruz; estos delgados rabinos, inclinados sobre los rollos de la Torá, en el fondo de cualquier callejón oscuro y fangoso de Alemania o Po-

lonia ; o, en fin, ¿es posible?, este cardenal majestuoso que está en el fondo de un noble palacio en la Ciudad de las Siete Colinas o este monje mudo sepultado en su blanca celda.

Todos ellos han levantado el velo que recubre la verdadera figura del universo; pero solamente una pequeña esquina de este velo, inmenso como la escena que protege. Y es así porque estos hombres: laicos anónimos, príncipes sacerdotales, vagabundos desnudos en la jungla, Asekhas, Djivanmuktis, Phaps, Ghutas, Santos, magos, todos admirables aunque por bellezas diferentes, estos hermanos mayores pueden hacernos una indicación, prevenirnos de un obstáculo. Pero no son Maestros, en el sentido total y simple de esta palabra; sólo tienen parcelas del Poder, fragmentos del Saber, aunque crean poseerlo en su totalidad; sus ojos no llegan hasta el centro eterno de las criaturas, no pueden pues dirigir a nadie.

No mencionaré aquí a otros hombres desgraciado que son los secuaces de algún príncipe de las Tinieblas, que no codician más que las prerrogativas de la materia, de la artimaña y del orgullo y para quienes todos los medios son legítimos si la fuerza se encuentra de su parte.

Como muchas otras cosas hermosas, nuestra época, donde reinan el gusto por lo artificial y la histeria de la adulación, ha prostituido este gran título de Maestro.

*

El Maestro según el Espíritu es un hombre que posee su libertad plena y entera; ha llegado a este estado literalmente sobrenatural, no como los célebres falsos sabios, rehusando la vida, escapando a las servidumbres, matando los deseos, forjando cadenas de la existencia; sino viviendo con la mayor intensidad, aceptando todas las esclavitudes, llevando hasta lo Increado todos los deseos, por esta alquimia psíquica que obra la transmutación de lo material, de lo natural, de lo corruptible en espiritual, en divino, en perfecto. Nada es libre si no escapa a la opresión del tiempo, si no desborda los límites del espacio. La ley de la justicia, las relaciones inexorables de causa y efecto, las restituciones inevitables, las obligaciones individuales, no pueden alcanzarle: esto es el hombre libre.

Ahora comprendéis por qué este hombre tiene poder sobre sí mismo y sobre los que está llamado a dirigir.

No se vuelve uno libre porque se declare tal en virtud de alguna teoría stendhaliana o nietzscheana; hay que sufrir pruebas en las cuales los pozos del Raguel, los subterráneos de las pirámides o las criptas de las pagodas sólo esconderían benignas imitaciones. Hay que triunfar en múltiples combates; hay que vencer a todos los adversarios, soportar todas las tiranías, perdonar todas las injusticias, cumplir todos los sacrificios, olvidar al fin todos los sufrimientos. Solamente entonces se recibe el bautizo del Espíritu, se entra en el Reino de Dios, se toma lugar en el banquete de la beatitud eterna.

El verdadero Maestro es uno de estos hombres libres, uno de estos reintegrados, que acepta volver a descender para cumplir una misión. Desconocido del

mundo si permanece en el Cielo, no desvela su identidad, sobre el planeta donde se encarna, más que cuando le place; es necesario incluso, la mayor parte del tiempo, que calle, para no comprometer el éxito de sus trabajos. De ordinario, preside el nacimiento de un mundo y asiste a su fin y, porque todo en él viene de lo sobrenatural, porque su ser entero no contiene una sola molécula prestada de la Naturaleza, permanece el más desconocido de los hombres, el más enigmático, verdaderamente, según lo temporal, el más pequeño. Él puede decir con exactitud: no soy nada.

Es verdaderamente Maestro de su cuerpo, tiene el derecho de imponerle todas las fatigas y todas las privaciones; puede tomarlo y abandonarlo, nacer y morir cuando le place; se transporta instantáneamente de un lugar a otro, aparecer incluso en varios sitios a la vez. Y estas apariciones no se parecen a las que cuenta la hagiografía, a veces duran varios días; no son fluídicas, en cada lugar donde se producen, los testigos tocan un cuerpo ponderable. Hechos de esta naturaleza se producen recientemente todavía en Francia, Italia, Rusia, América; he tenido entre las manos pruebas irrefutables.

El hombre libre justifica todo lo que los teólogos nos enseñan sobre el cuerpo glorioso, pero aplicando sus descripciones al organismo material purificado que es el propio de este misionero celeste. Un biólogo no encontraría nada de particular en el análisis químico de un organismo así; sólo algunas funciones viscerales, algunas particularidades anatómicas, le distinguen de los organismos ordinarios; son las señales de las facultades excepcionales del Espíritu divino que le anima. Este Espíritu Santo comunica a todo lo que toca su vida sobrenatural, por el cuerpo del hombre libre se opera esta infusión.

Cuando se cumple un acto de caridad, por ejemplo, nuestro cuerpo coopera, pero las células dedicadas a este esfuerzo son, en general, obligadas por la voluntad o están sujetas a una contaminación del interés personal, cerrando lo que es tan difícil de abrir, incluso cuando se determina ejercer la virtud.

De los millares de células que me ayudan a depositar una moneda en la mano de un pobre, dos o tres solamente habrán trabajado con rectitud. Éstas son las buenas obreras; habiendo cumplido su trabajo, abandonan el ser colectivo del cual formaban parte -mi cuerpo- y son dirigidas, por agentes especiales del plan de reserva, a un almacén donde esperarán que todas las demás vitalidades celulares, de las cuales mi individualidad recibirá la administración en el curso de su encarnación terrestre, las hayan reunido, después de haber cumplido íntegramente sus funciones. En este momento, yo mismo, en tanto que espíritu humano, estaré dispuesto a recibir el verdadero y definitivo bautismo; y, admitido en la casa del Padre, reencontraré, en caso de misión, todos estos millares de espíritus minúsculos purificados, que me pertenecerán, mientras que, durante mis trabajos temporales, sólo tenía el usufructo.

Así es la génesis del cuerpo glorioso y por eso está fuera del alcance de las leyes de la Naturaleza. En realidad, el hombre libre no tiene necesidad de alimento, ni de sueño. Si come y si duerme es para comunicar una virtud nueva a los alimentos; es para mejorar el mundo de los sueños. Y todos los actos de su vida terrestre, todos, sin excepción, constituyen curas, cultivos o combates.

*

Esto nos conduce a tratar de aquellas misiones que el Padre encarga especialmente a Sus enviados que son el objeto de nuestro estudio actual.

Un Maestro según el Espíritu es sólo un enseñante. Las lecciones que da, por vivas y fructuosas que sean, permanecen casi siempre silenciosas. Todas las manifestaciones de la vida, en la esfera en la que desciende, reciben sus cuidados. Vigila la organización de las capas geológicas, canaliza las influencias interplanetarias, en virtud de las cuales una gema desconocida cristalizará lentamente en las entrañas de la mina. Vigila las plantas, confiere al espíritu de tal especie vegetal una virtud nueva; mejora otra familia venenosa. Vigila los animales, siguiendo sus destinos, utilizando sus facultades, extrayendo del fondo de su espíritu las sensibilidades más finas, limitando el crecimiento de las razas híbridas, cuidando el reposo de las razas desaparecidas. Vigila las numerosas jerarquías invisibles, regulariza los fuegos subterráneos y las corrientes atmosféricas, los intercambio dinámicos entre planetas y prepara, siglos antes, las grandes modificaciones de la biología general.

De ordinario, se limita a rectificar insensiblemente el trabajo de todos estos seres, como el perro del pastor hace lo mismo con el rebaño. Raramente él manda, pero es obedecido al instante. Con un gesto la mar se calma, el viento cesa, la lluvia cae o la tormenta estalla. Porque posee la vida eterna, todo renace a su contacto y, si toca con el pie un tronco podrido en el bosque, éste reverdece nuevamente.

Este Maestro no es un juez; no viene más que para ayudar y reparar; inventa siempre el medio de dar nuevos plazos para que los perezosos y los desobedientes encuentren la ocasión de enmendarse. ¡Cuántos cataclismos he visto suspenderse por el gesto poderoso de cierto desconocido! ¡Cuántos dragones justicieros dormidos en el fondo de los océanos, cuántos monstruos encadenados bajo los asientos de las montañas, este hombre mantiene en su sueño y con cadenas con el fin que tal ciudad prevaricadora encuentre el tiempo del arrepentimiento! ¡Pero cuántas veces, debemos confesarlo tristemente, sus cuidados quedan estériles! ¡Y para que su paciencia no se fatigue, cómo es necesario que este hombre viva en la permanente y serena bondad dónde sólo el Verbo es la fuente inagotable!

En cuánto al género humano, la enfermedad es sumisa a la voz de este Maestro. Él cura como hemos visto que curaba el Cristo, consuela a los desesperados, pone de pie a los que yacen en tierra, hace avanzar a los valientes, controla el descenso de las almas y su ascensión, pues las ideas vivas le obedecen. Mirando un ser, lo ve: vicios, virtudes, posibilidades, pasado, presente, futuro; en un abrir y cerrar de ojos, precipita o retarda los acontecimientos; riquezas, quiebras, condenas, matrimonios, muertes, nacimientos, todo desfila ante sus ojos y se ordena a su mando. Las diversas ramas de la industria, de la ciencia teórica y aplicada, del arte, no tienen secretos para él; las disminuye, las agranda, las transforma, las envía sobre otros planetas, según juzga necesario. El suministra el descubrimiento útil al inventor cuyo cerebro está apto para ponerlo a punto, aparta el descubrimiento prematuro, hace descender conceptos nuevos del seno de la Sabiduría eterna; es así como se perfecciona la filosofía. Repara, en el universo mental, las injusticias

y los estragos que los soldados de las Tinieblas han podido cometer. Es así por lo que él enuncia a veces una proposición notoriamente errónea y, porque es un hombre revestido del Espíritu, afirmando como verdad una idea hoy falsa, que cambia desde entonces, acaba por volverse una verdad.

Estas cosas son difíciles de entender e imposibles de admitir para cualquiera que ha situado la razón en un trono y la ciencia sobre un altar. Sólo los príncipes de la ciencia y la filosofía sospechan la vanidad de las enseñanzas que se deben a ellas. Nada está fijo en el mundo; la borraja no tiene hoy las mismas virtudes que en el siglo XVIII y, ¿creéis que el año próximo, el mismo día, a la misma hora, esta sala ocupará en el espacio el mismo punto que ahora? Y que os dice que, en tiempos de los césares, la fórmula de la gravedad era la misma que hoy? La línea derecha sólo es el camino más corto entre dos puntos en una geometría de tres dimensiones; dos y dos son cuatro sólo en la aritmética cuantitativa.

El hombre libre vigila aún las razas, los pueblos y las civilizaciones, interviene a veces cerca de los poderes políticos y el Espíritu sabe abrirle, cuando hace falta, los palacios mejor guardados. La historia verdadera, la historia anecdótica, nos muestra algunos ejemplos de laicos desconocidos introducidos cerca de un papa o un emperador; les recuerdan, a solas, sus deberes olvidados o les preparan alguna gran empresa. Y aquí hago alusión a personalidades como San Bernardo, Barnaud, Cosmopolite o el conde de Saint-Germain. Así los ministros y los satélites, que ven con inquietud como la opinión del extranjero prevalece, le colman de acusaciones y de intrigas.

El Maestro aún mira si una guerra es indispensable o si puede reemplazarla por otra cosa; deja que se produzca cuando la salvación de una raza depende de ello, a pesar de todo el dolor que implica ver matarse a los hombres entre sí; interviene a veces en las batallas, incluso evita en lo posible las operaciones quirúrgicas de la gente.

En fin, el campo de sus poderes es inmenso y, para recorrer todos los surcos, tendría que proponerse el estudio completo de la vida planetaria.

*

Si se nos pusiera en presencia de una individualidad tan extraordinaria, nos resultaría incomprensible. Todo, en los Amigos de Dios, se desarrolla en sentido inverso de los hombres ordinarios. Nosotros, nos creemos libres, pero somos esclavos de nuestros ídolos, nuestros deseos y vicios.

La palabra "pasión" ¿no quiere decir una cosa que se sufre, bajo cuyo imperio nos inclinamos? La palabra "virtud" ¿no quiere decir algo activo, radiante, efectivo?

El Amigo de Dios posee la verdad, la verdad absoluta y, en el momento que Él le envía una misión, el Padre le da un secreto, un medio por el cual esta verdad absoluta se adapta a las particularidades del relativo. Tal maestría de lo Verdadero es más que un simple asentimiento intelectual, es más bien un hábito, una vivencia, un hacerse carne. La verdad sólo aparece delante de nuestros ojos a larga distancia y a través de toda suerte de nubes; para el hombre libre, ella reside en él, hasta en el centro de sus huesos y ninguna parte

la de sí mismo es capaz de recibir el error. Lo Verdadero es la ley de nuestro ser esencial, el principio que nos constituye; por él alcanzamos nuestro pleno desarrollo, fijándose sólo en los que son indemnes a toda esclavitud. Materia, error y cadenas son la trinidad de lo Bajo; se opone a la trinidad de lo Alto: espíritu, verdad, alas.

Por estas razones, el hombre libre tiene el derecho de mandarse y de mandar al resto del mundo. Si su mirada obliga a toda criatura a mostrarle su corazón desnudo, su fuerza le da sobre todos una autoridad suprema. Él puede saberlo todo instantáneamente: lo que pasa en Sirio, en un punto del desierto ha ocultado una preciosa estela, como el más secreto, el más fugitivo de los pensamientos que palpitan en vuestra frente. Un vistazo sobre una planta y él conoce todas las virtudes. Una pregunta muda y la piedra del monumento más antiguo le dirá el nombre del obrero que la ha colocado. Los seres materiales, en efecto, llevan todos una inscripción, escrita con una tinta y en una lengua que sólo comprenden y descifran los que tienen una mirada clarificada por el Cielo; y Él no comunica este arcano más que a los que se han vuelto incapaces de juzgar mal a nadie.

El hombre libre posee esta inocencia, ha recibido el secreto de la boca misma del Padre, sin embargo nunca toma frente a otros una actitud de maestro, nunca hace una curación, ni un milagro, ni se permite la menor iniciativa ordinaria de la vida cotidiana sin pedir previamente el permiso de Dios. Esta libertad, que engloba los resultados espirituales de todos sus trabajos anteriores, la ha entregado, como el más bello homenaje, entre las manos de su Rey y se ha comprometido a no tener otra voluntad que la Suya.

Los móviles por los cuales un ser tan sublime se determina, por lógicos que sean, quedan incomprensibles a la estrechez de nuestra vista y si incluso pudiéramos elevarnos al nivel de su juicio, no haríamos más que discernirlos sin comprenderlos. Es una de las razones por las que un Maestro es ordinariamente silencioso. Él deja percibir los aspectos más exteriores de su actividad, pero esconde con cuidado todos los medios que podrían dejar adivinar sus resortes íntimos o que colocarían a los curiosos sobre el rastro de su identidad real.

Cuanto más grande es el hombre, más tiene necesidad de callarse; cuanto más sabio, más está obligado a callar; cuanto más poderoso, más la fraternidad le ordena callarse. No siempre, pero sí en muchas ocasiones. Grandeza, soledad y silencio, jalonan los corazones excepcionales. Para el común de los mortales la verdad absoluta es indecible, la belleza suprema invisible, la bondad perfecta imposible. Sólo están, de una manera real y eterna, en el Ser que puede decir legítimamente de Sí mismo: "Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida". Ellas residen por comunicación inmediata, en estos servidores-amigos, totalmente identificados con el Verbo por medio de su amor. Los demás hombres, filósofos, artistas, santos, cualquiera de la élite, mueren en esfuerzos para percibir los ángeles radiantes de lo Absoluto, este rostro del Padre: la Verdad; esta forma del Señor: la Belleza; estas manos del Creador: la Bondad.

En este punto culminante de las fuerzas eternas, el Maestro ejerce, se comprende, una actividad incesante. Su cuerpo no siente la necesidad del

reposo, pues es puro; es para el cumplimiento de la voluntad de Dios por lo que se sustenta; su corazón no desea más que el trabajo, pues es para combatir por lo que ha abandonado una beatitud cerca de la cual las delicias de cualquier paraíso no tienen sabor.

¿Por qué se detendrá? Él vive en un lugar sobrenatural donde nada se opone al resplandor, donde las fuerzas crecen a medida que se dan, donde los seres crecen sin interrupción y se perfeccionan sin límites. Imaginad, Señores, lo que contienen estas tres palabras: ¿la vida eterna? Vida toda en progresión ininterrumpida, donde la inteligencia y el poder jamás perciben barreras, donde las demás criaturas sólo piensan en ayudarnos a crecer, donde sólo os alimentáis del cuidado de hacer felices a los otros. Vida cuyo principio, alimento y fin son una misma sustancia: el Amor. Vida donde cada palpitación es un sacrificio y cada sacrificio, una felicidad inédita. Vida donde todos los participantes se elevan juntos en un movimiento continuo, con la certeza de una ascensión sin fin, en una atmósfera más y más vivificante.

Así es el estado del alma del hombre libre. Guarda en lo profundo de su corazón, incluso en el más desolado de los infiernos, no el recuerdo, sino la sensación clara del Cielo.

¿Comprendéis que tenga en poco los sufrimientos, que su aspecto turbe por la inmutabilidad interior que revela, que su mirada pueda revolucionar, que su palabra pueda tocarnos, más allá del entendimiento, el centro mismo de quien la recibe?

¿Comprendéis que un hombre así actúe fuera, aquí o más allá del tiempo, del espacio y sus condiciones? Él lanza las llamas que llevan más lejos la muralla de lo Creado. Las leyes no le atañen, ni a él ni a lo que lanza de su corazón incandescente. Lo que hace no se inscribe en los libros del Destino, sus actos no entran en las contabilidades del universo, son siempre gracias y misericordias; la Justicia no colabora, no es, por otra parte, lesionada. El hombre de Dios se arregla siempre, cuando aligera el fardo de alguien, no hacerle soportar otro; a menudo él lo carga sobre sus propios hombros.

El Maestro, en fin, puede escribir sobre el Libro de la Vida, puede modificar los destinos individuales o colectivos; el ejerce a veces el terrible privilegio al cual estas palabras del Cristo hacen alusión: "Al que no tiene, aún le será quitado". A algunos, en efecto, el Cielo da luces, facultades especiales, un poco más de inteligencia y no se sirven de ellas o, si las utilizan, es para oprimir a sus vecinos, ocupar un sitio mejor, glorificarse, como si hubieran adquirido estas superioridades por sus propios esfuerzos. Llega un día, en este caso, que el Cristo, por el ministerio de uno de sus amigos, les quita estos dones, que ellos no empleaban más que para su orgullo y los transmitía a algún otro que, siendo humilde, los hará fructificar en la Luz, para el bien general y los llevará para el reconocimiento y la gloria de Dios.

*

Cuando el Maestro viene aquí abajo, sólo conoce naturalmente una pequeña parte de la humanidad. Entre los que lo conocen, algunos, que tienen ojos pero no ven, no perciben nada particular. Son los indiferentes, están retrasados en

cuanto a lo espiritual, su sentido de lo divino duerme en ellos.

Otros se dan cuenta de algo, pero como aman sus pasiones, como este lugar es una sanción por su conducta, sienten odio e intentan perjudicar al enviado.

Otros ven un misterio, pero son perezosos, no quieren levantarse, ni siquiera abrir los ojos. Otros ven esta luz cómo no es; toman a este hombre por un mago, un hipnotizador, un adepto, según los estudios que ellos han seguido o su propia mentalidad.

Otros, al fin, y es una ínfima minoría, presienten en este ser algo extraordinario, lo estudian, entran en su ruta por la práctica de la virtud y acaban por descubrir un poco de su verdadera identidad. Ellos son los discípulos y llegarán a ser los soldados.

Los indiferentes, los ignorantes, los adversarios incluso, no son los más culpables; éstos son los perezosos. Pecan esencialmente porque rehúsan actuar; pesada es la deuda que contraen y penoso su pago.

Pero el Maestro es magnánimo, tiene la eternidad ante él, sabe que su ruego al Padre prolongará, si es necesario, la duración de la creación para dar a uno sólo de Sus hijos pródigos la ocasión de recuperarse. Él iría con su gran corazón hasta el fondo de los infiernos, a pesar del sufrimiento, para buscar a un descarriado. Además, el Verbo en persona Se reencarnaría antes que dejar perder la menor de las criaturas.

Nos conmueven estas solicitudes. Digamos que, para volvernos menos indignos, tenemos que redoblar nuestro coraje y cuidados. Utilicemos las ayudas dispuestas en nuestra ruta a fin de que, si todos nuestros hermanos deben ser salvados, no seamos para ninguno la causa de un retraso en su felicidad.

Si un demonio se presenta a menudo, tendremos pavor, porque el virus que destila su voluntad corrompida será presentado por nuestros organismos fluídicos. Si un ángel se muestra a menudo, seremos igualmente presos del temor porque todo, en este ser inocente, es extraño a la tierra; sería verdaderamente un desconocido para nosotros, él mismo por otra parte no nos comprendería, a menos que esté encargado de una misión especial, en este caso, el Padre le ha dado todas las informaciones útiles.

Pero entonces el Maestro aparece, es como un sol que se levanta en el corazón del discípulo. Todas las nubes se desvanecen; todas las piedras se disgregan; una claridad nueva se expande, parece ser, sobre el mundo; se olvidan resentimientos, desesperanzas y ansiedades; el pobre corazón las lanza hacia los radiantes paisajes entrevistos, sobre los cuales el apacible esplendor de la Eternidad despliega sus glorias; no hay nada apagado que ensombrezca la Naturaleza, todo se une en la admiración, la adoración y el amor.

Ningún discípulo entra en el Cielo sin volver a ver al hombre que le dio, sobre la tierra, el sabor de lo divino; son las manos venerables de este Iniciador supremo que le derramaron el agua viva del bautismo del Espíritu. Es el mismo hombre, el único digno de este título, que le lavará la mancha indeleble del mal; es el que arrancará definitivamente este corazón de lo transitorio para implantarlo en lo inmutable, por entero en el Verbo. Es el que presentará este corazón purificado al Verbo Jesús para recibir la corona de la elección, porque

fue él quien, a cada juicio, le defendió, le excusó e imploró en su favor la indulgencia del Juez justo. Y es a él a quien este corazón feliz ofrecerá esta corona en homenaje por todos los trabajos, solicitudes e inquietudes que la oveja cuesta al pastor y esta asistencia aclamará el doble triunfo.

No encuentro palabras para decir que ebriedad vivificadora, tan pura y tan dulce, lleva el discípulo. No se puede imaginar nada parecido. La música, nuestra música, expresaría mal las delicias refrescantes de estos coloquios inefables. Sólo el silencio celebra dignamente estos misterios, porque favorece en nosotros el desarrollo de lo indecible, de lo sobrenatural, de lo sobrehumano, porque presenta al desnudo a nuestro corazón lo que las palabras visten y esconde, porque es solamente en su tiniebla que alumbraba el deseo inextinguible del Cielo.

Vosotros, Señores, que habéis empezado valientemente la exploración del Misterio, contemplad estas escenas en el silencio y por el silencio; vuestras orejas percibirán sin duda lo que me estaría prohibido, por respeto, decir muy alto, si la lengua humana pudiera traducir las palabras fulgurantes del Verbo.

*

El más seguro de los signos, por los cuales el discípulo reconoce a su verdadero Maestro, es una evidencia interior más fuerte que todas las dudas del mental. Hay que callar otros signos físicos, algunos muy evidentes. En la persona del hombre libre y en sus obras todo es supraterráneo.

Vive, aparentemente, como todo el mundo, quizás esté casado, puede ser artesano, vagabundo o rentista. Es por su enseñanza que él se afirma como hijo de Dios; él testimonia no de oídas, sino por ser espectador de las realidades sobrenaturales.

La divinidad de Jesús, Su resurrección, la caridad, el universo invisible no son para él artículos de fe, o de instrucciones, como para nosotros, son hechos. Él sitúa el amor fraternal por encima de todas las iniciaciones y de todas las penitencias. Al fin, él se afirma enviado de Dios porque, como el verdadero Pastor, siempre “entra por la puerta”. Nunca hay nada extraordinario en sus maneras de actuar, jamás un juramento exigido, jamás nada que ofenda las costumbres, las conveniencias o las leyes; nunca nada prematuro, violento, fanático; no reclama, no busca la aprobación, no perturba el orden establecido. A su voluntad nada sabe resistirse, espera en silencio que el curso natural de la vida le ofrezca la ocasión de actuar más discretamente. Ésta es una lección de sabiduría práctica del mayor efecto frente a nuestras impaciencias y prisas.

Guardad bien este signo: “El verdadero Pastor entra por la puerta” y, en ningún caso, por una brecha de la valla.

El Maestro no nos precede, nos acompaña; su inmensa superioridad baja a nuestro nivel, pues nos ama. Camina en la fila, con nosotros, habla a cada uno en su lengua y, sobre todo, actúa. Amad a vuestro prójimo, dice a veces, pero comienza por dar a los pobres todo lo que humanamente posee. Trabajad, dice también, pero él consume sus días y sus noches en las ocupaciones más absorbentes. Soportad vuestras penas, nos aconseja, pero él sufre sin llorar todos los dolores del cuerpo y del alma y no sólo dolores de hombre, sino dolo -

res de dios. Perdonad, pero él no se defiende jamás de ningún ataque y responde a sus perseguidores favoreciendo su felicidad material o la vida de sus hijos.

*

Acabo de daros, me doy cuenta, las afirmaciones más fantásticas y tenéis perfectamente, desde el punto de vista racional, el derecho de no creerme. Tengo pruebas en mi mano, pero no puedo comunicarlas. Por otra parte ésto sólo puede convencer a quien previamente posee en él mismo el germen de la convicción.

A todos aquellos en quienes una voz interior imperceptible les afirma las extraordinarias realidades de las que os hablo, el Maestro los conoce. Desde hace largo tiempo él los sigue, como se inquieta también por otros que no podrán abrir los ojos hasta más tarde. Para todos los hombres, el día bendito estallará en el encuentro corporal con su Maestro. Día único, entre millones de días. Y, en el instante en el que estos dos seres intercambien la primera, pero definitiva mirada, por la cual tomarán posesión el uno del otro, según las virtudes recíprocas del reconocimiento y la misericordia, en este instante el universo entero hará silencio y, desde el fondo del los infiernos hasta el trono de Dios, todos los seres se detendrán de vivir, pues una oveja perdida habrá sido reencontrada.

¿Podemos apresurar este momento, pues está inscrito en los libros del Destino? Sí, podemos. Desde Jesús, la Bondad equilibra la Justicia. El Cielo cambiará Sus paradas por poco que hagamos el pequeño esfuerzo necesario. Y son siempre las mismas palabras las que os volvería a decir para terminar, palabras que resumen toda la Ley y la Vida.

Amaos los unos a los otros y adelantaréis el encuentro divino. Amaos los unos a los otros y adelantaréis este encuentro para vuestros hermanos. Amaos los unos a los otros y aliviaréis de una parte de sus trabajos a este Hombre desconocido que camina hacia nuestros corazones, desde el fondo de los espacios, desde los siglos, para encenderlos, curarlos y regenerarlos.

EL APOSTOLADO

“Como Tú me enviaste al mundo, así yo los envié al mundo... No solamente ruego por ellos, sino también por aquellos que creen en mí por su palabra, a fin de que ellos estén también con nosotros...”

(Juan 17, 18-21)

Hemos llegado al término de nuestro rápido examen de las principales fuerzas sobrenaturales. Sólo nos hemos preguntado, hasta el momento, por los medios para recibir. Debemos preocuparnos por los medios para dar. Y, como el misticismo, nuestro misticismo, es enteramente construido con las sustancias increadas de la fe, como los esfuerzos heroicos que exige son siempre infinitamente menores que los tesoros de sus magnificencias, debemos, por nuestra parte, irradiar en la fe y vertir en los corazones el agua de la fuente eterna que equilibra, lava, cura y regenera. Esto es el apostolado, tal es la obra del discípulo, que vamos a examinar hoy.

El apostolado, es la forma de caridad especial del discípulo, porque el verdadero culto al Verbo es la acción. La acción mejor es aquella cuya meta es más alta y su esfuerzo más intenso. ¿Qué obra exige más cuidados, más desvelos, más lágrimas, más ayunos, más amor que abrir a la Luz los corazones petrificados bajo los torrentes fangosos de los deseos temporales?

Así, todo el mundo no es capaz, de un día para otro, de llegar a ser un apóstol. Primero es necesario haber aprendido a conocer a los hombres, a discernir sus necesidades reales, a abrir un camino hasta sus corazones. La caridad es la maestra de esta larga escuela. Sin embargo, todo ha sido dicho sobre nuestros deberes; todos sabemos como hay que comportarse de cara a nuestro prójimo, a los seres inferiores, a las cosas, a los seres intelectuales, a los seres colectivos y a nosotros mismos; sabéis lo que el Cielo espera de vosotros. Pero lo que quisiera ardientemente haceros sentir, es la manera de emprender este trabajo, con qué fuego tenéis que arder, qué concentración secreta debéis tener para que vuestros cuidados den sus frutos.

Os será necesario modificar la actitud, las costumbres y la residencia de vuestro corazón; que se quede donde está, pero, sin embargo, esté en la ciencia, en la filosofía, en el arte, en el trabajo manual, tanto en el paraíso como en el infierno, es Dios quien lo ocupa. Buscad solamente el punto por donde vuestra situación transitoria se une al mundo eterno; allí encontraréis al Verbo Jesús que os espera. Sus fuertes y dulces manos sacarán e corazón de vuestro pecho, gastado, manchado; ellas lo cuidarán, reabrirán los caminos interiores que nuestra pereza ha dejado invadir por las zarzas; de este corazón purificado, restituido, recreado, partirán las energías vivas hacia el intelecto y hacia el sentido, estos dos polos del ser humano retomarán su lugar como reguladores e instrumentos. Poseeréis la Vida en vosotros, en lugar de correr detrás de sus

cambiantes imágenes; conoceréis directamente la Vida fuera de vosotros; como unos ojos fatigados se reaniman recorriendo los luminosos campos, vuestro corazón palpitará en el éxtasis a la vista del Sol de los espíritus y brillará en una incomprensible claridad sobre los demás corazones a su alrededor.

La flecha de la luz divina golpeará el centro de vuestra voluntad, lo abrirá, desplegará sus alas, como el primer rayo del sol matinal impresiona los campos todavía brumosos y despierta a sus habitantes. Para esto sólo es indispensable que vuestro encuentro con el Maestro haya tenido lugar. Es suficiente que sepáis que este encuentro es posible, cierto, inevitable. Tal convicción, más allá de lo intelectual, es ya el encuentro maravilloso. Esta convicción no puede germinar en vosotros sin una humildad radical, es la primera visión directa de Jesús, según Su verdadera forma; por primera vez el alma transmite al yo una palabra eterna.

*

Ved en el apostolado la imitación práctica de Jesús. El Amor es a la vez el principio, la meta y el método, porque el Amor arde a la vez en el centro del hombre y en el centro de Dios. Escuchad esta exhortación tan tierna del Amigo: "Como yo os he amado, vosotros también, amaos los unos a los otros". Tal es la fórmula del apostolado, de la vida, de los fines evolutivos; tal es el único gran Arcano del conocimiento total y del poder supremo.

¿Qué deciros de este Amor sobrenatural, que las voces extasiadas de los Santos, de los Amigos, de los Soldados, de los Obreros místicos no hayan dicho? Sin amor, por mezquino que sea, ninguna criatura puede cumplir nada. Si, en el hueco de la roca, el duro granito se vuelve tierra desmenuzada, es porque desea y ama los fermentos químicos del aire, de la lluvia y del sol. Si, a lo largo de las rutas del Infinito, el serafín ardiente cabalga el cometa, es porque ama u desea estas sombrías esferas desconocidas que el Señor le ordena visitar.

El Amor es el Ángel excelente entre las miríadas de ángeles; venido de Dios, retorna hacia Dios, en un vuelo acelerado, llevando entre sus alas unas cautivas magulladas, -las almas-, pero totalmente felices de estar cautivas. Como el caballero tártaro, en las estepas del Turkestán, el Amor se precipita, devasta, provoca el incendio y lo extiende en un mismo galope, restituyendo de las estrechas cabañas donde languidecían nuestros corazones a los amplios soplos purificantes del Espíritu: el Espíritu, la voz que llama en el desierto.

El Amor es el gran Tesoro, la perla única, el diamante que ningún tiempo adulterará. Es muy pequeño, está desnudo, es invencible, invulnerable. Es fuerte como la muerte, decía el mago de Israel. Si, antes que nuestro Jesús descendiera, el Amor no era fuerte como la muerte. Después, él ha sobrepasado a su hermana, su enemiga, su colaboradora. Desde la gran victoria del Nazareno, no es sólo un ser fuerte, es la fuerza; está por encima incluso de la Justicia de Dios. Inasible en sus movimientos, los ojos rápidos de Lucifer no pueden seguirlo y las espadas aceradas de Satán se debilitan contra su pecho desnudo. ¿Qué pinceles mojados en las esencias radiantes de la vida eterna y en sus fluidos deslumbrantes, no serán necesarios para expresar las cataratas de luces, en las cuales este Amor sumerge a los elegidos?

Él es la dulzura, la alegría, el impulso, lo supremo, lo ínfimo; es la locura divina, el realizador de las esperanzas absurdas, el verdadero Cristóforo, el vigilante sin sueño, el cautivo al que las cadenas más pesadas no le pesan nunca. No hay ninguna prisión que no se abra a su oración, ningún capullo que no florezca en su cercanía, ningún arcángel que no se apresure con su llamada.

El Amor no ve nada más, en todos los universos, que Aquello que ama, o, más bien, ve todas las cosas en Aquello. Él olvida, se lanza, se transforma, se hace nada y se identifica. En cierto grado de unión, el Verbo propaga así Su inefable totalidad desde el corazón hasta el límite extremo de la individualidad del discípulo. El intelecto, el juicio, la sensibilidad revisten entonces la forma que tomarían, en la misma circunstancia, el intelecto, el juicio, la sensibilidad del Hijo del Hombre. El cuerpo mismo del discípulo renuncia a su vida propia para escoger las esencias puras que constituyeron en otro tiempo la vitalidad física del Salvador y asimilarlas. ¿Milagros?, diréis. No, resultados naturales de una causa sobrenatural. Para aquellos del mundo, para los sabios de las escuelas y de los templos, son milagros, porque estos idólatras niegan lo sobrenatural, adorando lo maravilloso. Para aquellos del Cielo, que saben que lo sobrenatural existe, para la sabiduría crística, que enseña la inanidad de lo maravilloso y la perpetuidad del milagro, las iluminaciones y las alquimias interiores son hechos lógicos y familiares.

Ahora, Señores, imagináros el estado de exaltación silenciosa en el que vive el discípulo. El discípulo: hombre que, todavía vivo, ha abrazado su ideal. Recordad en vuestro corazón las emociones inolvidables de vuestra adolescencia; purificad, sublimad, alargad estas ebriedades, avivad estas luces con todas las púrpuras y todas las pedrerías: representaros sobre el azul sin fondo de las perspectivas zodiacales la inmensa figura del Verbo, traspasando los límites del mundo y, sin embargo, continúa por entero en el corazón de Su amigo. Mirad los soles deslumbrantes, los incendios cósmicos, los rayos asesinos de divinidades; todo esto no son más que algunos carbones rojos ahumados a través de la gloria centelleante que sirve al Señor de vestido. Conciliad lo inmenso y lo infinitesimal, unid en vuestra alma el sabor de lo todopoderoso y la ternura más vulnerable. Quizás entonces vuestra imaginación, tensada al límite, reflejará una imagen fugaz de la atmósfera donde respira el discípulo. Quizás respiréis estas fragancias sutiles. Comprenderéis entonces por qué algunos hombres parecen inmutables, por qué no se sorprenden de nada hasta parecer insensibles, por qué su mirada, recibida al pasar, os perfora hasta el fondo y, si se posa sobre vuestros ojos, os da vértigo. Son seres excepcionales, acostumbrados a lo extraño, buscadores de lo imposible que, volcándose en Jesús, asumen los martirios siempre nuevos que el mundo reserva a los apóstoles de lo divino. Ellos son complejas antítesis. Allí donde reímos, lloran y, lo que nos desalienta, les entusiasma. Hay en ellos una atracción simpática que despierta nuestra confianza, pero hay también a su alrededor una barrera que descarta las indiscreciones y familiaridades. Ven las cosas bajo un ángulo desconocido y su contemplación incomunicable les suministra sin descanso motivos de piedad, indulgencia y fraternidad. Nosotros somos de piedra, ellos de fuego; ellos se consumen e incendian a su alrededor

con celo infatigable. Permitidme retomar una palabra de Jesús para desear, con todo el fervor del que soy capaz, que este incendio os llegue, llevado por los soplos del Espíritu, y que ardáis pronto en llamas vivificadoras y regeneradoras de Amor.

*

El apóstol quiere convencer, después arrastrar. Para convencer, tiene la palabra; para arrastrar, el ejemplo, es decir, la acción. Estos dos modos de propaganda se resuelven en el trabajo interior más profundo y más alto: la oración. El discurso es una oración, el acto es una oración; a su vez la oración verdadera es palabra y acción.

Veamos primero al discípulo en su propaganda por la palabra.

El lenguaje exige ser tratado con precaución. Hay algo detrás de las palabras y detrás de la escritura; hay que saber que esto oculto existe y comprender que no puede ser prostituido, bajo pena de confusiones y desórdenes de toda naturaleza en los oyentes, en los lectores o en otros. La deuda de nuestro tiempo será pesada, pues se imprime mucha prosa malsana; muchas palabras nefastas y vacías son lanzadas desde lo alto de las tribunas y las planchas.

La palabra es un don de Dios, uno de los más altos; y esta tierra es uno de los rincones del mundo donde este don ha descendido con más abundancia. Pero no quiero escrutar ni el origen ni la esencia de la palabra; es suficiente sentir su belleza, su virtud profunda, su majestad, para conocer al mismo tiempo los cuidados que debemos darle.

Cualquier hombre preocupado de su dignidad vigila su palabra, cuanto más el discípulo que aspira a una influencia decisiva sobre las almas; ¿no debe pues ejercer sobre su lengua un control severo?. Cuidar toda palabra, evitar toda palabra malvada, maliciosa o incluso simplemente inútil. Debe guardarse de cualquier palabra injuriosa o desdeñosa a propósito de los seres inferiores, -inanimados, abstractos o invisibles-; todo esto, vuestros estudios y nuestras conversaciones os lo han enseñado.

Hoy, contemplad más bien la correspondencia misteriosa entre estas dos palabras: la palabra, el verbo; seguid sus ramificaciones, mejor aún, acercarlas, intentad la síntesis. ¿Hasta dónde lleva esta contemplación? Hasta Dios. Aquí el ser de la palabra crece tanto que escapa a nuestras miradas, se confunde con el ser del mundo, traspasa los límites del Relativo. Nos acercamos a lo oculto en el Silencio, patria de todos los lenguajes, de todos los signos y todas las armonías y en cuyo palacio se despliegan las maravillas de la vida interior.

El silencio no es sólo no hablar, es un acto positivo, una fuerza afirmativa, un genio, un dios, un reino oculto; él progresa, como toda criatura, entre dos consejeros, un ángel de Luz y un ángel de Tinieblas.

Todo habla en el Universo, pero también todo escucha. Comúnmente se busca saber lo que las criaturas dicen, pero los sabios se inquietan más bien por conocer lo que ellas callan; el Dakshinamurti brahmánico y el sabio de Samos, situados al comienzo y al final de la cadena de oro de las antiguas iniciaciones, demuestran el valor del silencio en el cultivo sistemático de la voluntad.

Si el mundo de los sonidos contiene el alimento intelectual de nuestro espíri

tu, el mundo del silencio es el del misterio, el lugar de las reservas ideales, el reino original de la Verdad, la Belleza y el Bien. Allí las puertas son estrechas y no se las encuentra más que después de haber errado largo tiempo en la maleza de la palabra. Es necesario haber experimentado lo justo del proverbio persa: "La palabra que retienes es tu esclava; la que se te escapa es tu Maestra" ¿Quién puede prever las consecuencias de una palabra? En un acto tan simple, ¡cuántos componentes escapan a nuestro control!

El discípulo habla poco; se refugia, antes de hablar, en el seno del silencio y se encierra de nuevo después de haber hablado. La palabra está entre dos silencios como el tiempo entre dos eternidades, como el espacio entre dos infinitos. Hablar es sembrar. Pero en el silencio se celebran los misterios, los dioses trabajan las almas. Señores, haced que vuestro silencio sea vivo y, para esto, encended una llama: la antorcha del Amor, con el fin de que el Maestro mismo venga a dirigir el arado en los vastos campos de vuestro espíritu.

Se verificará aquí, en este silencio precursor de la palabra, la ley universal de la evolución. Nada sube desde lo inferior sin que dos fuerzas superiores descendan previamente. Las tradiciones religiosas lo enseñan, la histología lo demuestra. Para que la palabra del discípulo llegue en mayor grado al espíritu de los oyentes, es necesario que una de las energías profundas de su ser se sacrifique y que uno de los destellos del Verbo venga a habitar en él. Percibimos aquí por qué la vida del discípulo es un ayuno continuo.

Comprended incluso por qué los maestros de la vida interior tienen el silencio en tal alta estima. Para el adepto, constituye una enorme economía de fuerzas, transmutables en fuerzas más altas. Para el cristiano, es la evocación de Dios, el lugar de la presencia celeste, una barrera a toda clase de vértigos.

Antes de todo cataclismo se produce un segundo de silencio. Jesús fue encarnado en el silencio ansioso del Universo entero. Sólo desciende en nosotros cuando todas las voces de la carne y el orgullo se han matado. Jesús pondrá sobre nuestra cabeza la corona de la beatitud en el silencio extasiado de los mundos. El discípulo no comienza nada sin la oración; esta oración es el silencio vivo y fecundo, porque el amor verdadero, el amor supremo, el amor eterno sobrepasa toda expresión; semejante al gran águila de las soledades milenarias, planea, con sus vastas alas expandidas, inmóvil, más alta que las cimas, más alta que las nubes, sostenida por la mirada incandescente que fija sin parpadear sobre la esfera, en su esplendor insostenible, sobre el sol de los espíritus.

Los grandes dolores son mudos, decimos; las grandes alegrías lo son también. En medio del mundo, las reputaciones nacen y viven en el ruido; pero la gloria germina en el silencio. Del Ser de los seres, Dios, que la escolástica ha definido muy bien: el Acto puro, ¿quién ha entendido Su voz? Los más angélicos entre los hombres no han escuchado jamás más que algunos ecos lejanos. El constante hábito del silencio físico puede fomentar en nosotros las brasas aún frías, donde algunas centellas del Fuego increado enrojecerán aquí y allá. Y, cuando esta llama inmortal sea elevada, devorará en nosotros lo que hay de perecedero, nos aliviará, nos levantará hasta el mundo sorprendente donde las voces creadas se hundirán en el infinito clamor silencioso del éxtasis y de la adoración.

Todo lo que se hace, hay que hacerlo completamente. Si se habla, que sea con todo cuidado, todo el talento y todo el ardor posibles; si se calla, que se lleve el secreto a la tumba para las faltas y las intimidades de otro, para las ideas de doble filo, para las ideas prematuras. Éstas son las lecciones del silencio pasivo; el silencio activo, no es el hombre quien puede enseñarlo, sino Dios.

Muy a menudo el apóstol se ve forzado a tener cerrada su mano llena de secretos; los puercos y los perros, a quienes el Evangelio prohíbe lanzar las perlas, se presentan alrededor del hombre interior. Quien da a un espíritu un alimento demasiado fuerte lo envenena y esto es más grave que matar su cuerpo. Recemos antes de desvelar los misterios.

El místico está seguro, por su humildad misma, de recibir sin intermediario la visita del Verbo. Tiene necesidad, para este encuentro, de disponer todas sus fuerzas, desde las intuitivas hasta las corporales, en la actitud de atención más profunda. La atención es la espera, es el amor, es la forma más accesible del silencio. Entonces las palabras del Apóstol no serán más que la traducción en lenguaje humano de sus conversaciones con Jesús; pero, ¿quién necesita conversaciones? Aquí y allá los hombres saben por experiencia que una palabra del Verbo es suficiente para llenar toda su soledad, para fecundar el vasto desierto de su espíritu, para encender en el corazón un fuego inmortal, para darles el inestimable poder de propagar este fuego en otros corazones. Qué os desearía yo, sino que percibiérais pronto, sobre los olivos de la Paz, en las pendientes de las colinas eternas, la sublime silueta del Pastor, lanzando sobre los ecos del pequeño valle, aún escondido en las brumas de la aurora, la llamada iluminadora, el grito inquieto del Amor.

El discípulo conoce la impotencia de la palabra, no ha llegado a la plenitud del Espíritu; sus discursos no contienen la plenitud de la Vida. Está todavía en ascensión; puede hacer falsos pasos. Es por esto que debe ejercer sobre sí mismo la vigilancia más rigurosa; temerá constantemente no ofrecer a sus oyentes el ejemplo vivo del Ideal que muestra. La preocupación de no ser un heraldo demasiado indigno le perseguirá día y noche. Y sus escrúpulos son legítimos, sus temores admirables, sus esfuerzos dignos de todo nuestro respeto.

El ejemplo influye de otra manera que el libro o la palabra; llega a los corazones por las avenidas de la vida real y no por la inteligencia. Las enseñanzas que da son claras; ahí no podemos equivocarnos, no podemos sufrir, como en el discurso o la escritura, las deformaciones de los comentaristas. El hecho, que es vida, habla a la vida en un lenguaje indudable. Pero, sobre todo, la realización de las teorías, a la cual el soldado se somete por la disciplina más estricta, da a su obra, a su entendimiento, a su intuición una salud vigorosa; es una sangre rica y generosa; fija sus ideas, le da un equilibrio mental imperturbable; mantiene en su lugar este buen sentido precioso e indispensable en el misticismo.

El apóstol hará pues dos partes en su vida exterior; una es el fundamento de la otra y ambas echan sus raíces profundas en la vida interior; en la noche desgarrada por los fulgores donde se desarrollan los coloquios indecibles del Maestro con Sus amigos y de estos Amigos entre ellos.

Aunque la vida interior pide más tiempo y cuidados que la exterior, la reali-

zación de esta última pide más esfuerzos y cuesta más lágrimas que la propaganda propiamente dicha. Lanzad una mirada a la ontología y os convenceréis rápidamente que, por todas partes, lo que no se percibe es infinitamente más importante y más difícil que lo que aparece a la vista.

Para el apóstol, la enseñanza pública es la flor de la belleza y el perfume al que todo el mundo está invitado; lo que se oculta es el lento combate de la simiente en el surco, los penosos crecimientos de la raíz y del tallo, las resistencias desesperadas al granizo y al huracán.

Por esto el discípulo pone tanto cuidado en sus actos, porque él escoge con prudencia, porque su vida práctica entera se resume en una sola palabra: la caridad.

El acto es la vida, la vida es la energía; el acto mejor es aquél donde la energía es más intensa y más pura. La energía más intensa ¿no es luchar contra sí mismo, despojarse en provecho de otro? La energía más pura ¿no es la que se alza al móvil más alto? Este móvil es el servicio a Dios.

La fuente de la caridad es profunda, como el corazón de Dios de donde mana; su extensión es inmensa como el universo del que es objeto. El discípulo la recibe directamente y distribuye sus ondas puras en sus trabajos cotidianos; no lesiona a ningún ser; abandona lo superfluo, ofrece al fin lo necesario. Llevar una vida prosaica le es indiferente. Él sabe que, según la madre Teresa de Ávila, Dios está tanto en la cocina como en la capilla. Sabe que el acto más vulgar puede volverse la envoltura de un germen celeste. Se ocupa en los trabajos más comunes uniéndose al Amor de Jesús, que no desdeñó nunca cumplir estas mismas tareas, rogándole que ilumine por Su bendición los análogos trabajos del hombre interior.

Éstas son las bases de la caridad, sus ejercicios elementales. No es una energía que desarrolla sabiamente y prudentemente sus poderes; es universal, como un explosivo, estalla a menudo y, en un minuto, lo abrasa todo, al discípulo y al universo, los hombres, los dioses y los demonios.

Cuando hablan los moralistas, no ven el camino que conduce a esta hoguera, no perciben la plenitud, la totalidad, la perfección de esta figura en la cual se realiza la unidad absoluta de la verdad, la belleza y el bien. Debemos aproximarnos a ella con respeto, cuánto más grande es una palabra, más maravilloso es el ángel que la cubre. El ángel de la caridad conoce todos los misterios y puede todos los milagros. Es por esto que los enemigos se levantan en masa bajo sus pasos. Sin embargo, a pesar de la tierna solicitud que le inclina sobre las pobres criaturas extraviadas, él espera siempre, antes de dejarles sentir su compasión, que hayan formulado una petición y hecho un gesto de llamada.

*

Pero, en verdad, no importa que el acto cumplido en el propósito de unirse a Dios sea un sacrificio real. El discípulo sitúa más lejos el parecido de su vida con la humilde vida de Cristo. Jesús, naturaleza infinitamente delicada, sufrió desmesuradamente. El sufrimiento que Su cuerpo padeció casi no cuenta al lado de la dureza de los hombres, su cobardía, su hipocresía, su ingratitud. Ésto le infligió martirios interiores. Su alma humana fue torturada todos los días de

una Pasión más desgarradora que los suplicios corporales del Gólgota.

No os sorprendáis pues de ver en Sus fieles la misma sed de dolores. Más vale morir que no sufrir: he aquí su grito. Pero no veáis en ellos héroes tipo Werther o Manfredo, que se deleitaban en la autosugestión malsana de sus propias melancolías o en una commiseración platónica de las desgracias de otro. Son almas muy altas cuya sed de expiar las lleva al encuentro de todos los martirios.

El apóstol renueva la misión de Juan Bautista. Él nos enseña el arrepentimiento y la reparación del mal; pero él no osaría prodigar sus exhortaciones si no cogiera su parte de estos remordimientos y de estas expiaciones. Aunque él detente una serenidad interior inmutable, no desprecia ni a los ansiosos ni a los despreocupados. No busca el sufrimiento por el sufrimiento, éste sólo es el sílex cuyo choque hace saltar el Amor en haces de centellas; es el signo de que el Cielo no olvida nuestro avance.

El soldado no busca nunca consolaciones ni distracciones en sus afanes espirituales; abre un libro sólo para estudiar, frecuenta a os amigos sólo para animarles. Jamás confía sus penas; los hombres ven sólo su sonrisa, Dios y los ángeles ven sus lágrimas, pues el Maestro dijo: "Tú, cuando ayunes, unge tu cabeza y lava tu rostro, para que los hombres no sepan que ayunas, sino solamente tu Padre que está en lo secreto".

El apóstol no llora más que del mal que ve cometer; es porque sus penas son infinitas por lo que calla. Cuánto más profundas son las tinieblas interiores donde está, más brillante es la Luz que irradia. Es, en su medio, la víctima expiatoria, como el Jefe libre para un planeta o como el Cristo para toda la creación. Y, si declina todas las ayudas, es con el fin que los ángeles más numerosos queden libres para ayudar a sus hermanos.

Señores, cuando misionero tal nos hace la gracia de venir a nosotros, con traemos graves deberes hacia él. Nos volvemos responsables de sus fatigas. El fardo que cargan sus hombros es considerable. Él lleva, por una parte, la preocupación de nuestras extravagancias; además, para ejercer su ministerio, tiene necesidad de comunicar con el reino invisible del Verbo y estas visitas no le son posibles más que sobrepasando, por un heroísmo constante, el grado normal de perfección donde está situado.

Cada vez que la conquista de un alma se deja prever, el apóstol ofrece su propia vida en un nuevo holocausto. Hay aún más santos que los enumerados por los bolandistas. He visto a estos servidores desconocidos, consumiendo sus días en los renunciamientos, sus noches en las lágrimas suplicantes de la oración, aceptando con reconocimiento la carne necesaria que el destino adverso les escatimaba con parsimonia. Se dice que los malvados tienen el corazón duro; el de los Amigos de Dios es dúctil, es líquido como una fuente ardiente que se expande, inagotable y donde la menor gota ablanda las petrificaciones más sólidas del egoísmo.

Estas víctimas voluntarias no ahorran jamás sus penas; temen, se diría, las cosas fáciles; no tienen prisa por tener éxito, no se preocupan por las derrotas, tienen la certeza de una victoria definitiva. A pesar de todo, el testigo de sus luchas se pregunta de dónde sacan esta tenacidad, esta energía que los reveses ,

en lugar de abatir, les redobla. Aquí está:

*

“Lo que hagáis con el más pequeño de entre vosotros, dice Jesús, lo hacéis conmigo”.

En verdad, pues todo sufrimiento es una liberación, él contiene una virtud redentora emanada del Verbo. El discípulo, tomando sobre sí mismo la desgracia de su hermano, fuerza la misericordia del Cristo a descender, por la santa audacia del Amor.

Nada de lo que existe ha sido hecho sin el Verbo; todo lo que los hombres hacen, por lo tanto, a los hombres y a toda criatura, llega a una forma particular del mismo. El Cristo ha sufrido todo, aunque inocente, aunque Él no haya tenido jamás nada que aprender. Buscando trabajos análogos, aunque mucho menos vastos, el apóstol se acerca a su Maestro, o más bien se incorpora a la sustancia esencial. Al fin, como ya sabemos, Jesús continúa todavía sufriendo, hasta que todas las ovejas estén dentro del hogar. El Calvario de Judea no fue más que una localización terrestre del Calvario universal. Cada vez que el apóstol asume los dolores de otro, es decir, expía una falta que no ha cometido, alivia por tanto el martirio espiritual de Jesús.

¡Todo esto son imaginaciones!, quizás penséis, o ¿encontráis estas perspectivas tan lejanas que os desaniman? Por el contrario, todas estas cosas son positivas, son hechos de experiencia. Pero, para verificarlas, hay que someterse a las condiciones necesarias. El Cielo permanece siempre a nuestro lado, somos nosotros los que lo buscamos, si razón, a lo lejos. Ninguna de las promesas del Evangelio es simbólica. Todas son reales y permanentes, porque Jesús habló en el Absoluto. Nuestra tibieza hace, la mayor parte del tiempo, que queden escondidas en las circunvalaciones profundas del inconsciente. Pero al verdadero discípulo, al soldado, al apóstol, se le abren caminos en el plano del cuerpo o incluso en el plano social. Así el anuncio del Consolador ha recibido otras realizaciones que la de Pentecostés; todos aquellos de entre nosotros que se han acercado o se acercarán a un Amigo de Dios reciben, físicamente, la visita del Espíritu Santo.

Algunos santos católicos encontraron en la Eucaristía un alimento suficiente para su cuerpo. Pero a todos aquellos que olvidan sus propias necesidades en favor de los pobres, que dan sin contar tiempo, dinero, inteligencia y salud, la carne de Cristo es un alimento y Su sangre una poción. Cada parcela del cuerpo de Cristo era la cristalización de un sufrimiento inocentemente sufrido; cada gota de Su sangre fue la efusión de un acto de Amor redentor. En la medida en que imitamos este modelo inimitable, las facultades, los órganos que efectúan estos sacrificios se ven unidos a las facultades, a los órganos análogos del Hombre-Dios, pues Él es la cepa y nosotros los sarmientos.

Con su nacimiento, el apóstol ha pesado su cruz y probado su cáliz; los ángeles le han mostrado sus responsabilidades, sus fracasos, sus ataques; pero él, contemplando el clamor innumerable de las multitudes dolorosas, ha firmado el pacto de la gran Caridad. En seguida, una Luz descende en él, para brillar más tarde en un resplandor real a cada sufrimiento aceptado, y, si los hombres

no rehúsan, verán y recibirán una chispa salvadora.

Estemos despiertos, si la voz patética de un Amigo de Dios se eleva en la noche profunda, si él avanza, llevando sobre las tinieblas la antorcha de las claridades eternas, que no perdamos la preciosa visita. Que hagamos la diferencia entre la llamada del paseante y la del Pastor. Que conservemos, bajo la brasa de los vanos deseos agonizantes, la centella del fuego primordial que el sople del Espíritu volverá a encender. Tengamos los ojos abiertos, para no perder en la multitud al Peregrino de la eternidad que nos busca con tantas fatigas; busquemos por todas partes a tales hombres, no sus ropas o sus discursos, sino sus corazones y sus obras; los Apóstoles parecían ignorantes y groseros, habían ya dejado desde antes de su nacimiento, a los retrasados, sus adquisiciones intelectuales y sus experiencias de la civilización terrestre. Si miramos a alguien así sin “verlo”, semanas de siglos transcurrirán antes que se reproduzca para nosotros la eventualidad de este encuentro maravilloso.

Señores, vamos a separarnos ¿por unos meses, por unos años quizás? No sabemos. Pero, por pálidos que hayan sido mis relatos, por poco hábil que me haya mostrado en conmover vuestros corazones, os pido encarecidamente recordar nuestras conversaciones. ¿Puede encontrarse uno, entre vosotros, en el corazón del cual este recuerdo se levante cada día? Ése está dispuesto para el trabajo. Los otros, les ruego, que hagan sin embargo lo mejor, con el fin que el Reclutador de la Luz los enrolé pronto. Hoy, todavía, como en el tiempo en que el Mesías recorría los fértiles campos de Israel, faltan obreros para la cosecha mística. Pedid al Padre, según el deseo de Su Hijo, que Se acuerde de enviar trabajadores; pero también animad en vosotros el humilde y ardiente fervor que os hará elegir estos trabajos pacíficos. Si sabéis como la aurora conmueve al verla elevarse sobre los vastos campos del Maestro, como el crepúsculo despliega sus suavidades, ¡qué bálsamos flotan en estos pequeños valles, qué perspectivas encantan las miradas, de colina en colina, hasta las montañas brillantes donde resplandece la forma radiante del Bien Amado!.

Levantémonos luego, Señores, estemos dispuestos para la primera luz del sol matinal; como soldados en vilo, que ninguna alerta nos sorprenda y que la aparición siempre repentina del Rey de las glorias sobrenaturales nos encuentre sobre las armas. Tengo la esperanza que en nuestro próximo encuentro, algunos entre vosotros llevarán sobre su rostro la claridad permanente que deja, por todas partes donde se posa, la mirada invencible y muy dulce de Nuestro Jesús.